

González Córdoba, Rodrigo Ezequiel

El salvador de Roma. Lucio Cornelio Sila en su tiempo

**Tesis de Licenciatura
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia**

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

González Córdoba, Rodrigo E. "El salvador de Roma : Lucio Cornelio Sila en su tiempo" [en línea]. Tesis de Licenciatura, Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Historia, 2011. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/tesis/salvador-roma-lucio-cornelio-sila.pdf>

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

TESIS DE LICENCIATURA

EL SALVADOR DE ROMA

LUCIO CORNELIO SILA EN SU TIEMPO

ALUMNO: GONZÁLEZ CÓRDOBA, RODRIGO EZEQUIEL.

Nº. DE REGISTRO: 06-060008-6

DIRECTOR: DR. FLORENCIO HUBEŇÁK

FECHA: 2011

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

P. 3

CAPÍTULO I: EL SILA DE LAS FUENTES Y DE LA HISTORIOGRAFÍA

P. 13

CAPÍTULO II: LA CRISIS REPUBLICANA - DE TIBERIO SEMPRONIO GRACO HASTA
PUBLIO SULPICIO RUFO (134-88)

P. 31

CAPÍTULO III: EL PRIMER GOLPE DE ESTADO

P. 60

CAPÍTULO IV: RES PUBLICA RESTITUTA

P. 80

A MODO DE CONCLUSIÓN

P. 88

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES UTILIZADAS

P. 95

SILA DE LAS FUENTES Y DE LA HISTORIOGRAFÍA

<<La queja pronuncia también el nombre de aquellos dignos seres que han desaparecido antes que yo. (...) Mi canción se entona entonces para una multitud de seres extraños cuyo aplauso me causa temor.>>¹

Enfrentamientos, asesinatos, discordia. Poderosos de alcurnia y paladines de los débiles unidos por su corrupción al sonido de una moneda, o el las espadas de sus soldados que los incitan a violar sagradas tradiciones, o el de su propio nombre, ya encumbrado.

Hábiles militares y ruinosos estrategas; ejemplares estadistas y ciertos incapaces; golpes maestros de habilidad política y errores -tan obvios como sutiles- que cuestan carreras armadas con el sacrificio de una vida entera.

Demasiados elementos atractivos para la imaginación y la especulación, sazonados por la actualidad de muchos de sus conflictos, soluciones y problemas, hacen de la historia romana (en particular la etapa de la guerra civil) uno de los lugares históricos más interesantes para tratar y discutir.

Y en este contexto se encuentra Lucio Cornelio Sila², quizás el ejemplo por antonomasia de la guerra civil de la República romana, no tanto para sus contemporáneos, como para aquellos que heredaron su legado histórico. Y decimos “Sila” y pensamos en matanzas, robos y rapiñas justificadas por y con un intento de restauración de una constitución anacrónica para Roma que *sufrió* a Sila entre el año 88³, hasta su abdicación de cuestionada datación⁴.

¹ GOETHE, JOHANN, *Fausto*, Buenos Aires, Gradifco, 2007, p. 2.

² O *Lucius Cornelius Sulla*, según la denominación latina.

³ Por razones prácticas y salvo que se mencione lo contrario, las fechas enunciadas corresponden a la era anterior a Cristo.

⁴ Entre el 81 y 79 se sitúan las distintas teorías. KEAVENEY, ARTHUR, *The Terminal Date Of Sulla'S Dictatorship*, en Athenaeum, Pavía, Newpress, VOL 93, 2005.

LAS FUENTES: “PEDAZOS DE PAPEL QUE DICEN MENTIRAS”⁵

Apiano⁶ - Plutarco⁷ - Las fuentes contemporáneas y otras fuentes⁸ - La “leyenda negra”

Es llamativo el telón oscuro que se cierne sobre la imagen de Sila, hasta cabría decir que una verdadera “leyenda negra”⁹ se ha constituido alrededor de la figura del dictador romano. Acerca de este aspecto –esencial al abordar el tema en cuestión- la experiencia histórica nos indica que cuando una sociedad coincide plenamente en el juicio moral que efectúan para con algún personaje destacado de su pasado (cargando

⁵ Extraído de “Yo Claudio”. La serie televisiva, a pesar de generosas licencias históricas, sirve sin embargo como ejemplo constante de la endeblez del estudio de fuentes, fácilmente manipulables o equivocables.

⁶ Se percibe en el autor del II d.C. y de origen egipcio un claro tinte anti-tiránico en toda su obra. Así y con una marcada concepción griega del tema, Apiano suele asociar a los gobiernos basados en la fuerza –tal como identificó al silano- o en el capricho, con la típica tiranía griega. Al respecto, el autor suele denostarla en oposición a su ideal de gobierno, enfrentado al embrionario *dominatus* de los Julio-Claudianos y ubicándose en los principados más “puros” de los Antoninos más representativos de la dinastía (de hecho, su desempeño en el funcionariado de Alejandría transcurrió en el período de Antonino Pío). Como es claro al analizar estos datos, la fuente puede –de hecho lo hace- acusar una tendencia a identificar a Sila y su accionar político con las prácticas de los Julio-Claudianos, confundiendo crueldad arbitraria con planes políticos específicos. Para más información acerca de la fuente, GABBA, EMILIO, “*Appiani bellorum civilium liber primus*”, Florencia, S/E, 1967 ahonda en detalles.

⁷ De Plutarco de Queronea destacamos su nacimiento en épocas de Claudio y vejez en el mandato de Trajano y Adriano (siglo II d.C.; Apiano lo utiliza como fuente, por lo que este es anterior a aquel), lo cual lo llevaría a ser crítico y censorador de las costumbres quizás licenciosas de los Julio-Claudianos, esto en comparación y hasta legitimación de los patrocinantes de sus obras. Así, el marcado sesgo moralista que lo caracteriza atraviesa toda su obra, y la vida de Sila no es la excepción: basado a su vez en fuentes negativas del dictador romano –rescatando el valioso aporte (ya perdido) de las *memorias* de Sila, tal vez la única apología sobreviviente de su accionar público- construyó una imagen de Sila ciertamente censurada por “costumbres licenciosas” y un “accionar desmesurado” que, según Plutarco, atraviesan su vida. Asimismo, la deuda intelectual y cultural de Plutarco para Atenas podría haberlo obligado a valorar el respeto de Sila para la polis durante el saqueo de esta, quién redujo al mínimo los excesos. Finalmente, el conocido rol del biógrafo de asistente del oráculo de Delfos podría haberlo llevado a dar una importancia central a los enunciados manados de las instituciones “clarividentes”, otorgándoles una influencia decisiva en el accionar de los personajes romanos retratados en las *Vidas* (Sila incluido).

⁸ Siendo las de Salustio las únicas fuentes directas y contemporáneas de las que nos quedan más que fragmentos, merecen un análisis aparte: ubicadas como su autor en el siglo I d.C., este sirvió asimismo de fuente a los autores griego y egipcio ya mencionados. Así, dichos documentos resultan esclarecedores de la propaganda cesariana y anti-pompeyana que Laffi destaca (LAFFI, UMBERTO, *El Mito De Sila*, en Sociedad y política en la República romana, Pisa, Pacini, Tomo I, 2000). Su *guerra de Yugurta* –en conjunto con la *conspiración de Catilina*- sirven de legitimación al nuevo orden cesariano del que el autor es testigo vivo. En este sentido, el conocido ambiente de corrupción que supuestamente caracterizó por sobre otros a la guerra yugurtina habrían de favorecer a cualquier orden fuerte que se enfrentara a ellos con una restauración de la moral, de la cual César habría sido el principal beneficiario (y también Augusto). Del mismo modo se podría ver al análisis de la conjuración catilinaria, la cual es un verdadero *racconto* de excesos legales, morales y políticos de la República encarnados en Catilina, pero a los que no escapa el mismísimo Cicerón, esto gracias a su ejecución sin juicio previo de algunos partidarios del insurrecto.

Acerca de las obras de Cicerón y César, fuentes posteriores al régimen silano, juzgamos conveniente manejarlas en tanto que formas de analizar a Sila y su accionar indirectamente, esto es viéndolas a través de sus actitudes de oposición al régimen anterior, durante los momentos posteriores a la caída de Sila. Por este motivo, aparecerán para estudiar el período inmediatamente post-silano.

⁹ GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *Sila histórico: la carrera política de un nobilis romano*, Barcelona, S/E, S/A.

las tintas sea en reproche o ensalzamiento de aquel) es que ciertamente existe un aspecto propagandístico que delinea dicho juicio.

Y además de la injusticia hecha al personaje, esta tendencia suele ser poco favorable también para el método histórico: las fuentes (de un período tan lejano en el tiempo como el de la República romana) tienden a estar sesgadas por dicho aspecto propagandístico¹⁰, por no agregar también el cultural y temporal que las separa del autor con el personaje analizado.

En el caso puntual de Sila, esta tendencia propagandística bipolar (en la que, sin embargo, el lado negativo es más fuerte) es clara.

Se puede decir que todas las fuentes pro-silanas (desaparecidas o referidas indirectamente por las fuentes de la tradición opuesta, salvo contadas excepciones) parecieran haberse expresado acerca de la figura y reformas de Sila en términos marcadamente benéficos; mientras que el grueso de las fuentes anti-silanas (las que, no por casualidad, sobrevivieron mejor en el tiempo) hicieron el mismo procedimiento, pero ya con un matiz ciertamente negativo.

Podemos expresar con ejemplos ambas tendencias. Puntualmente del período silano (es decir, excluyendo su ascenso político y limitando el estudio principalmente al auge de influencia de su persona) existen menciones a “*Memorias*” de Sila, perdidas salvo contados fragmentos.¹¹ Los conocemos más exhaustivamente gracias al empleo de ambas que realizan fuentes secundarias como Plutarco (quién con un marcado énfasis moralista tiende a valorar de Sila el aspecto militar exclusivamente) y, en menor medida, Apiano, quién también tiende a condenar el aspecto político de la participación pública de Sila.¹²

Además, Livio en sus “*Periocae*” hace alusión al periodo de la Guerra Social (esencial para el estudio, dado que Sila prácticamente hizo su aparición política en esa conflagración), junto con Valeyo Patérculo (“*Historia Romana*”) y el mismo Apiano.¹³

¹⁰ En el caso de Sila, explicado por Laffi, quién insiste en la campaña propagadística negativa sufrida por Sila *postmortem* (LAFFI, UMBERTO, *El Mito De Sila*, en Sociedad y política en la República romana, Pisa, Pacini, Tomo I, 2000.). Al respecto, González Camaño explica que con Salustio "se crea el *topos* literario de Sila buen militar y político, defensor de la República, por un lado, y Sila cruel dictador, asesino y autócrata, por el otro". Desrosiers opina algo similar: las dos caras son la del joven Sila, cuyo carácter refleja los valores de los primeros tiempos de la República, y el triunfante Sila, cuya dictadura es un anticipo de la corrupción final de la sociedad romana. GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *El Aenigma De Sila*, Barcelona, S/E, S/A, p. 22.

¹¹ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, *Historia de Roma*, Madrid, Cátedra, 1991, p. 715.

¹² Ídem, p. 716.

¹³ Ibídem.

Otro período interesante para tratar la cuestión es el de la guerra mitridática, contando entre sus fuentes a los “*Memorias*” de Sila y a Posidonio, la “*Autobiografía*” de Publio Sulpicio Rufo y a Sisena¹⁴ y Salustio con su “*Historias*”.¹⁵

Cornelio Nepote, Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso, Estrabón y Lucano son también consideradas fuentes secundarias para el abordaje del tema; pero no sabríamos si considerar a la historiografía cristiana (que también tiene algo que decir acerca de Sila) como fuentes propiamente dichas o ya historiografía del tema.

Y, por supuesto, no podía faltar Cicerón y su vasta obra¹⁶, quién además de fuente primaria, fue otro advenedizo actor político de la época tratada.

Además de las fuentes escritas, contamos con exiguas fuentes epigráficas y numismáticas¹⁷.

Sumariando, contamos entonces con fuentes anti-silanas y las referencias indirectas o exiguos ejemplos de las fuentes pro-silanas para el análisis de una figura tan controversial, y desde esta base partieron los estudios modernos para el estudio de la personalidad de Sila. Asimismo, debemos señalar la casi absoluta inexistencia actual de fuentes contemporáneas (que, cuando existen, están mencionadas y mediatizadas por fuentes posteriores, como las *memorias* silanas y otras, no pertenecientes a Sila, en las cuales menguan aún más las referencias).

Por estas razones, nos concentraremos en el uso de las pocas fuentes existentes para abordar el tema, restringiendo el estudio –al igual que el resto de la historiografía especializada- al análisis de las obras de Apiano, Plutarco y Salustio, teniendo los dos primeros especial preponderancia (aunque marcando una limitación al considerar las distancias temporales entre estos y Sila). En consecuencia, en los casos de Apiano y -menor medida- de Salustio, nos concentraremos en el estudio del contexto político

¹⁴ Autor importante por su contemporaneidad con los hechos analizados y cierto matiz prosilano que suele mostrar, al hacer notar la *popularidad* de Sila en su tiempo y ciertos aspectos propagandísticos utilizados por Sila, como su equiparación con Rómulo. No obstante, la falta de mayores datos al respecto relega en segundo plano al autor.

¹⁵ Ídem, p. 718.

¹⁶ CHRIST, KARL, *Sila*, Barcelona, Herder, 2006, tiene un excelente resumen de esta. Acerca de este autor, podemos señalar su pertenencia a uno de los movimientos historiográficos de análisis del pasado romano más clásicos, como es el alemán. Orientando sus obras a un público no especialista ni historiador –obra que, por otro lado, oscila entre diversos personajes de la historia romana, incluyendo a Sila- Christ se inscribe en esta nueva corriente –de la que Hobsbawm es paladín- con estudios de personalidades controversiales o que pudieran concitar el interés aburguesado de sus lectores desde una óptica científica, aunque más amena –que es lo mismo que decir algo laxa en rigurosidad y mejor escrita-. De este modo, el carácter polémico y vigente de la obra de Sila queda demostrado, así como se percibe en dicho interés un dejo de aquel dilema o *aenigma* dieciochesco planteado en torno a la figura del dictador romano que –combinado con el exotismo agregado de pertenecer a la Urbe, generado principalmente por el cine y televisión- han conformado una figura llamativa para el estudio.

¹⁷ Importantes para demostrar aspectos propagandísticos de Sila.

silano, mientras que aprovecharemos a Plutarco para esbozar los caracteres clásicos de la personalidad de Sila. Así, seguiremos la tradición de la historiografía.

HISTORIOGRAFÍA: EL SILA QUE CADA UNO QUISO VER

El “tirano” por excelencia – Los arquetipos historiográficos de la personalidad de Sila: príncipe “glorioso”, estadista “irracional” y dictador “cruel” y “ambicioso” - Sila Félix - ¿Quién fue Sila?

Aclaremos antes de comenzar las razones del recorte historiográfico que nos proponemos para este trabajo. En este sentido, utilizaremos a la historiografía del XIX y XX principalmente, aunque rescatando de períodos anteriores a San Agustín, quién –sin innovar en absoluto- defendió la idea de Sila como tirano clásico y hasta prototípico de la historia de los paganos, sentando no ya las bases para dicha caracterización, sino más bien la consolidación (esto para la cultura occidental). Así, dicho recorte responderá a razones eminentemente prácticas: el abordaje de la imagen de Sila antes del XIX es prácticamente nulo, y cuando existe es para repetir la idea que el santo romano tenía del dictador. No obstante, la aparición de los otros lugares comunes que han definido la actual imagen de Sila –por caso, el de *irracional*, también el de *ambicioso* o del eterno buscador de *gloria*- surgieron en el XIX o XX (en los movimientos ilustrados, románticos o en las varias ramas historiográficas del XX), para luego consolidarse.

Así, arribamos a otro punto que debemos aclarar: la selección de algunas vertientes historiográficas del XX (en lugar de citarlas en su totalidad) no es arbitraria, respondiendo en realidad al mismo criterio antes señalado de ajustarse a la innovación, refiriéndose esto a algún aspecto antes inexistente a la hora de abordar la figura de Sila e inaugurado por dicha vertiente citada.

Es por ello que podemos concluir sin demasiado esfuerzo en que (al menos a nuestro juicio) la época de mayor tratamiento del tema de Sila se ubicaría en los siglos señalados, especificándose conforme se avanza en el tiempo a la misma figura de Sila, cuando dicho análisis hubo de comenzar inserto en una lógica de manual general de historia antigua.

Así, los impulsos para estudiar la imagen de Sila en los siglos XIX y XX¹⁸ fueron siempre distintos. En el XIX, los distintos casos de historiadores de renombre –

¹⁸ Abordaremos la historiografía silana desde el siglo XIX en adelante, compartiendo el enfoque de Christ, por considerar a este siglo y al XX como los más prolíficos en el tema. No desconocemos la existencia de

principalmente europeos- que estudiaron el tema abarcaron al período silano siempre dentro de la mencionada lógica de manual de corte “rankeano”, ubicándolo y comprendiéndolo de acuerdo al contexto singular previo, simultáneo y posterior al desarrollo de la figura de Sila en la historia de la guerra civil romana. Así, autores hoy clásicos para el estudio de la historia romana en general¹⁹ desarrollaron la tendencia a ver a los personajes en un contexto específico, con el cual interactuaban en un doble sentido, formándolo y formándose por su efecto.

En este sentido, la certeza que rondaba las mentes intelectuales europeas de mediados del XIX –y que arriesgamos encuentra su crisis en la actualidad- de que el hombre estaba pronto a alcanzar un estado social perfecto –fuera bajo el marco ideológico que fuera- generaba un cierto atractivo en la imagen del Sila de las fuentes anti-silanas (que por otra parte es el Sila más accesible al análisis de las fuentes): comprender los motivos para un modo de actuar tan irracionalmente “ambicioso”, “tiránico” y –prurito especial- esencialmente reaccionario, se convirtió en el objetivo a alcanzar por los distintos historiadores que abarcaron este período. Fue en ese momento cuando nació la noción de Sila como un hombre que, utilizando elementos de fuerza muy específicos y con reconocidas dotes de habilidad e inteligencia, obligó a los romanos (amparándose en una oligarquía²⁰ senatorial en vías de extinción) a reasumir una constitución anacrónica, injusta y frágil, de dudosa conveniencia. Asimismo, el análisis de Sila y de otros hombres públicos de la antigüedad como personajes separados se esbozaba embrionariamente en estos abordajes marginales.

Luego, entre mediados del XIX y principios del XX, aparecieron distintos trabajos y monografías (a veces dentro de la misma tendencia historicista alemana) que insistían en el estudio de la historia romana en general y ahora incorporaban abordajes “personales”. En ellos surgieron algunas reacciones al rechazo y a la versión negativa que pintaban los “maestros” de estos nuevos historiadores: la idea de la *fortuna* de Sila –dónde, entre otros objetivos, se pretendería explicar un aspecto de la personalidad de Sila a través de argumentos religiosos- sumada al reconocimiento (que también hacían las fuentes y el mismo Mommsen) de las cualidades militares y diplomáticas del dictador, fueron algunos de los aspectos que comenzaron a ganar terreno en la consideración intelectual de los especialistas.

historiografía silana entre San Agustín y Mommsen, así como también señalamos la casi completa inexistencia de esta, salvo contadas excepciones.

¹⁹ Mommsen y Ranke son quizás los ejemplos más significativos.

Como si tíbiamente admitieran, aunque sin dejar de condenar las matanzas y la visión reaccionaria de Sila, que alguna cualidad tendría el patricio para llegar hasta dónde llegó. Y a pesar de que, como ya dijimos, las fuentes mencionan y reconocen estos aspectos, recién allí comenzó a perfilarse un viraje en la mayor consideración de estos.

Después del “silencio historiográfico” que tuvo la figura de Sila hasta la década de 1930, aparecieron ya nuevas versiones que apuntaban a desentrañar el “verdadero ser”²¹ de Sila: se hace manifiesto quizás que las antiguas explicaciones o bien no eran convincentes, o eran más bien incompletas para las nuevas inquietudes. De cualquier modo, la tendencia de conocer las *intenciones* y las *motivaciones* de Sila parece demostrar la existencia de un cambio en los historiadores de la época, quienes comenzaron (una vez más: no por casualidad) a explotar con trabajos y monografías al período silano. Prestemos atención a los acontecimientos que se ciernen sobre el mundo de estos historiadores y comprenderemos mucho mejor sus motivaciones personales para estudiar la figura presentada por la tradición anti-silana del dictador romano.

Se adivina entonces la aparición del polémico trabajo de Carcopino, el cual se centró en explicar la acción de Sila como la de un *ambicioso* militar romano que pretendía instaurar una monarquía personal de rasgos orientales, sentando así las bases para el futuro principado (pretendido también por César y finalmente logrado por Augusto). Dicho trabajo, a pesar de ser ciertamente innovador, mantenía la matriz historiográfica principal de los autores previos, esto al tratar de explicar el “misterio” de Sila (así se lo había planteado desde un principio, como un *aenigma*²²). Dicho misterio ganaría –dada la naturaleza enigmática que esta denominación le daba- el trato de no ser resuelto, colocando a estos autores posición de limitarse a argüir el problema de las fuentes ya mencionado, o la complejidad de la personalidad de Sila para no abordarlo.

Nosotros, por otro lado, creemos que la imagen de Sila, incluyendo sus motivaciones y propósitos, así como su concepción de la política y sociedad romana - por no decir de la realidad-, representan un objeto de estudio perfectamente abarcable y comprensible, siempre y cuando el investigador, en palabras del propio Gabba²³, comprenda lo mejor posible las influencias culturales y de coyuntura que afectaron tanto al propio Sila y a los co-responsables de su huella histórica, como al mismísimo

²⁰ Circunscribimos este término exclusivamente a su significado etimológico, sin connotaciones de ningún tipo teórico o ideológico.

²¹ BERVE, HELMUT, *Sulla*, en *Gestaltende Krafte der Antike*, Munich, 1966, p. 375-395.

²² GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, op. cit., p. 3 y título.

investigador: se hace entonces esencial la crítica historiográfica de las fuentes, autores y hasta personal para lograrlo.

Asimismo, vemos clara la fuerte tentación que genera la imagen de un personaje como Sila (o por lo menos la imagen dada por las fuentes anti-silanas) para asociarlo con otros personajes de otros contextos históricos, más especialmente en el siglo que acaba de consumir sus años. Dicha centura, caracterizada por sus figuras fuertes de poder real, está marcada por la fuerza de la propaganda, y en cierta forma “avergonzada” por las soluciones extremas que sus hombres supieron apoyar (justamente estos son los tópicos y categorías bajo los cuales se suele analizar el período silano y su proceder).

Dicho siglo y su sociedad occidental –historiadores silanos incluidos- parecieran sufrir un verdadero “síndrome de vergüenza del tirano”, y que además parecieran comprender perfectamente los mecanismos por los cuales la propaganda suele elegir “chivos expiatorios” para cubrir responsabilidades colectivas.²⁴ Creemos que Sila fue en parte víctima de un procedimiento similar: entendemos que la *pax* augústea era demasiado buena como para cuestionar el precio pagado por ella, y este fue el de la completa aniquilación de facciones completas opuestas al régimen silano, el cual sobrevivió a Sila.²⁵ De los merecimientos –si es que cabe el término- de Sila para ser objeto de este ataque nos ocuparemos más adelante.

Este recuento de las fuentes abiertamente “negativas” del tema llevará inevitablemente al otro lado del péndulo, esto es el de ver imágenes historiográficas de Sila más bien positivas. Se trata casi siempre de autores de mediados del XX a la actualidad, entre los cuales se incluye el caso de los “historiadores del nazismo”, caso siempre curioso por el acomodamiento forzado de los hechos a su teoría. Todas estas tendencias positivas de ver el accionar silano tienen en común no negar (al menos no completamente) las proscripciones y matanzas calculadas, justificándolas en mayor o menor medida y no atribuyéndolas ya a la mera irracionalidad, sino a un plan calculado.

Vemos entonces en la historiografía “nazi”, por ejemplo general de los estudios del XX, que la pertenencia de Sila a la verdadera raza se cumple por la nobleza de su sangre romana, mientras que sus medidas habrían pretendido salvar a una república

²³ CHRIST, KARL, op. cit, p. 145.

²⁴ LAFFI, UMBERTO, op. cit., en especial la conclusión.

²⁵ Sila habría allanado el camino a la dominación de ciertas facciones de la oligarquía romana, las cuales supieron sobrevivirlo, y también a César y a Augusto.

acosada por elementos inferiores o agentes suyos.²⁶ Por otro lado, autores como Kahrstedt (posterior a las guerras mundiales) opinan que el plan silano de reforma violenta fue concebido para lograr el *orden* que le faltaba a la República, necesario para que no se destruyera bajo el peso de sus propias contradicciones²⁷: ¿una doble explicación para Sila y el último *Reich*, recién caído?

Una vez más, notamos en los autores –del XIX y XX- que ninguno de ellos niega la “genialidad” militar de Sila, así como su cintura diplomática. Tampoco discuten el fracaso de sus reformas, punto en el cual casi toda la bibliografía del tema concuerda (con la posible excepción de Laffi, quién asegura una duración mayor de las reformas de Sila, aunque finalmente admita que fueron destruidas por César)²⁸.

Dentro de esta nueva visión más integral del tema, el retiro del dictador fue otro tópico polémico: las causas probables oscilaban entre el fracaso de una política monárquica²⁹, el tedio del poder³⁰, la sensación de haber cumplido una misión (idea de la historiografía para explicar este suceso que más terreno ha ganado) y hasta el miedo a la muerte.³¹ Estos, sin embargo, no deciden si la reforma realizada por el dictador fue de una intencionalidad reaccionaria³² o más bien monárquica³³.

Paralelamente, se desplegó en el XX una idea embrionariamente planteada en el XIX y en las fuentes moralistas, la de analizar los rasgos personales y de carácter de Sila no ya como incidencia, sino como tema central. En este sentido, y siempre siguiendo las fuentes principalmente anti-silanas, se desarrolló un retrato de Sila que, en su composición final, se podría definir como una verdadera dualidad: disoluto en los placeres pero inteligente y frío en el raciocinio; odioso con sus enemigos pero amable con sus amigos; calculador pero fácilmente irritable; ciertamente ambicioso, pero también comprometido con la causa republicana; confiado en la fortuna y en los dioses, pero hacedor de su propia suerte. Una de tres: estas reconstrucciones marcan serias diferencias historiográficas o de empleo de fuentes (incluyendo manipulaciones en ambas); o el especialista habría de elegir arbitrariamente los rasgos que crea se acomoden mejor a su concepción de Sila; o Sila directamente reunía de alguna manera

²⁶ CHRIST, KARL, op. cit., p. 158.

²⁷ Ídem, p. 160.

²⁸ LAFFI, UMBERTO, op. Cit, en especial la conclusión.

²⁹ CARCOPINO, JEROME, *Sylla ou la monarchie manquee*, Paris, L'Artisan De Livre, 1942.

³⁰ CHRIST, KARL, op. cit., p. 152 y siguientes.

³¹ Ibídem.

³² Mommsen y Ranke representan a los iniciadores de dicha tradición.

³³ CARCOPINO, JÉROME, op. cit.

todos estos caracteres opuestos, exagerados por las fuentes y por la historiografía que las empleó.

Finalmente, y habiendo establecido –aunque someramente- las tendencias generales de la historiografía, haremos honor a lo arriba mencionado y criticaremos nuestros propios móviles en este espacio introductorio –y no en la conclusión que es dónde, si cabe, debería estar- con el fin de prevenir al especialista y agilizarle el trabajo. Nos ubicamos, entonces, dentro de la historiografía aquí englobada bajo el rótulo de “latina”, categoría dentro de la cuál incluimos aportes italianos, españoles y franceses, así como los de sus herederos culturales (América hispana, por ejemplo). Dicha historiografía estudió y estudia a Sila casi siempre desde motivaciones políticas, las cuales llevaron a comparar a Sila con los propios caudillos actuales o de un pasado reciente de las historias de dichos especialistas, aunque no siempre perdiendo la objetividad mínima esperada.

Aclaremos: no cuestionamos aquí de ninguna manera la capacidad de objetivizar a Sila en su tiempo de autores de la talla de Laffi, Gabba o Hinard (por citar algunos), sino marcamos el origen motivacional –si cabe el término- del estudio del período. Entonces, pareciera una regla ineludible la sensibilidad (positiva, neutral o negativa) de estos autores por regímenes caudillescos, siendo dicha sensibilidad la causante principal del estudio del tema de Sila. Asimismo, la inmediata efectividad de las medidas silanas y el carácter marcadamente emprendedor del patricio suelen ser objeto de fascinación en estos historiadores, posiblemente por ser ellos ciudadanos de naciones que se destacan por la eficacia o la iniciativa políticas solo para obtener resultados generalmente juzgados por la posteridad como nefastos.

Entonces, y a pesar de tener muy en cuenta los aspectos indudablemente negativos de la experiencia silana, los autores de esta tendencia suelen tener cierta simpatía –cuando no intentan directamente justificarlo- no ya por el régimen, al que aborrecen, sino por la persona puntual de Sila³⁴: *aman al hombre, odian su obra*. En esta “subcategoría” es dónde nos ubicaríamos nosotros: nos gusta Sila, nos atrapa su carisma, sus ansias de restauración (¿o más bien de reforma?) y nos cautiva, como dijera Mommsen, el “*matiz bufonesco*”³⁵ que surca toda su vida. No obstante,

³⁴ Apiano y Plutarco principalmente son los responsables de este fenómeno de atracción-rechazo. La historiografía heredó esta tendencia, y -salvo excepciones de demócratas defensores de derechos no formulados en la época de Sila- se mantiene hasta el día.

³⁵ MOMMSEN, THEODOR, *Historia De Roma*, tomos V-VI. Madrid, Turner, 1983.

intentaremos que esta confesa simpatía no interfiera en nuestra investigación, a pesar de haber sentado las bases del interés por el tema: **¿Quién era Sila?** ¿Cuál fue su **contexto cultural** y qué papel tuvo en su formación? Y consecuentemente: ¿cuál fue su responsabilidad pública, es decir sus **medidas** relativamente **libres** y **no condicionadas** por alguna alianza política? ¿Cuál fue la o las tendencias personales subyacentes a su accionar público y privado? Finalmente la cuestión principal, delimitadora del tema elegido (Sila en su tiempo) y de la hipótesis central de este estudio: que Sila fue un producto cultural novedoso, resultado de las confluencias culturales del Mediterráneo de su época y de la propia cultura romana por partes similares, y que Sila de ninguna manera fue el constructo histórico tendencioso de las fuentes –también recogido en su esencia por la historiografía- sino alguien distinto, que intentaremos rescatar a la luz de dichas influencias ineludibles –únicas aproximaciones posibles al tema- y de un propio aporte original.

Así, estructuraremos el trabajo siguiente de manera que se vea, en primer lugar, un esbozo personal y basado en los ya existentes en fuentes e historiografía de la personalidad de Sila. En este sentido, haremos hincapié en los aspectos que pudieran tener algún tipo de incidencia en su vida pública, aprovechando la extensivamente tratada faceta privada de la vida de Sila -mejor conocida por las fuentes- para lograrlo.

Luego nos dedicaremos a la otra variable necesaria para comprender a cualquier personalidad en su tiempo: el contexto en que se desempeñó dicho personaje. De esta manera, afrontaremos la realidad cultural del Mediterráneo de la época silana, así como analizaremos los antecedentes de la vida política romana que pudieron formar ejemplos y contraejemplos para Sila, así como no dejaremos de lado la misma faceta política durante el desempeño público –político y militar, interior y exterior- silano.

Finalmente, intentaremos sintetizar el ya mencionado aporte original al tema, basándonos en el esquema propuesto y en contribuciones historiográficas varias, tratando de ubicar a Sila y a sus propias motivaciones en su propio tiempo.

El abordaje, tan amplio, parece ser difícil de cubrir. Comencemos por intentar un esbozo de quién fue Sila y en que contexto histórico actuó, intentado de esta manera una primera aproximación. Así como evitaremos caer en lugares comunes y generalmente conocidos, deberemos hacer hincapié en algunos de ellos por su radical importancia para comprender la figura –insertada en su coyuntura- del controversial militar y político romano.

EL SILA DE LAS FUENTES Y DE LA HISTORIOGRAFÍA

El “doble Sila” y el aenigma - Contradicciones de los retratos silanos - La personalidad silana desde las fuentes - La fortuna y el sentido común en Sila - El entorno silano - Sila y la monarquía - Gloria y trascendencia

No somos originales al establecer al menos una de las premisas arriba enunciadas. Esto lo sabemos. Lo que sí pretendemos es descubrir a Sila en personalidad y ambiciones; siempre sujeto al entorno histórico-cultural que necesariamente lo predispuso -sin determinarlo- a actuar de determinada manera; entorno que por otro lado también debemos comprender.

Como ya hemos especificado, Sila fue siempre -o siempre que fue tratado- un personaje controversial, sujeto a consideraciones muy contrastantes no ya en cuanto a su obra política, sino también en el ámbito personal.

Así como su obra política siempre estuvo retratada con posturas bipolares (en las cuales, sin embargo, siempre predominó una visión negativa), pareciera que a la hora de abordar el tema de la personalidad se hubieran calcado dichas caracterizaciones. Ellas solían marcar a Sila como un tirano del tipo griego-helenístico³⁶ cuyo única ansia era la de conseguir el poder por medios cuestionables y fines personales, megalómanos y tendientes a alcanzar ciertas ambiciones.

En este sentido, las fuentes secundarias tienden a unirse en una sola voz, pintando a Sila como un hombre dispuesto a emplear todo su arsenal de cualidades naturales al servicio de sus propios intereses -complementándolas con lazos personales de *amiticia* - para conseguir dicho objetivo.

Una parte importante de la tradición historiográfica se ha sumado a esta corriente fundada ya en las fuentes, aceptando la idea del militar brillante y excelente

³⁶ Apiano principalmente, marcando tendencia en la historiografía futura.

diplomático, frío y *racional* –calculador, en una palabra- quién, surgiendo de una cuna empobrecida y lejana a la política romana –un verdadero *outsider*, según lo definen algunos autores³⁷- supo conquistar una posición de poder real al asociarse a la influyente familia de los Metelo³⁸, a Mario mismo³⁹, a sus propios legionarios⁴⁰ y, finalmente, a los intereses de la oligarquía senatorial⁴¹.

Si bien esta escuela historiográfica no considera ya a Sila como el tirano heleno-helenístico que marcaban las fuentes –además señalan esto como un desacierto anacrónico- han sustituido ciertamente esta caracterización por otras, similares a las de sus propias coyunturas políticas.⁴² Así, estos autores basan los quizás inesperadamente exitosos resultados militares de Sila en un planeamiento cuidadoso que –sumado a las probadas cualidades de sus veteranos- hizo la diferencia en el campo de batalla. En este sentido, abordan principalmente los teatros sobre los que Sila se desarrolló militarmente: la guerra contra los númidas, la guerra social, la guerra mitridática y –una vez más en Italia- la conquista militar del poder romano. También se tienen en cuenta la guerra contra los cimbrios y teutones y el sofocamiento de la revuelta de Saturnino.

Aquí abordaremos el problema de reconstruir una personalidad coherente de Sila de la misma forma, rescatando en este caso a la guerra con Yugurta, enfrentamiento que pasó a la posteridad por la corrupción que lo perpetuaba constantemente. Durante esta siempre se destacaron dos episodios del accionar de Sila: comprendiéndose que los sobornos de Yugurta eran casi la única causa de la existencia de esta conflagración, las

³⁷ CHRIST, KARL, op. cit., p. 167.

³⁸ Por medio del casamiento con Cecilia Metela, quién sin embargo no fue la única esposa de Sila.

³⁹ Este punto, eclipsado por el episodio de la entrega de Yugurta a Sila por parte de Boco –y no a Mario- no debe sin embargo perder importancia: Sila claramente inició su carrera política bajo la sombra de Mario, de quién no sólo pudo haber aprendido cuestiones de sutil importancia a la hora de comandar los nuevos ejércitos profesionales de la República, sino también el juego político –y sus resultados- de oscilar entre el patronazgo con la casa de los Metelo (de quién Mario también supo ser cliente) y la autonomía política.

⁴⁰ Son claros en muchas fuentes principales los lazos de amistad –o clientelismo- de Sila con sus legionarios. La famosa reforma militar de Mario había sentado las bases para este tipo de relaciones nuevas entre el cónsul y sus soldados, las cuales, por otro lado, aparentemente insistían en establecerse *antes* de dicha reforma. Además, obras clásicas de peso significativo han abordado dicho tema con posturas y categorizaciones similares, sentando las bases para el estudio del fenómeno militar y sus consecuencias para el ámbito político. El ejemplo más importante es el de la obra de Taylor, la cual tomó estas caracterizaciones y las aplicó al ambiente político romano. (TAYLOR, LILY, *Party Politics In The Age Of Caesar*, California, UC, 1968.)

⁴¹ No pudiendo discernir claramente cuáles de las reformas silanas obedecían al interés senatorial o al suyo propio, notamos sin embargo ciertas medidas –no todas- complacientes para el poder senatorial, ordo social que constituyó la base política casi exclusiva de Sila.

⁴² Resulta normal ver el acomodamiento de las distintas imágenes históricas de Sila a la coyuntura de los historiadores que las crearon. En el caso de Syme, por ejemplo, se puede ver una asociación sutil –pero directriz del estudio de Sila y su tiempo y personajes- con los de su propia época.

fuentes⁴³ tienden a atribuir la victoria romana a la iniciativa de Sila, quién conspiró con Boco –númida y pariente de Yugurta- para lograr la captura del rey. Este sería el primer episodio en el cual salió a relucir la figura de Sila, aunque en dos sentidos distintos: por un lado, como principal responsable de la victoria romana, por el otro como un suceso que tendió a enemistar a Sila con Mario, celoso este último.⁴⁴

Complementario con este episodio es también uno anterior, aquel que tiene a Sila completamente solo y atravesando un campamento númida enemigo, para tener la reunión con Boco que le permitiría finalmente apoderarse de la persona de Yugurta. Interpretando estos episodios juntos es cómo debemos comprender a este Sila en sus comienzos de su carrera política, aunque claramente intentando alcanzar un nombre con raptos de impetuosidad y pretensión de ponerse en peligro, tendencia que veremos en otras situaciones análogas en el futuro cercano de su carrera política y que podrían mostrar un arquetipo de valentía, identificable con la temeridad como virtud.

Así, la historiografía moderna (y las fuentes también) han pretendido caracterizar a un Sila frío y calculador (y en consecuencia “brillante militarmente” aunque algo “traicionero”)⁴⁵. Los sucesos de la guerra social, junto con los de la marcha sobre Roma a la vuelta de Asia (en la cuales destacó una vez más el supuesto genio militar) tienden a confirmar esta tendencia: las situaciones conflictivas que las legiones silanas tuvieron que sortear fueron varias.

En este sentido, compartimos ciertamente la ambición como motivación para el accionar silano. No comulgamos, por otro lado, con la idea de un Sila calculador y frío en el sentido que lo marca como previsor y planificador a largo plazo, así como también rechazamos la idea de la estilización de su propia imagen con fines *exclusivamente* propagandísticos.

Para explicar estas posturas debemos sumergirnos en el estudio del accionar silano en las distintas guerras en que participó, sí, pero principalmente en la mitridática y en las marchas sobre Roma.

Apiano⁴⁶ explica exhaustivamente los distintos sitios de ciudades italianas que tuvieron lugar en las campañas de Sila en Italia –arte especialmente difícil para la mayoría de los cónsules- y que fueron solucionados satisfactoriamente, muy a pesar de

⁴³ Salustio con su “Guerra de Yugurta” ha favorecido esta idea.

⁴⁴ Recordemos que Mario era el encargado principal de la guerra con los númidas, mientras que Sila era tan sólo comandante de caballería.

⁴⁵ Plutarco, con sus descripciones de la personalidad silana, insiste concientemente en este aspecto; repercutiendo en parte sobre la historiografía.

⁴⁶ APIANO, *Historia De Roma*, Madrid, Planeta, 1998, p. 33 y siguientes.

las probabilidades y siempre gracias al sentido común y capacidad de reacción a la adversidad por parte de Sila. Asimismo las distintas batallas en suelo italiano, en las cuales Sila se vio recurrentemente “rodeado de rivales por todos lados”⁴⁷ fueron siempre victoriosas para este, quién acostumbraba solucionar situaciones desesperantes con golpes de mano que siempre lo involucraban a él mismo, estandarte en mano y cargando de frente al enemigo, llenando de coraje a tropas propias que comenzaban la retirada.

Es difícil decir cuánto hay en estos testimonios de vanagloria o adulación: la idea de un ejército que deja de huir por el ejemplo heroico de un cónsul es tan dorada como sospechosa. Lo cierto es que sin importar el grado de subjetividad que pueda existir en ellos, poco es lo que se puede rescatar de estos sucesos que realmente soportó la teoría tan sostenida por varios de un Sila frío y calculador militarmente.⁴⁸

Así, para salvar esta contradicción, la historiografía moderna suele hacer una división arbitraria para conciliar al supuesto genio militar con el incompatible arrojo de Sila recién visto: hablan de dotes militares naturales por un lado, y por el otro de la conciencia de Sila de estar protegido por la divinidad, la cual además hubo de darle la certeza de la victoria sin importar nada, haciéndolo temerario y cruel.⁴⁹

Más bien pareciera evidente que, no demostrando dichas dotes militares -sino en cambio sentido común e improvisación, además de un llamativo conocimiento de la naturaleza humana y la reputación que gozaba entre sus soldados⁵⁰- Sila confiaba en aquella capacidad de resolución en la adversidad –de acomodamiento a la situación e iniciativa a la vez, cualidades que relucen a lo largo de su vida-, y también en los brazos de la divinidad. Una fuerza sobrenatural que, en la mentalidad del romano⁵¹, tomaba partido cuando las cosas no estaban ya en sus manos.

⁴⁷ PLUTARCO, *Vidas Paralelas*, México, FCE, 1973, p. 87.

⁴⁸ Si se acepta al pie de la letra la idea de Sila como pieza clave de la victoria por su “ejemplo heroico” quedaría demostrado que Sila era todo lo contrario a un brillante estratega: se lo podría equiparar, sin embargo, con la figura militarmente carismática de Mario, quién también brilló por sus dotes caudillescas de mando natural. Otra alternativa podría ser la de no creer en absoluto a esta tradición y adjudicarla a meros esfuerzos propagandísticos o de autoadulación. Nosotros opinamos que creer en la primera es caer en la obvia trampa de las fuentes prosilanas, exageradas en favor de Sila; y aceptar la segunda resultaría injusto para las probadas capacidades militares de Sila (nadie es victorioso en todas las guerras que combate por casualidad). Así -dando lugar a una necesaria exageración y distorsión de los hechos por parte de las fuentes- creemos sin embargo que las campañas militares de Sila fueron en esencia como están descritas, comprobándose la teoría sostenida de la falta de planeamiento y previsión fríos en el campo militar y marcando más bien la capacidad de improvisación por parte de Sila.

⁴⁹ CHRIST, KARL, op. cit., p. 148-157.

⁵⁰ Complementado, claro está, con los tan mentados lazos de fidelidad personal generados desde la realidad militar que la reforma de Mario puso en evidencia.

⁵¹ Al igual que en las mentalidades realmente prácticas de la actualidad y de siempre.

Así se ve en el momento crítico de una batalla –la cual, no está demás aclarar, tuvo lugar cuando Roma (en manos de Sila) fue concienzudamente desguarnecida, con el obvio riesgo que esto conlleva-. Allí, muy cerca de la ciudad, se enfrentaron las armas de Sila contra los agitados samnitas y lucanos, quienes desde siempre habían tenido afinidad a buscar excusas para saldar cuentas con los romanos, y más desde el desastre militar que les significó la guerra social.

Esta vez liderados por Mario, estos los pueblos itálicos pusieron a Sila en aprietos –a punto estuvo de perder la vida-. En el momento álgido de la batalla, Plutarco dice que el patricio romano tomó un ídolo de Apolo (adquirido poco tiempo atrás, en las guerras libradas en Asia menor y la Hélade) implorándole “¡Oh, Apolo Pitio! Tú que de tantos combates sacaste triunfante y glorioso a Cornelio Sila Felix, ¿Lo habrás traído ahora aquí a puertas de la patria para arrojarle a que perezca vergonzosamente con sus conciudadanos?”.⁵² Qué otra cosa que Sila entregándose a manos de la divinidad –una vez de tantas- cuando los asuntos parecían no salir bien, cuando sus enemigos lo estrechaban.⁵³

También veamos otras citas para ilustrar lo arriba expuesto: “él mismo escribe que aun las empresas acometidas temeraria y al parecer inoportunamente solían salirle mejor que las más detenidamente meditadas.”⁵⁴ Además, Plutarco –siempre en contacto con las *memorias* de Sila-, agrega más adelante que “le parecía estar más bien formado por la naturaleza para las cosas de la *fortuna* que para las de la guerra”, marcando así la conciencia de estar apoyado por la divinidad –tomara el nombre del dios que fuera- que la historiografía moderna suele destacar.⁵⁵

Asimismo, es normal ver pasajes en Plutarco que explican cuando en Queronea –batalla significativa de la guerra mitridática- “Sila quedó muy confuso, sin saber donde

⁵² APIANO, op. cit., p. 363.

⁵³ Algunos autores han visto en episodios de este calibre –abundantes en la descripción plutarqueana- una fuerte tendencia de estilización personal (así lo llama Christ) por parte de Sila, a través de la propaganda. En ese sentido, el apoyo divino a los designios silanos pareciera ser el ejemplo más radical de esta idea. (CHRIST, KARL, op. cit., p. 181.) Opinamos que esta tendencia resultaría más coherente si se atribuyera a la vanidad de Sila más que a un esfuerzo político conciente, pero estamos de acuerdo en la esencia de la idea: la insistencia de Sila en resaltar y hasta magnificar sus logros de vida –conocidos a través de sus *memorias*- podría demostrar una imperiosa necesidad de hacer conocer al futuro de su obra. Al respecto, no se debe olvidar que sus *memorias* fueron redactadas en su vejez, cuando estaba ya retirado de la esfera pública.

⁵⁴ PLUTARCO, op. cit., p. 371.

⁵⁵ Parece claro que el mismo Sila era conciente de las limitaciones que tenía: ni siquiera el filtro de la exageración intencional pudo retener estas confesiones, que además parecen derribar el mito del Sila frío y calculador para dar lugar a una versión de Sila en recíproco contacto con su coyuntura, actuando y reaccionando en relación a ella. Consecuentemente, la idea de Sila como un megalómano egoísta y banal queda –al menos- matizada.

acudir”⁵⁶ hasta que finalmente decidió actuar, ganando así la batalla con esa combinación de *fortuna divina* y *sentido común humano* tan recurrente.

Continuando con el estudio de la personalidad de Sila, debemos destacar su *fortuna*⁵⁷, donde también encontramos un tema muy tratado por la historiografía moderna, continuadora de las fuentes secundarias⁵⁸ en cuanto a dicha tradición. Así, Apiano habla de una fortuna que acompañase a Sila hasta en el día de su funeral⁵⁹, como también Plutarco y otras fuentes de segundo orden hacen referencia –algunas basadas en las *memorias* de Sila- a la confianza que el cónsul tenía en la fortuna.⁶⁰

En general, la mencionada historiografía (como explicamos en el capítulo introductorio) comenzó a estudiar aspectos de la personalidad de Sila como un intento de comprender el rol socio-político y hasta cultural que este supo desempeñar en su carrera. Consecuentemente, la intención de dichos estudios sería la de comprender mejor aquella cuestión -planteada como *aenigma*- de cómo para la mentalidad de Sila eran coherentes tres elementos centrales de su vida pública: su ansia de poder, las reformas aparentemente conservadoras -que lo ciertamente inmortalizaron como a un reaccionario pro-*optimate*- y, finalmente, su “misteriosa” abdicación⁶¹.

Así, fueron solucionadas estas contradicciones con la invención historiográfica de aquel Sila *completamente* entregado a la fortuna divina⁶² -tan caprichosa como su

⁵⁶ PLUTARCO, op. cit., p. 347.

⁵⁷ Aspecto exhaustivamente trabajado por la historiografía en los últimos tiempos, tratándose este –muy sintéticamente explicado- de los aspectos religiosos y personales del tema, en especial aquellos concernientes a los rasgos propagandísticos atribuidos a ellos y también a la justificación personal de los móviles de Sila. Así, los autores del tema tienden a polarizarse por una explicación que habla del uso político de estos rasgos o de una sincera creencia en ellos por parte de Sila y sus contemporáneos.

⁵⁸ Apiano, Plutarco y Dión Casio, principalmente.

⁵⁹ Apiano recogió esta tradición al notar que, durante el funeral de Sila, el cielo aguantó una incipiente tormenta hasta que la pira funeraria de Sila terminara de consumirse. APIANO, op. cit., p. 89.

⁶⁰ PLUTARCO, op. cit., p. 359 y siguientes.

⁶¹ Resulta muy llamativo el uso de la palabra “abdicar” por los especialistas, cuando la magistratura desempeñada previamente por Sila era la perfectamente legal dictadura (a pesar de las asperezas legales de su consecución, irregularidades que por otra parte no faltaban en la historia legal romana anterior y posterior). El uso de estos términos demostraría que claramente se ha concebido a Sila como un verdadero rey -o por lo menos un tirano- hasta la actualidad, continuando así la tradición de las fuentes principales para conocer el período (Apiano y Plutarco principalmente, aunque también Livio y Salustio, más cercanos en el tiempo a Sila).

⁶² Nosotros compartimos esta postura, aunque no de manera tan pronunciada como se suele enunciar: Sila era perfectamente conciente de sus propias acciones y, como explicamos, seguramente dejaba en manos de la fortuna aquellas cuestiones que escapaban de sus manos. Resulta llamativo cómo esta tendencia ya casi es un patrimonio cultural de los italianos, hasta tal punto de ser explicada por Maquiavelo varios siglos después como un factor desequilibrante en la política. El florentino, por otro lado, era ferviente admirador del pasado romano republicano y bien se podría deducir que muchos aspectos de su príncipe ideal son similares a los del Sila de las fuentes negativas, cuando no reelaboración –conciente o no- del pasado romano. MAQUIAVELO, NICOLÁS., *El Príncipe*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 2003.

propio accionar- y esta construcción fue completada con la de una personalidad entregada a los placeres sensibles y completamente disoluta, necesario polo opuesto de este constructo más bien acorde con las personalidades románticas bipolares del siglo XIX. A la vez, Sila aparecía respondiendo muy devoto a estos designios divinos – expresados a través de sueños, augurios y oráculos varios⁶³-.

De este modo, el Sila propuesto por ellos -que recuerda al “doble Sila” de las fuentes y también a la literatura de la segunda mitad del siglo XIX y sus personajes partidos a la mitad, fuente de entretenimiento y análisis de la naturaleza humana al igual que la ciencia histórica de la época⁶⁴- se configuraba como una contradicción caminante que expresaba brillantes designios divinos y oscuros deseos personales en el campo político romano.

No obstante estas tendencias de las fuentes e historiografía, la idea de la fortuna divina surca siempre la vida de Sila, muy a pesar de la obvia dificultad que conlleva discernir la verdad de la propaganda en las fuentes. Resulta importante este rubro, insistimos, para comprender mejor la imagen que Sila elaboró de sí mismo⁶⁵ y, sucesivamente, captar mejor su esencia a través de la experiencia de la más fiel de las fuentes: las propias *memorias* silanas.

En este sentido, resultan esclarecedoras y de importancia sustancial las distintas influencias culturales que supo tener Sila a lo largo de su vida, en parte conformantes de dicho ideal de fortuna divina en el personaje romano.

En primer lugar ubicamos su educación de la infancia y adolescencia, sobre la cual quedan datos escasos que la indican como completa, común para la época y posición social de Sila –sabía tanto latín cómo griego⁶⁶-. De esta noción se desprendería que –al menos hasta la muerte de su padre- la familia de Sila gozaba de una fortuna por lo menos considerable -aunque no ampulosa-, en contradicción con la tradición recogida por distintas fuentes⁶⁷ que lo muestran generalmente como empobrecido.⁶⁸

⁶³ PLUTARCO, op. cit., p. 341 y siguientes.

⁶⁴ Dorian Gray fue, a nuestro juicio, sintomático de esta forma de sentir a la persona, escindida en polos opuestos.

⁶⁵ El tema más estudiado en la actualidad por los especialistas los especialistas de Sila.

⁶⁶ Salustio hizo esta afirmación, siendo contemporáneo a Sila.

⁶⁷ PLUTARCO, op. cit., p. 317.

⁶⁸ Al respecto aventuramos que dicho dato abrevia de fuentes de autoría personal de Sila, justificando esta tendencia a empobrecer los orígenes de Sila con un mayor mérito en el sorteamiento de obstáculos por parte de este al sufrir de este *handicap*. Por otra parte, se suele decir que el casamiento de Sila con una dama de mala fama y mucha mejor fortuna personal sirvió a Sila para superar este contratiempo económico. Ídem, p. 318.

Por otro lado, existen referencia en varias fuentes⁶⁹ que señalan –aunque generalmente denostándolo- al grupo de artistas que rodearon a Sila desde su juventud hasta el día de su muerte, círculo de personajes reprobables para las fuentes moralistas de la posteridad⁷⁰ pero que nos dicen mucho acerca de algunos aspectos de la personalidad de Sila. Christ sugiere que dicha compañía quizás fuera el origen de la estilización constante que hacía Sila de su propia imagen, señalando así en este una personalidad “naturalmente vanagloriosa y orgullosa de sí misma”.⁷¹

Además, destacamos como importantes para la formación cultural de Sila al escenario heleno y helenístico como campo de aprendizaje vivencial –durante el conflicto mitridático concretamente- en el cual Sila podría haber reafirmado conceptos muy compatibles con esta personalidad “altanera y vanagloriosa”⁷² tales como el de la gloria militar –inquietud trasladada indirectamente a Sila a través de los reyes anatolios y propia del ejemplo alejandrino- y la idea de la necesidad de una monarquía –en el sentido estricto de la palabra- para la conducción de los hombres y principal cura a la crisis política –en el caso de Sila y la situación romana y propia- de la República.⁷³

De este modo se fusionan los aspectos políticos y privados de la vida de Sila, generando una simbiosis entre ambos, haciéndolos inseparables a la hora de analizarlos: las ambiciones de gloria y fama sumadas a las soluciones que helenos y orientales habían concebido para la *stasis* se funden junto con la proyección pública casi necesaria que una persona como Sila concebía para su vida, y también con la mencionada vanagloria que lo sugería como el único capaz de llevar a cabo dichas soluciones.

Así, no resulta extraño que las mismísimas proscripciones hechas por Mitrídates antes de la llegada de Sila al escenario asiático –las que, por otro lado, fueron una de las provocaciones y causas de dicha guerra- constituyan el mejor ejemplo de esta posible influencia helenística en la concepción de las soluciones políticas de Sila para subsanar la enfermedad republicana, más tarde aplicadas con todo rigor por el *dictator*.

⁶⁹ Apiano, Plutarco, Livio y Salustio parecían estar de acuerdo en este tema.

⁷⁰ Principalmente para Plutarco, quién se expresa seguido en contra de estas tendencias disolutas de Sila.

⁷¹ CHRIST, KARL, op. cit., p. 181-198.

⁷² PLUTARCO, op. cit., p. 322.

⁷³ Inquietud muy presente en la intelectualidad romana en el futuro inmediato a Sila: baste recordar las ansias de principado de Cicerón (frustradas) y de Augusto. Debemos aclarar, sin embargo, que no creemos que Sila haya puesto en práctica dichas influencias de manera pura, sino que –como buen romano- supo tomar de ellas los elementos más importantes y que no estuvieran en abierta contradicción con los fundamentos constitucionales romanos. En este sentido, las proscripciones y la idea de conducción del estado de manera autocrática fueron aspectos de la dictadura silana claramente inspirados en dichas influencias.

Así como señalamos esto, tampoco resultaría descabellado pensar en un Sila deslumbrado por el poder de los reyes orientales –“déspotas” y “tiranos” para las fuentes posteriores-, y puntualmente sobrecogido ante la visión de un rey particularmente exitoso en sus empresas como Mitrídates, quién supo reafirmar la hegemonía del reino de Ponto en relativamente poco tiempo y a base de iniciativa y de indudables cualidades como estadista.⁷⁴

Entonces, cobra más sentido un suceso siempre citado como ejemplo de la vanagloria silana, pero que en el fondo pareciera significar más que simple orgullo:

*“Mientras [Sila] se detenía a orillas del Éufrates, fue a hablarle Orobaso el parto, embajador del rey Arsaces, sin que antes hubiera habido comunicación entre las dos naciones; y esto mismo se cuenta por uno de los mayores favores de la fortuna de Sila, haber sido el primero de los Romanos a quien se presentaron los Partos en demanda de amistad y alianza”.*⁷⁵

El episodio pareciera señalar la ambición de Sila de acercarse a aquellos reyes que, a la vista de un romano, podrían parecer fuertes gobernantes de tan vastos dominios, similares en extensión a los de la República y –en el caso mitridático- lo suficientemente bien regidos como para llevar a cabo con éxito acciones de la complejidad de una guerra de conquista. Muy diferente era, sin embargo, el panorama que ofrecían las complicadas relaciones institucionales, manipulaciones religiosas y arreglos políticos evidentes⁷⁶ de la sociedad política de la República.

Entonces, podría haberse generado en la mente de Sila una primera aproximación a la solución política que necesitaba su tierra, una solución en principio “heterodoxa” -¿puede hablarse de “ortodoxia” en una constitución consuetudinaria y no escrita?- pero viable a los ojos de una persona con el pragmatismo que sólo pueden otorgar la política y la guerra, bastante experiencia en un campo como el militar -que

⁷⁴ Insistimos, además, en la cercanía relativamente reciente de la familia de Sila para con Mitrídates: su propio padre aparentemente había compartido una amistad con el rey, conseguida durante el ejercicio de un propretoriado en Asia.

⁷⁵ PLUTARCO, op. cit., p. 322.

⁷⁶ No debemos olvidar que la pobreza del linaje de Sila se debía a acusaciones de lujo y malversación que recaían sobre un antepasado suyo, cargos que –como le ocurriría al propio Sila- solían ser utilizados con alarmante frecuencia para destruir la carrera política de cualquier personalidad que se constituyera como perturbadora de los intereses del poder.

requiere bastante flexibilidad en situaciones críticas- y ambiciones de gloria terrena y trascendente.

La continuación del relato antes citado resulta compatible con esta línea de razonamiento:

“Y aun se dice que, habiendo hecho poner tres sillas curules, una para Ariobarzanes, otra para Orobazo⁷⁷ y la tercera para sí, dio audiencia sentado en medio de ambos; (...) unos aplaudieron a Sila por haber usado de magnificencia y aparato con los bárbaros, y otros le notaron de engreído y vanaglorioso.”⁷⁸

A riesgo de insistir sin necesidad en la idea, mostramos una vez más a Sila apareciendo en una actitud que confirmaría la teoría hasta aquí esbozada: en su doble condición de “romano” y “Sila” se adjudica intencionalmente una dignidad mayor a la de dos reyes “bárbaros” y “no-Sila”, agregando así cierta nota etnocentrista, típica de estas culturas: Sila contruye entonces a partir de estos episodios una imagen específica de político romano, defensor de los intereses propios y de la tradición política romana – representada en la República- como superior a la bárbara y representada en sí mismo. El siguiente resulta quizás el más claro de los ejemplos:

“Dícese asimismo que uno de los Caldeos, que fue de la comitiva de Orobazo, habiendo reparado en el semblante de Sila y estado atento a los movimientos de su ánimo y de su cuerpo, examinando por las reglas que él tenía cuál debía ser su índole y carácter, había exclamado que necesariamente aquel hombre debía de ser muy grande, y aun se maravillaba cómo podía aguantar el no ser ya el primero de todos.”⁷⁹

En este contexto, cabe recordar una frase por demás significativa del punto que intentamos probar y que refuerza la concepción personal y centralizadora de la política romana que tenía Sila, incluso tocando aspectos religiosos: “la radical concepción romana del hombre, supone una noción de su destino precisamente delimitada del mundo terreno. Sus posibilidades de trascendencia están encerradas en la idea de la

⁷⁷ Ambos reyes orientales.

⁷⁸ Ídem, p. 330.

gloria, y se revierten al mundo de los vivos, entre los cuales mora su recuerdo y pervive su acción.”⁸⁰ Así, las opciones de un romano para lograr la trascendencia se podrían circunscribir -para el caso de Sila, quién no destacaba más que en el aspecto militar- en imitar las del ejemplo alejandrino (gloria militar y política perdurable hasta sus propios días -¡hasta los nuestros!-) ⁸¹. ¿Qué mejor forma de hacer perdurar el recuerdo de la persona propia -única forma de trascender la muerte para el romano- que a través de la gloria militar primero, y luego la de salvar a la República de sus propios desórdenes con una solución fuerte y eficaz, como las empleadas en un campo de batalla? Para alguien que recuperó su nombre empuñando una lanza, la elección parecería ser simple.⁸²

De este modo, la tendencia es clara en Sila, quién habría configurado su vida al servicio de su propio recuerdo, confirmando así esta idea con aquella personalidad retratada en las fuentes -aunque de manera casi peyorativa- como eterna buscadora de honores y de riesgos. A pesar de las distancias en cuanto a logros reales, dotes naturales y otras variables no menos importantes, el Sila que proponemos aparece -superando ya el velo negativo que las fuentes han hecho para los tiranos de la crisis republicana en general y para Sila en particular- muy similar en ambiciones y objetivos al monarca, militar y conquistador de Macedonia por excelencia.⁸³

Así, mientras Hammond destaca en Alejandro el ansia de gloria insuperable, la búsqueda de proezas militares y el constante enfrentarse al peligro en la batalla⁸⁴; no podemos dejar de insistir en la comparación con Sila que, a pesar de las enormes

⁷⁹ Ídem, p. 322.

⁸⁰ ROMERO, JOSÉ, *La Edad Media*. Buenos Aires. F.C.E., 2004. P. 121.

⁸¹ El epicureísmo asociado generalmente a Sila no podría sin embargo eclipsar esta tendencia, al menos no tan temprano en la historia cultural romana: más tardíamente sí resulta coherente la aparición de soberanos romanos fuertemente embebidos en una filosofía casi puramente helenística: Marco Aurelio es el ejemplo más significativo, formándose para la posteridad -gracias al estoicismo que representaba- como una imagen exactamente opuesta a la del Sila disoluto, ambicioso y hedonista de las fuentes.

⁸² Esta arista pragmática puede ser reforzada también por cuestiones de un índole más trascendente. Así, no desconocemos la fuerte influencia de las costumbres religiosas orientales y helénicas -principalmente las segundas- en la vida de Sila. Su iniciación en los misterios de Eleusis podría a la vez que confirmar esta idea, ya que la necesidad de trascender era una prioridad para Sila, y esta era la idea de la mayoría de los cultos místéricos del mundo helenístico -similares en sus elementos principales al budismo-: asegurar una salida para la angustia generada por el mundo cíclico de los helenísticos, a través de ritos de purga.

⁸³ Tendencia que, por otro lado, no es difícil de encontrar en los soberanos de los llamados reinos epigonales, aunque -lo sabemos- podría resultar hasta desafiante pensar así de un romano, y más de *este* romano. Y si bien la cultura romana de la época tratada es compleja por la verdadera mezcla de elementos autóctonos y foráneos -helenos, helenísticos y orientales en menor medida-, creemos que resulta mucho más natural comprender a Sila con la variante propuesta, antes que como a un reaccionario o conservador de rancio talante romano. Por supuesto, creemos que Sila había recibido dichas influencias culturales casi sin saberlo: como buen aristócrata romano que era, posiblemente habría encontrado inaceptable dicho legado cultural de saber de dónde venía, dada la naturaleza “nacionalista” de la oligarquía romana.

⁸⁴ HAMMOND, NICHOLAS., *El genio de Alejandro*, Barcelona, Byblos, 2007.

distancias de méritos, culturales y hasta de coyuntura, hacen de ambos personajes ejemplos equiparables.⁸⁵

Para medir la dimensión que cobrara este contacto cultural basta ver –una muestra cierta de comprensión de los efectos de las diferencias culturales entre dos variables étnicas- la marcada diferenciación hecha tanto por el macedonio como por Sila para tratar a los subordinados: según a la cultura de la que procedieran, Alejandro se vestía como persa para ellos y como macedónico para estos; Sila se hacía llamar *Félix*⁸⁶ entre los romanos y *Epafroditos*⁸⁷ entre los helenos y orientales ¿Emulando quizás esta "doble política" alejandrina? Quizás, pero seguramente demostrando la sensibilidad suficiente para las realidades culturales aún diferentes y separadas de los dominios y de la mentalidad de los romanos.

Asimismo, es probable que el ejemplo del trascendente *basileus* macedónico también haya servido para forjar esta doble presentación y la estilización de neto corte propagandístico, tan mentada en la historiografía actual. Debemos sin embargo destacar la diferencia de *ethos* existente entre ambas culturas –la de Alejandro y la de Sila-: mientras que el primero ciertamente se sentía movido por la voluntad divina que lo había predestinado a grandes logros⁸⁸, Sila (como ya esbozamos) sentía más “escépticamente” la influencia de la fortuna divina en sus actos.

En este sentido y como buen romano que estaba seguro de ser –identidad cultural que, muy a pesar de todas las influencias foráneas, nunca iba a poder abandonar- su genio tenía “cierta imprecisable tendencia a lo real [propia] del espíritu romano que, cualquiera fuera la doctrina a que se adhiriera, se resistía a renunciar a su intuición primera de la naturaleza circundante”.⁸⁹ Así, Sila jamás habría de renunciar a aquello que los sentidos y su casi infalible intuición le indicaban como correcto, y esto era por la simple razón de que no conocía una alternativa a esta forma de percibir la realidad y también porque solía funcionarle lo suficientemente bien como para no cuestionarla.

⁸⁵ O por lo menos demuestran que el ideal de comandante y estadista de Sila –empleado en la fabricación de sus *memorias* para enaltecerse- era muy similar al Alejandro de las fuentes.

⁸⁶ Feliz o afortunado.

⁸⁷ El protegido de Afrodita.

⁸⁸ Ídem, p. 129.

⁸⁹ ROMERO, JOSÉ, op. cit. P. 103. Sila mostraba, en este sentido, que él mismo representaba un verdadero punto de inflexión en el sincretismo entre ambas culturas –la helenística y la romana-. Era, entonces, un verdadero híbrido cultural: sus ambiciones personales respondían a elementos aún propios de los romanos pero con un tinte helenístico, sus reformas obedecían a objetivos de una aristocracia reaccionaria típicamente romana, pero los métodos eran nuevos, de origen oriental. Sobran ejemplos del estilo en la

Veamos otra consideración que profundiza esta teoría, criticando la idea romana de trascendencia propuesta por Romero más arriba: “Esta concepción sufrió rudamente los embates de las creencias de origen oriental, cuya esencia era la transposición del acento de la vida terrenal a otra misteriosa que comenzaba con la muerte”⁹⁰. La influencia de lo ajeno indicaba una segunda opción a la idea de trascendencia a través de la gloria y de la fama –típicamente mediterránea- y Sila no iba a tomar riesgos innecesarios: la idea de fusionar ideas religiosas distintas es típicamente romana y Sila no es una excepción a ello, buscando de este modo asegurarse de algún tipo de trascendencia todo lo que fuera posible. No resultaban excluyentes ambas opciones –la romana, gloriosa; la oriental, religiosa y de efectos “*postmortem*”.

Entonces no sorprende ver a Sila, una vez acabada la guerra mitridática, tomarse unos días de descanso para iniciarse en los misterios de Eleusis (ritos místicos de purga) en vez de, como uno podría esperar, marchar rápidamente a Roma a tomar venganza por la conocida traición de Cina, y que probaría mejor la teoría del Sila ambicioso de poder-.⁹¹

Asimismo, podemos inferir –durante esta visita a la Hélade- el respeto que Sila tenía por la tradición griega y helenística –¿remanente de algún educador de su juventud, sea aristócrata, esclavo u orador? ¿O quizás otra influencia de su círculo de histriones y actores?-. Vemos esta tendencia reflejada en la actitud que tuvo hacia por lo menos una biblioteca: ni la ignoró ni la arrasó, sino que

*“se apropió para sí [de ella], en la que se hallaban la mayor parte de los libros de Aristóteles y Teofrasto, poco conocidos entonces de los más de los literatos. Dícese que, traída a Roma, Tiranión el Gramático corrigió muchos lugares, y que habiendo alcanzado de él Andrónico de Rodas algunas copias, las publicó.”*⁹²

Pareciera que debemos al “monstruoso” Sila la supervivencia de las obras de Aristóteles, pilar indiscutible del pensamiento occidental, demostrando de este modo

vida de Sila y son estas contradicciones las que lo han configurado como un personaje tan fascinante y controversial.

⁹⁰ ROMERO, JOSÉ, op. cit., p. 121.

⁹¹ Otros autores enfatizan como causa de este cese en las actividades a una dolencia, puntualmente gota. Si bien esta puede ser una explicación para justificar el descanso, no condicionaría sin embargo la elección de iniciarse en dicho culto místico.

⁹² PLUTARCO, op. cit., p. 356.

cierto respeto apriorístico por parte de Sila para la cultura conquistada que habría preparado el sendero para la aceptación de muchas de sus ideas.

Retomando el tema de la personalidad de Sila, a estas alturas ya podemos inferir que la manipulación negativa de la imagen de Sila por parte las fuentes es un hecho prácticamente indiscutible, posiblemente resultado tanto de las manipulaciones propagandísticas cesarianas y antipompeyanas –a las que Sila estaba atado por ser de alguna manera su predecesor político- que la historiografía supo dilucidar⁹³; como de los ribetes moralistas algunas fuentes en particular.⁹⁴

Continuando con la caracterización de Sila, podemos ver también en sus retratos una descripción algo favorable en cuanto a sus dotes “bromistas”⁹⁵, justamente cuando los especialistas hablan del humor en los romanos como una forma de matizar la realidad que significaría el siempre presente riesgo de la Antigüedad de perecer sin que quedase ningún recuerdo de uno mismo para que honrasen los vivos.⁹⁶

Era normal entonces que Sila sorprendiese a propios y extraños con anécdotas que vale la pena transcribir porque ahonda en la cuestión:

“Paseándose a orilla del mar, le presentaron unos pescadores ciertos peces muy hermosos, y holgándose mucho con el presente, como hubiese sabido que eran de Halas, [Sila] preguntó: “Pues ¿qué! ¿Todavía hay alguno de Halas vivo?” Y es que cuando vencedor en la batalla de Orcómeno [Sila] persiguió a los enemigos, al paso asoló (...) Halas. Quedáronse cortados de miedo los pescadores; pero sonriéndose les dijo que fuesen en paz.”⁹⁷

Lejos de ver el ansia de muerte o sumisión de sus enemigos que suele marcarse en la historiografía y fuentes, la humorada muestra que haber asolado a la ciudad de los

⁹³ Tal como explica Laffi, perpetuadas a su vez por la victoria de Augusto, a su vez legitimado sobre la base política cesariana. LAFFI, UMBERTO, op. cit., p. 37.

⁹⁴ Plutarco, principalmente.

⁹⁵ PLUTARCO, op. cit., p. 318.

⁹⁶ DALLA SERRA, MISERONI, “El sentido del humor de los antiguos romanos” en *Semanas de estudios romanos*, Valparaíso, S/E, 2002. Más adelante enfatizaremos en la elevada mortandad que traía aparejada consigo el inmiscuirse en la política romana, aunque una campaña militar en territorio hostil y ciertas condiciones desventajosas podrían ajustarse perfectamente a esta forma de sentir la realidad, matizándola con el humor.

pescadores no era otra cosa que una necesidad –posiblemente para contentar a las tropas- y, con el temperamento práctico que se le reconocía a Sila, no quedaba otra cosa que reír al respecto, pues el mal ya estaba hecho y admitirlo hubiera significado minar su propia autoridad.

Resulta especialmente llamativo un hecho también poco analizado por la historiografía, y señalado por Plutarco como importante –lo suficiente como para transcribirlo de las *memorias* de Sila-, quedando grabado en la mente de Sila hasta su vejez, cuando las escribió. Así, al lograr asaltar las murallas de Atenas “dice el mismo Sila, en sus *Memorias*, que el primero que subió a la muralla, llamado Marco Ateyo, como se le opusiese un enemigo, le dio un golpe en el casco, y con la gran fuerza que hizo se le rompió la espada, la que no salió del lugar de la herida, sino que se quedó fija en él.”⁹⁸

El moralista, pretendiendo mostrar lo opuesto entre la actitud silana y la propia logra demostrar con claridad aquello que habrá sido para el ya curtido y veterano Sila una fuente indudable de humor negro, tipo de humor que -como es sabido- suele ser tan políticamente incorrecto, como efectivo para descargar tensión. No se explica sino que un anciano Sila decidiese grabar en sus *memorias* un hecho tan aislado y sin mayor significación. Dicho suceso además se insertaba en un contexto por demás estresante como fue el sitio de Atenas, durante el cual el mismo Sila contrajo enfermedades especialmente encarecedoras de la calidad de vida (lepra, por caso) que lo acompañaron hasta su muerte. No habría, entonces demasiadas razones para recordar este suceso, más que las explicadas.

También la importancia dada por Sila a los banquetes y obras teatrales –supo escribir algunas- muestran, además de la importancia de su círculo de artistas, esta tendencia a aprovechar los placeres simples de una vida que no aseguraba una trascendencia y que debía, en consecuencia, ser exprimida al máximo. No serían contradictorias, entonces, los supuestamente opuestos rostros de Sila: el del militar con un gran sentido común y capacidad de reacción, afanoso de una gloria imperecedera; y también la faceta peor vista a los ojos de las fuentes moralistas romanas de la posteridad, aquella que lo mostraba frecuentando placeres sensibles y ostentando un

⁹⁷ PLUTARCO, op. cit., p. 356.

⁹⁸ Ídem, p. 338.

reconocido sentido del humor; más bien resultan pinceladas complementarias de un retrato coherente.⁹⁹

Asimismo, ubicamos aquí también la descripción que asegura que Sila era una persona “predispuesta a llorar” y a la vez cambiante, ciclotímico: muchas batallas, como explicamos, las supo ganar con recursos por lo menos cuestionables¹⁰⁰, así como eran normales sus accesos de furia durante los cuales impresionaba con sus rasgos “rubicundos y pálidos” y sus “ojos claros” que se enrojecían con el arrebato, dándole un aspecto bien reconocido por la tradición:

“Si en una mora amasaras harina, así tendrías un retrato de Sila.”¹⁰¹

Para ahondar este vivo contraste, alcanza con ver parte del accionar de Sila después de su retiro: estando ya aparentemente lejos de ambiciones políticas o presiones facciosas, podemos ver bien estos rasgos reflejados en su personalidad a través de la actividad pública de su vejez.

En este sentido, son llamativos dos episodios en particular: primero aparece el esmero que Sila puso en la organización legislativa y judicial de la zona en la que pasó los últimos años de su vida¹⁰², ayuda *ad honorem* –por decirlo de alguna forma- que hizo a los habitantes de Puteoli, empleando lo aprendido en sus años de gestión para el gobierno de la pequeña región.

Por otro lado, también encontramos el episodio que involucra a un potentado de la región, quién –digámoslo: muy imprudentemente- osó decir a Sila que no colaboraría en la reconstrucción del templo de Júpiter capitolino -tiempo atrás incendiado- por considerar inútil tal favor político a alguien tan cercano a la muerte como era Sila en esa época. Como era de esperar, el acceso de ira perfectamente predecible de Sila culminó

⁹⁹ Retrato especialmente típico de uno de los modos de ser más comunes en las culturas peninsulares europeas. Esta podría ser la razón por la cual este personaje haya generado tan variopintas versiones de sí en la historiografía moderna y en las mismísimas fuentes: casi ninguno de los autores que trataron el complicado tema de Sila en su compleja significación *personal* o *vivencial* eran o son pertenecientes a la cultura que influyó fuertemente en la formación de una personalidad como la de Sila, tan variada y controversial (y si lo fueran por lengua o país de origen, difícilmente por razones culturales o intelectuales). Así, resulta natural que los productos historiográficos nacidos de autores de culturas distintas pintaran a Sila de tal manera que fuera verosímil y coherente para sus propios entornos culturales. Dicho de otro modo: dejando de lado los esfuerzos de objetividad –que a ninguno le faltaron- los retratos de Sila que existen responden a culturas muy distintas a la que pertenecía Sila, al menos en las concepciones esenciales de su personalidad.

¹⁰⁰ Por ejemplo, cuando mandó incendiar las casas de unos romanos que osaron resistir el avance de sus legiones en Roma.

¹⁰¹ PLUTARCO, op. cit., p. 318.

¹⁰² APIANO, op. cit., p. 121.

con la muerte por estrangulación del potentado, en un método que se suele adjudicar a las épocas de las proscripciones y de la dictadura silanas, cuando aparentemente Sila actuaba de igual manera.

Y así, contrastando estos dos episodios de la cotidianidad del último Sila, es como caracterizamos por un lado el ansia de este de hacerse un nombre perdurable – ansia de fama que lo acompañó hasta los últimos días- y, por otra parte, el genio irritable que lo hacía estallar en accesos de ira contra aquellos quiénes -de alguna manera- pudiesen coartar este deseo de trascendencia.

Pero, ¿había algo de romano en el Sila *cultural* que tan tajantemente ubicamos influenciado por oriente? Ciertamente. Además de la ya mencionada tendencia a lo terrenal, insistimos también en aquel sentido común que lo convertiría en un militar vencedor, así como el espíritu romano se hacía ver en alguna parte del origen de sus ambiciones: servir a la República era ciertamente el motivo y medio por los cuales pretendía hacerse eterno en la historia.

También entre las cualidades que lo hacían culturalmente romano se ubicaron el respeto –al menos nominal- por las *mos maiorum* –respeto reflejado, por ejemplo, en la legislación contra la inmoralidad impuesta en su dictadura y que veremos más adelante-, así como el núcleo esencial de su reforma política: el de la restauración de las potestades senatoriales en particular¹⁰³ y de la constitución romana en general, hacia la legislación de Servio Tulio¹⁰⁴.

Antes de proseguir, debemos aclarar que el especialista se equivocaría en pensar que esa es nuestra teoría. Volveremos sobre las reformas de Sila más adelante, pero sí rescatamos la visión en él -propiamente romana y nacida en la época de la guerra civil- de pretender *restaurar* la República con fórmulas preexistentes y pertenecientes a un pasado idealizado: tal teoría política suele llamarse en la historiografía “reformismo conservador”¹⁰⁵, tendencia por la cual se pretendía evitar la dinámica introducida por

¹⁰³ En general la historiografía concuerda en este punto, aunque varios autores –como Laffi- han puesto en duda que las medidas de Sila pretendiesen fortalecer al Senado en desmedro de sus enemigos, cuando más bien pretendían integrar a estos últimos en aquel. Así, Sila pareció comprender especialmente aquella idea de que si no se puede contra ellos, hay que unírseles, integrando a los *equites* principales de toda Italia a la cámara senatorial, ampliándola.

¹⁰⁴ Sila gustaba compararse con este al restaurar las potestades que hacían de las *comitia centuriata* la institución principal para las votaciones. Sólo recordemos que en estas la clasificación de los hombres era timocrática y veremos que las matanzas de Sila contra el desmedido número de *equites* fue, principalmente, por enemistades personales o cuestiones económicas, pero no necesariamente de clase.

¹⁰⁵ “Entre los romanos la estabilidad de las relaciones sociales y políticas fue considerada también como el valor más alto y se concedió tan sólo una justificación limitada a los deseos e ideales innovadores.”

factores nuevos en el funcionamiento de los engranajes sociales, políticos, económicos y culturales romanos; permitiendo así un cambio general lento o nulo, y generalmente forzado por cuestiones coyunturales:

“Los romanos siempre han sido de temperamento conservador; les gustaba, ante todo, tendencia profunda de su genio nacional, no romper jamás con el pasado ni siquiera con el más lejano. Por eso, entre ellos, la evolución constitucional, aunque ha proseguido en forma ininterrumpida, ha sido especialmente lenta.”¹⁰⁶

Siguiendo entonces la idea de que algo de romano había en Sila, insistimos en el tema del origen de la solución a los problemas de la República. En una palabra: Sila concibió una solución a dichas contradicciones, y esa solución fue armada con los presupuestos teóricos de este reformismo conservador tan típicamente romano –lo cual le daría aquella pertenencia a ese legado cultural-, además de a otras influencias de tipo helenístico-oriental, ya mencionadas.

No obstante, los detalles de dicha solución –los nombres puntuales a proscribir o los ataques específicos a algunas instituciones- resultan un tema distinto: no creemos que la llamada constitución de Sila –aquella que se suele definir con sus reformas *concretas*- fuera ideada exclusivamente (ni completamente aceptada) por él; postura que sí adoptó muy comúnmente la historiografía especializada, significando de esta forma que el dictador tenía muy en cuenta la necesidad de una mínima conciliación con los otros actores políticos, incluso tratándose de una dictadura casi ilegal y sustentada por el peso de las legiones: el sentido común le indicó a Sila dicha necesidad, flexibilidad quizás aprendida en la experiencia de tener que manejar legiones al borde de la sublevación por el descontento, tan sólo contenidas por la promesa de botín inminente.

(JAEGER, WERNER, *Paideia*, México, F.C.E., 2001.). Así, la búsqueda de una estabilidad o equilibrio medianamente duraderos pareciera ser la razón de esta teoría.

¹⁰⁶ HOMO, LEÓN. *Las instituciones políticas romanas. De la ciudad al estado*. México, U.T.E.H.A., 1958, p. 8. Baste recordar el bien conocido episodio por el cual los romanos debieron ceder una institución del peso del tribunado de la plebe para contar con las fuerzas italianas rebeladas en su contra. Continuando este razonamiento, se puede afirmar que la mismísima guerra social fue causada por el mismo pensamiento conservador.

Así, aquella posición historiográfica fue siempre aceptada bajo el presupuesto del generoso margen de maniobra política que le otorgaban a Sila sus legiones estacionadas en las afueras de Roma, factor que creemos debería matizarse.¹⁰⁷

Asimismo, el respeto a las minucias legales y formalidades tradicionales de las instituciones romanas¹⁰⁸ demuestran que Sila no pretendía instaurar una monarquía personal y vitalicia (acción que sería consecuente si su mentalidad estuviese completamente "invadida" por el pensamiento de tipo helenístico-oriental). La final abdicación y retiro del poder por parte de Sila terminaría de echar por tierra esta teoría, señalando del mismo modo cierta tendencia republicana, por menor que fuera, en Sila.

Por otro lado, debemos enfrentarnos –para evitar otro exceso común a la hora de abordar la romanidad u orientalidad en Sila– con la idea predominante en la historiografía especializada que marca a Sila como un reaccionario de la aristocracia senatorial, ansiosos ambos de lograr una república rejuvenecida en valores hoy llamados “catonianos”.

Intentaremos manejarnos entre ambos extremos a la hora de analizar la obra política de Sila, creyendo que dicho accionar público resulta esencial para comprender mejor las cuestiones embrionariamente planteadas en el retrato de su personalidad propuesto, basándonos a su vez en este para lograrlo.

¹⁰⁷ Arma fuerte, sí, pero de corta duración y peligroso doble filo: resulta especialmente llamativo que se haya basado dicha teoría en elementos tan endebles como la personalidad de Sila –como si bastara con el terror o carisma generados para gobernar Roma por el considerable tiempo que lo hizo– y el factor de las legiones, traicioneras y siempre insatisfechas. Parece olvidarse que Sila tuvo aliados políticos de la talla de Metelo Pío y que intentar gobernar hegemónicamente y basado en la popularidad en el ejército era empresa imposible en Roma, como demostró Mario en toda su carrera política.

¹⁰⁸ Como en el caso de la obtención de la dictadura, cuestión muy debatida en el ámbito historiográfico. Mientras algunos piensan que dicho procedimiento fue una farsa e ilegal, otros consideran la subjetividad inherente a una constitución no escrita como la romana y dan por sentado cierto margen de maniobra legal permitido (GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *Sila Histórico: La Carrera Política De Un Nobilis Romano*, Barcelona, S/E, S/A, p. 48). En cambio, autores como Carcopino arguyen que el tipo de dictadura que Sila ostentó –bastante distinta en características a la magistratura clásica– demuestra por sí sola las ambiciones monárquicas de Sila (CARCOPINO, JEROME, op. cit.). Nosotros pensamos que Sila pretendió una magistratura ordinaria revestida de características extraordinarias, pudiendo así implementar sin trabas de ningún tipo la solución política que él buscaba.

Como hemos señalado, pareciera evidente que las distintas interpretaciones historiográficas de Sila se han polarizado en dos extremos a la hora de analizar una personalidad generalmente tildada de enigmática. A Sila lo han definido como títtere “disoluto y sanguinario” de la aristocracia senatorial –señalando tendencias reaccionarias significativas- o bien de tirano de tipo griego, helenístico u oriental con ansias desmesuradas de poder supremo, oponiendo como excluyentes ambas propuestas.

Más arriba intentamos alcanzar un justo medio entre ambas interpretaciones que, a nuestro juicio, sería más acorde y verosímil con lo que podría haber sido el polémico patricio romano. De este modo, intentamos caracterizar una personalidad coherente, esfuerzo que resulta esencial a la hora de comprender las razones de las aparentemente contradictorias medidas políticas de Sila.

Ahora trataremos de explicar la fuerte influencia del contexto –político principalmente- previo y simultáneo a Sila, y la forma en que su preponderancia lo predispuso u obligó a desenvolverse de la forma harto conocida en el campo personal y público.

LA CRISIS REPUBLICANA: DE TIBERIO SEMPRONIO GRACO HASTA PUBLIO

SULPICIO RUFO (134-88)

Roma y el Mediterráneo - Cambios culturales y nuevas inquietudes - Los Graco - El “enemigo”: Mario - Los Metelo: el monopolio de poder oligárquico - Las guerras exteriores y el poder militar - Druso - La guerra social: encarnizamiento de la política - Mitrídates VI y su significación en Sila - Sulpicio Rufo y la alianza mariana - El mando mitridático y el golpe del 88: significación - La influencia de las instituciones republicanas

Suele mencionarse la victoria sobre Cartago en el 146 como el hecho inicial sobre el cual la República conoció un cambio tan profundo en sus estructuras y costumbres, que la subsiguiente crisis política, social -y hasta militar- de Roma debió a aquel terremoto geopolítico del Mediterráneo occidental la gran mayoría de sus tópicos.¹⁰⁹

No nos detendremos a examinar minuciosamente cada uno de ellos por no ser este el objetivo de este trabajo, sino que los enunciaremos incidentalmente para comprender el sentido principal de las gestiones de los hermanos Graco –que, a nuestro

juicio, resultan esencialmente complementarias entre sí- y que en cierto modo dieron el punto de partida –si cabe el término en una disciplina como la histórica, tan renuente a límites arbitrarios- al proceso que desembocó en la llegada de Sila al poder.

Por otra parte, sí haremos hincapié en el papel predominante de la ciertamente robustecida oligarquía senatorial romana, institución que resultó favorecida al final de la contienda con la ciudad fenicia y que cobró importancia significativa en el período silano, así como antes y después.¹¹⁰

Siguiendo este razonamiento, varios autores vieron en el accionar senatorial el ataque más o menos evidente a instituciones como las *comitia tributa* y el ensanchamiento del poder de otras, como las *comitia centuriata*, argumentando la conveniencia para estos de dichas medidas.¹¹¹

La aparición, por otro lado, del nuevo enemigo oriental en la Hélade y Asia menor, problema emergente una vez destruida la ciudad cartaginesa –y la posterior destrucción de dichas amenazas a través de la guerra- dio lugar al surgimiento y robustecimiento de una élite timocrática, atribuida al ordo ecuestre y generalmente denominada como publicanos¹¹², que pasarían a ser un elemento de presión de reconocida importancia de la política romana.

Asimismo, la absorción por parte del Senado de una institución dada al conjunto “plebeyo” en épocas de crisis como era el tribunado de la plebe¹¹³, demuestra también la tendencia general de una época en la cual el monopolio del poder circulaba en la tradicional institución de ciudadanos romanos “patricios”.

En este contexto de cierta “injusticia social” que han pintado autores modernos –dónde quizás sería más prudente hablar de una cierta tendencia al desequilibrio de poder entre los actores políticos romanos- aparecieron las conocidas personalidades de los Graco, tan polémicos como el mismísimo Sila.

¹⁰⁹ Generados esencialmente por el cambio entre las relaciones sociales establecidas y hasta la aparición de nuevos actores, como los nuevos esclavos, cuyo incremento casi masivo causó un profundo desajuste en las estructuras económicas y sociales de la República (hacia el siglo III).

¹¹⁰ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit., pp. 235-265. En habla castellana, quizás el más sintético y correcto para abordar el tema.

¹¹¹ FERRERO, GUGLIELMO, *Grandeza y decadencia de Roma*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1946, tomo I.

¹¹² Nombre atribuido a estos, dado el carácter estatal de los negocios que manejaban, que por otro lado generaban constantes sospechas –generalmente tan fundadas como utilizadas políticamente- de corrupción. El *evergetismo* solía ser la manera por la cual el estado romano aprovechaba la iniciativa y el capital privados de estos personajes encumbrados por su riqueza. Por otra parte, la conocida denominación de *equites* que estos personajes ostentaban respondía a una nomenclatura del ámbito militar, mostrando así la capacidad de estos de adquirir y mantener un caballo para el servicio militar. Era, entonces, normal que conformaran la caballería romana en las alineaciones de batalla, aunque no exclusivamente.

¹¹³ Intentando de este modo neutralizar uno de los resortes institucionales más importantes de los ocasionales paladines de la plebe. Al respecto hablaremos más adelante.

Se comprende entonces la aparición de una personalidad como la de Tiberio Sempronio Graco en la vida pública (que al igual que la de su hermano Cayo, o la del mismísimo Sila, han dividido las aguas en la historiografía por la vigencia casi universal que se les podría adjudicar a sus medidas). Ellos deben ser estudiados en su significación social y política para la República, si es que se pretende comprender a Sila.

Así, son varios los motivos en los que abrevia el accionar político de Tiberio: desde la generalmente aceptada versión del enternecimiento provocado a la vista de las injusticias de Roma, hasta el mismo envejecimiento de la oligarquía dirigente, dinámica por la cual los nuevos políticos debían buscar su propio espacio para llevar a cabo su accionar. Así, Tiberio quizás abrevó en esta nueva postura política, queriendo abrirse un espacio para maniobrar fuera de los convencionalismos de la elite dirigente y hacerse un nombre propio.

No resulta extraño entonces que llevara a cabo su bien conocida reforma desde la plataforma tribunicia, confundiendo así sus intenciones con las demagógicas o populares, vertiente política casi necesaria para lograr algún tipo de contrapeso al poder senatorial a favor propio. De este modo, queremos aclarar que también nos detenemos en Tiberio –o, más precisamente, en esa faceta de su accionar público- queriendo destacar este juego político que va a signar a *todas* las personalidades fuertes de la política romana de la época, teniendo ellas en común un origen político confuso que se consolidaría en oponerse a la oligarquía senatorial como una alternativa real.

Por esta razón resultan especialmente importantes los tópicos de la coyuntura política de la época de Tiberio, verdaderas arenas dónde se enfrentaron los distintos intereses políticos en juego: la reforma agraria, el reparto de colonias en Italia y África y el siempre recurrente tema del control de los tribunales judiciales, campo en el cual lucharán senadores y *equites* por lograr la supremacía a lo largo de la historia de la guerra civil romana.¹¹⁴

Asimismo, las leyes frumentarias y el consecuente problema del control del gasto público fueron -junto con otro tema de importancia casi estructural como el de la concesión de la ciudadanía a los aliados itálicos, carne de cañón en las guerras de la urbe- los puntos sobresalientes de la agenda pública romana, y también el obligado espacio sobre el cual todo político con ambiciones personales -o de facción- debía

navegar cautelosamente. En este sentido, no resultaba extraño ver al mismo nombre un día a favor y otro en contra de la misma política.¹¹⁵ Resultaba hasta natural ver, por ejemplo, a algún reconocido político de claras simpatías senatoriales tomando medidas de neto corte demagógico. Más adelante veremos cómo esta tendencia se veía en algunas personalidades concretas y cómo, si es que cabe, se dio en el mismo Sila.

Retomando la cuestión del contexto de la guerra civil y su influencia en Sila, el conocido fin de los Graco pareciera mostrar en carne viva la enrarecida (por no decir abiertamente violenta) situación en que se hallaba la República hacia el 121. Demás está decir que el casi absoluto control senatorial de la política romana, aunque desafiado por los intentos de reforma de los hermanos, continuaba sin tener mayor resistencia que la esbozada por ciertos elementos del ordo equestre –principalmente el del interior itálico-, deseosos de participar más activamente de la administración política.¹¹⁶

Sin embargo, la espontánea apertura al cambio no era una cualidad que la oligarquía senatorial pudiera ostentar, y esto –combinado con los profundos cambios sufridos en casi todos los niveles de existencia de la cultura romana- no podría augurar más que constantes roces; conflictos que sumados fueron enrareciendo crecientemente la atmósfera política romana.

Se comprende que el hito que significó el asesinato de los Graco no sería una medida excepcional, sino más bien la instauración de una nueva moda política: los distintos recursos esgrimidos por la oligarquía senatorial para mantener el dominio de la situación –utilización del veto tribunicio¹¹⁷, uso político de los tribunales de justicia¹¹⁸ y de pretextos religiosos¹¹⁹, así como la creciente tendencia a abusar de la *autoritas patrum* senatorial con el *senatus consultus ultimum*- parecían perder fuerza. Es en este contexto en que el dominio senatorial comenzaba a resquebrajarse, el mismo durante el cual –si no surgían- se consolidaban paralelamente el ya mentado reformismo

¹¹⁴ GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *El aenigma de Sila*, p. 46.

¹¹⁵ Son varios los casos de esta tendencia, entre las que sobresalen aquellas personalidades originalmente pertenecientes a programas de la oligarquía, para luego mutar en *populares* radicales.

¹¹⁶ LAFFI, UMBERTO, op. cit., parte II.

¹¹⁷ Ganando para sí el control de al menos uno de los tribunos de la plebe.

¹¹⁸ Enjuiciando personalidades influyentes pero enemigas del ordo. Sila mismo y su propio padre fueron víctimas de esta calumnianta medida a manos de sus enemigos políticos.

¹¹⁹ El *iustitium* pedido por la pareja consular en el 88 –uno de los cónsules, como se sabe, era Sila- como pretexto para lograr fines de la agenda de una facción es el ejemplo más claro.

conservador de la oligarquía senatorial¹²⁰ y las carreras políticas típicamente ambiciosas de personalidades fuertes.

Mientras la primera tendencia generalmente se asocia a la influyente familia de los Metelo y sus clientes o amigos¹²¹, la segunda está ya ejemplificada con las personalidades de Tiberio y Cayo Graco –mucho más en el caso de Cayo- y otros personajes prontos a aparecer fuertemente en escena, como Cayo Mario, quién habría de señalar a Sila errores y aciertos comunes en la carrera política de cualquier hombre nuevo.

Considerando la importancia de este aspecto, podemos decir que la aparición de Mario -apadrinado por Quinto Cecilio Metelo Numídico- podría representar la síntesis entre ambas tendencias políticas. Además, Mario inauguró la idea de *outsider*¹²² de la política, generándose un nombre de peso en su seno gracias a sus dotes de mando y militares, en general bien descritas por las fuentes. Su nombre, oriundo de la ciudad de Arpinum –al igual que el de otro *homo novus* como el de Cicerón- no tenía arraigo alguno entre los integrantes de la oligarquía senatorial; a pesar de lo cual supo ostentar en su haber siete consulados.

La forma en que Mario arribó al poder resulta crucial para la comprensión del accionar político de un “*outsider*”¹²³, sentando además un precedente para otros personajes posteriores que encontrasen, si no una limitación de nombre o influencias en la oligarquía senatorial, una franca enemistad con esta.

De cualquier modo, el ejemplo de Mario demostrará a las personalidades políticas futuras como la de Sila el valor esencial de la influencia militar en la política –factor que si bien no había eclosionado aún en una intervención abierta en esta, sí se mostraba influyente en la consecución de lazos personales de clientela, útiles para la presión política. Del mismo modo habría revelado la conveniencia de la utilización de lazos personales de amistad con personalidades influyentes para ganar poder y legitimidad en las políticas alcanzadas: la alianza de Mario con el clan Metelo –quizás el más influyente de la época- lo catapultó a una posición de poder militar, utilizada por

¹²⁰ La premisa de esta forma de sentir la realidad podría aquí sintetizarse en la utilización de la reforma como último recurso para evitar la debacle: la tendencia subyacente podría ser la de intentar generar una República de cristal, inmune al paso del tiempo y apadrinada por los mejores, que no son otros que los mejores de Roma, el Senado. Así, el papel del político romano frente al cambio es simplemente el de evitarlo siempre que fuera posible, negándolo.

¹²¹ ROLDÁN HERVÁS. JOSÉ, op. cit., p. 369.

¹²² El término, acuñado por la historiografía, podría traducirse apenas como un extranjero o foráneo de la política, o quizás ajeno de los círculos de personalidades asociados a la política.

¹²³ Así lo denomina la historiografía especializada.

el advenedizo personaje para dar prueba de su dotes –militares al menos- en el campo de la guerra de Yugurta.

Con una carrera casi paralizada –los múltiples roces con su “patrón” y el poco margen de maniobra política que le daba su origen y nombre habían generado esto- la conflagración con Numidia dio a este verdadero muerto político la oportunidad de reinsertarse en el juego político, al conocerse el desenlace victorioso de la contienda. Y si bien la influencia de un advenedizo Sila en la consecución de la victoria pareció a algunas fuentes muy fuerte, el papel de Mario mismo fue más que influyente, generando éxitos militares capaces de dar fin a una guerra que, como ya se ha mencionado, figura en las fuentes como perpetuada por la propia corrupción romana.

Para no perder de vista el tema de la influencia del contexto romano en Sila, señalamos que merece destacarse esta ruptura de Mario con su “patrón”: habiendo consolidado una posición de fuerza política propia basada en el apoyo de legiones (ya se configuraban como adictas a su líder¹²⁴), el nuevo político se distanció una vez más de su patrón –quién parecía responder con sus actos al comportamiento típicamente oligárquico de mantener concentrado el poder en la élite, si no en él mismo- al postularse a una no aprobada candidatura al rango consular.

A partir de ese momento crucial –en el cual se desdecía abiertamente al patrón- Mario debería asociarse a los intereses coyunturalmente opuestos a los de la oligarquía senatorial que Metelo representaba, esto para lograr una posición de fuerza real. Este accionar enseñará con su ejemplo¹²⁵ –basado, a su vez, en anteriores experiencias malogradas de otras personalidades- a cómo hacerse un nombre político de la nada, utilizando la influencia senatorial como trampolín político para luego romper con esta, quedando a merced de las propias capacidades e influencias individuales.¹²⁶

El problema de Mario fue que simplemente carecía de dicha capacidad –llámese *cintura política*- para maniobrar y hacer pesar la verdaderamente abrumadora influencia

¹²⁴ Los factores que generaron esta tendencia suelen estar muy cercanamente relacionados con la conocida reforma militar de Mario. En este sentido, la extensión del imperio y la natural evolución de un ejército ciudadano con intereses asociados a la defensa del territorio hasta convertirse en otro muy distinto, formado por “soldados de fortuna” profesionales (ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit., p. 436.); hicieron que la tendencia predominante de los cuerpos militares fuera la de enlazarse en lazos de clientelismo o amistad con su general para satisfacer sus nuevas necesidades y ambiciones propias. La reforma militar de Mario no habría hecho más que aceptar “de derecho” lo que ya “de hecho” se estaba configurando por causas estructurales. (GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *El aenigma de Sila*, p. 48.)

¹²⁵ Al aceptar la candidatura consular, Mario automáticamente se inscribía bajo las órdenes de los verdaderamente poderosos de la escena política romana: había aceptado jugar con sus reglas, que eran también las de la constitución romana.

¹²⁶ Sin embargo, mientras Mario ganaba en autonomía, perdía en valiosos aliados políticos que pasaría toda su vida tratando de recuperar.

popular y militar de la que gozó (si no antes) a partir de la expulsión de cimbrios y teutones, gestada durante sus sucesivos consulados¹²⁷ y finalizada en el 100.

A pesar de los duros reveses sufridos en esta lucha contra el invasor germano, la victoria final dio a Mario una popularidad que pocos antes habían ostentado. Asimismo, la figura de Sila -por ese entonces de alguna manera asociada a la de Mario por lazos de mutuo respeto y a la del clan Metelo por clientela- quedaba algo opaca en el curso de la guerra contra los germanos: sus acciones, pocas y menos reconocidas por las fuentes, relegaron una vez más a Sila a un ámbito secundario de la vida pública romana, si es que se puede creer a las fuentes -prosilanas- y la preponderancia casi propagandística que le dieron al famoso episodio del anillo y la estatua de Yugurta entregado a Sila. Esto lleva entonces a un interrogante perfectamente válido: ¿Qué tanto se había reconocido la victoria sobre los númidas a Sila realmente, y cuánto debe dicha imagen a la vanagloria de las *memorias* de este?

Mario surgió entonces como la personalidad descollante del momento. Su sexto consulado -de creerle a la leyenda de los aguiluchos, el anteúltimo- estuvo signado por el relativamente nuevo problema que significaba cumplir con sus veteranos el contrato tácito que ahora exigía la reciprocidad de Mario: el problema del asentamiento de los veteranos en tierras públicas surgía como un escollo difícil de sortear, en parte gracias a la acción y presión política de la oposición senatorial para con Mario. Por otra parte, la natural escalada de violencia que este accionar de aún tácita violencia traía consigo se evidenció con las medidas -denostables para las fuentes- de Lucio Apuleyo Saturnino, aliado coyuntural de Mario. Desde el tribunado de la plebe no sólo impulsó medidas que recordaban a la de los Graco, sino que también ordenó el asesinato de uno de sus rivales políticos, sentando así nuevos precedentes en la escalada de violencia y en las ideas generales de los implicados de cómo solucionar la crisis.¹²⁸

La respuesta senatorial fue la esperada: sancionando un *senatus consultum ultimum*, obligó a Mario a enfrentarse con Saturnino, quién desató una rebelión contra el estado. Sofocada esta, Mario quedó en una posición nada envidiable en la cual había obedecido a sus enemigos senatoriales por imperativos legales -pretendiendo así aliarse con ellos, sin éxito- y destruido a sus posibles aliados coyunturales. Sin apoyo, debió retirarse de la vida pública unos años, demostrando que el sólo poder de las legiones no

¹²⁷ Mario fue elegido cónsul varias veces seguidas con la esperanza de que se hiciera cargo de la amenaza germánica, demostrando así el amplio reconocimiento popular que se hacía en la época a, por lo menos, sus dotes militares.

¹²⁸ APIANO, op. cit., p. 86.

hacía vencedor al cónsul en la arena política romana: seguramente el advenedizo Sila habría de recordar esta lección.¹²⁹

Con estas problemáticas es como se inició la década de los 90. Generalmente caracterizada como una etapa pacífica, las investigaciones modernas han señalado la importancia de ella como caldo de cultivo de los problemas y medidas evidenciados a partir de la guerra social.¹³⁰

Con Mario ausente en Oriente, el poder senatorial reafirmado con la ejecución de Saturnino y el regreso a la escena política de Metelo, parecían renacer los días de un Senado exclusivamente poderoso: las cuestiones de los itálicos y su pedido por la ciudadanía romana, y el robustecimiento y diferenciación de las distintas facciones senatoriales tenían una objeción a esta afirmación.

Para engrosar esta problemática, las propuestas de leyes en contra del poder de las *comitia tributa* presentadas¹³¹ pretendían equilibrar el poder de potenciales demagogos similares a Saturnino y, si cabe, a los Graco: la aparición misma en escena política de un personaje como Marco Livio Druso pareció confirmar esta tendencia y acelerar el proceso que dichas medidas pretendían evitar.

Señalando la importancia de un personaje de este corte –que habría de mostrar a Sila un estado embrionario de sus propias reformas- debemos detenernos apenas para analizarlo. Generalmente señalado como un personaje de alcurnia aristocrática, la propuesta de Druso como tribuno de la plebe pareció obedecer a los designios senatoriales oligárquicos clásicos –representados por Metelo Numídico, Marco Emilio Escauro y Lucio Licinio Craso “orador”- al introducirse como cuña en las instituciones e intereses opuestos a la oligarquía, esto con el objetivo de minarlos.¹³²

La propuesta reformista de Druso habría también sido una suerte de “lobo con piel de oveja”: obedeciendo al reformismo conservador que posiblemente él mismo compartiese y siguiendo los pasos análogos de su padre –tribuno de la plebe en 122 y elemento esencial en la oposición contra los Graco- propuso (bajo máscaras demagógicas) una serie de leyes que en realidad parecían ser el *repliegue táctico* de una

¹²⁹ O que quizás –por miopía, honestidad u otra razón- no habían sido lo suficientemente explotadas para ese fin. Asimismo se puede decir que el estado de maduración de la violencia en la sociedad romana no habría hecho viable la *alternativa violenta* –es decir, el franco golpe de estado que según las fuentes inauguraría Sila- para la consecución o el mantenimiento del poder.

¹³⁰ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit., p. 455.

¹³¹ Ídem, p. 459.

¹³² Ídem, p. 463.

acorralada oligarquía senatorial: *lex frumentaria* que contemplaba el reparto de trigo a la influyente políticamente plebe urbana, *lex agraria* que preveía el mismo reparto del terreno público a manos aún discutidas, *lex iudiciaria* que buscaba aumentar el número de senadores hasta 600 –incluyendo *equites* entre estos–, fundación de colonias en Italia y Sicilia y devaluación de la moneda –medida en cierto punto necesaria para paliar el déficit fiscal generado por la anterior, pero impopular entre los sectores publicanos–.

Es relativamente sencillo notar qué parte tocaba a la influencia senatorial en estas leyes, y cual era obra puramente de Druso: la inclusión de *equites* en el Senado era un punto no compartido por la gran mayoría de estos; mientras que las medidas que claramente pretendían beneficiar al ordo ecuestre no fueron aceptadas por considerarlas de alto costo.¹³³ Así, el tribuno se encontró ante un panorama que lo ubicaba en el centro de la atención, habiéndose constituido en un enemigo de casi todas las partes en pugna política de la época y mostrando a la posteridad el peligro que esto podía significar.

Pero la coyuntura política de Druso –así como su fama de político demagogo, debida en parte a la de su padre– era muy distinta a la de Mario, quién tiempo atrás se había encontrado en un acorralamiento análogo: aquel no ostentaba un nombre militar y mucho menos popular. Sabiendo esto y para no perder su carrera política –ya su vida– Druso vio obligado a esgrimir un recurso peligroso que ya no respondía a los intereses del Senado, ni suyos, ni de casi nadie; esto es favorecer al único actor social que había quedado huérfano de apoyo político.

De este modo, Druso se inclinó por aquellos miembros de la élite itálica de *equites* que pretendían obtener la ciudadanía romana para participar en la administración del estado –con todos los beneficios, políticos y económicos, que ello implicaba. Así es como Druso se hizo paladín de la concesión de la ciudadanía a los aliados itálicos, intentando acercar a estos *equites* al Senado y generando en cambio un mayor distanciamiento de este último y un ambiguo apoyo de aquellos que intentaba apoyar.¹³⁴

Como era esperable, el Senado invalidó estas leyes y Druso debió retirarse de la vida pública para escaso tiempo después ser asesinado: su suerte era muy distinta a la de

¹³³ En general, esta propuesta fue rechazada por los *equites* por considerar la extensión de causas de soborno no sólo sobre senadores y magistrados, sino también sobre los mismísimos *equites*. Teniendo en cuenta los verdaderos circos armados en tiempo reciente con los juicios a enemigos personales de los caballeros (cómo por ejemplo Escévola), se comprende el temor tanto a represalias como a perder el único monopolio de poder político que ostentaban, si es que no contamos el poder económico.

¹³⁴ *Ibidem*.

Mario, y esta fue una de las causas que propiciaron el estallido de la guerra social: a pesar de la inicial actitud ambigua de los *equites* itálicos, el asesinato del defensor de sus intereses era una ofensa que no podía ser pasada por alto, esto si es que querían alcanzar alguna de sus metas políticas.

Tratando de analizar los efectos de estos sucesos, debemos señalar que además de ver cómo los intentos reformistas eran continuamente saboteados por alianzas entre la oligarquía senatorial y algún rival coyunturalmente apaciguado, la aventura de Druso mostraría a la posteridad –a Sila- el peligro que suponía estar sumido políticamente a la merced e influencia del Senado –o más propiamente dicho, a una facción del ordo senatorial-. Dicha institución había demostrado que sabía sacrificar sus propios corderos de ser necesario; y los inicios de la aventura de Druso habían demostrado la idoneidad de la facción de los Metelo –representativa del Senado en general- a presentar personajes que se mostraran adictos a su programa político.

Por otro lado, el *status quo* defendido por el Senado en beneficio propio no podía dejar de mostrarse constantemente atacado. La realidad de Roma demostraba que desde la teoría del reformismo conservador, parecía evidente la necesidad de realizar ciertas concesiones para revitalizar el sistema, pero por distintas razones esto no era posible: las concesiones parecían ser insuficientes o mal planteadas, bajo las banderas equivocadas o en momentos inoportunos.¹³⁵

Sí habrá parecido seguro la necesidad de algún tipo de reforma sintetizadora de soluciones y a la vez analgésica de los problemas republicanos. Una tras otra las propuestas habían chocado con la intransigencia senatorial o con los intereses de sus enemigos, y la solución pacífica se perfilaba cada vez más difícil de lograr. Así, con el pretexto de haber perdido al único político reformista que velaba por su interés de adquisición de la ciudadanía romana, varios de los pueblos itálicos se aglutinaron alrededor de las tribus marsias, lucanas y samnitas –tradicionalmente reacias a aceptar el poder romano- para comenzar una ofensiva “relámpago” que amenazó ostensiblemente al poder estatal romano, esto con las victorias iniciales de los rebeldes.

¹³⁵ Creemos que las reformas planteadas por los nombres ya abordados eran, en teoría y a *grosso modo*, acertadas. Esta conclusión responde al análisis de la realidad política romana de la época tratada, aunque ciertamente está sujeta a crítica. No obstante, no podemos hacer la vista gorda a las intenciones claramente demagógicas de algunos de los puntos de estos programas reformistas, en especial las leyes frumentarias. Así, aparece como un mecanismo regular la destrucción de programas reformistas más o menos serios a causa de las manipulaciones políticas que estos sufrían, desnaturalizándolos.

Una sutileza de este enfrentamiento era que las fuerzas en conflicto eran todas italianas: la guerra social -especialmente cruel y radical en intensidad a los ojos de las fuentes- instauraría y haría normal la costumbre del derramamiento de sangre “hermana”, además de reforzar las bases ya existentes de odios y revanchismos personales tan típicos de estos enfrentamientos.¹³⁶

Señalamos dicha hermandad entre los beligerantes para mostrar como los efectos de una guerra de este tipo casi necesariamente deben desembocar en las purgas silanas. No obstante, que esta noción no nos engañe: las fuerzas en conflicto eran esencialmente distintas. Mientras que los rebeldes itálicos contaban con las ventajas de la iniciativa y la sorpresa –las cuales redundaron en numerosos contingentes de hombres y movimientos militares rápidos-, Roma contaba con un número de fuerzas inferior, la consecuente desventaja logística que implicaban las ventajas rebeldes y la ya mencionada escisión entre facciones de la oligarquía senatorial, que vino a matizarse a causa del conflicto.

En esta guerra –en que Sila creció militarmente- los romanos contaban asimismo con ventajas que les daban a largo plazo la victoria: un acceso casi ilimitado a fondos y la convicción de la élite dirigente de ganar una guerra contra rebeldes.¹³⁷ Así -una vez más en la historia de la República romana- se dejaron momentáneamente de lado y en todo lo posible las diferencias personales, esto para unirse en contra de la amenaza mayor que significaban los ejércitos itálicos para el orden que favorecía a la oligarquía.¹³⁸ La élite dirigente parecía conservar la habilidad de reconocer cuándo estaban en riesgo su existencia e intereses.

Otro aspecto ya mencionado que debemos ahondar es el de la ya mencionada escalada de violencia general en las costumbres políticas romanas, necesariamente agravada con una guerra que reflotaría aún vigentes revanchismos hacia Roma por parte de los pueblos subyugados. Y aunque es cierto que estos últimos pretendían integrarse a

¹³⁶ El estado actual de las investigaciones habla de una conciencia de unión cultural de los pueblos itálicos para con los del Lacio, bajo los preceptos de estos últimos, sus conquistadores. Así, se enfatiza aún más lo inapropiado de la política romana de someter como conquistados a dichos pueblos, en vez de otorgarles una justa ciudadanía.

¹³⁷ De hecho las mismas ciudades itálicas en pugna parecieran considerarse de esta forma, al adoptar un sistema político exactamente igual al romano. Esto ha llevado a pensar en que las ambiciones itálicas durante esta guerra no fueron secesionistas, sino integracionistas para con Roma, aunque bajo estándares más justos. De cualquier manera queda demostrada una intención de las aristocracias provinciales que resultará de especial importancia en el futuro cercano: la de integrarse –desde un estatus de ciudadanos- al juego político romano, derecho que creían haberse ganado tras siglos de pertenecer a la entidad estatal del Lacio.

la administración romana y no ya subvertirla¹³⁹, tampoco se deben dejar de lado las ciertas y estudiadas rivalidades familiares contra pueblos puntuales –el de Sila para con los samnitas constituye uno de tantos ejemplos¹⁴⁰.

También resulta necesario mencionar a grupos como el samnita –pobremente romanizados- que actuaban como agentes intransigentes siempre que les fuera posible.

De esta manera se abría un nuevo capítulo de las *luchas intestinas*¹⁴¹ tan estudiadas por Apiano, en una Roma que parecía encontrar su estado natural en la constante crisis política, azuzada por elementos nuevos a cada paso.

Como se dijo, un elemento característico del común discurso político de la época de esta crisis era siempre el de la utilización de consignas políticas que a muchos les parecerían en parte necesarias, pero que eran coartadas o desnaturalizadas por intereses personales de los grupos que detentaban el poder real.

Así, resulta poco menos que evidente que para las personalidades políticas que no perteneciesen a este grupo de poder cerrado –dominado en la época por el clan Metelo- las únicas alternativas para lograr un cierto renombre y peso político eran las de unirse a ellos o enfrentarlos abiertamente: las carreras de Mario, Druso mostraban las posibles consecuencias de pertenecer al segundo grupo. Así, mientras que los mismos dirigentes itálicos supieron tejer relaciones de amistad con la oligarquía senatorial¹⁴², otras personalidades políticas –algunas pertenecientes al seno mismo de la oligarquía senatorial- debieron enfrentarse al monopolio de poder senatorial, y los resultados estaban a la vista: si bien algunos elementos aislados de sus paquetes de reforma sobrevivían o eran propuestas por la oligarquía como soluciones de compromiso, sus mismas personas solían perecer en la violencia que signaba los asuntos públicos.

La guerra social, por otro lado, introduciría nuevos elementos que ahondarían lo arriba descrito: la necesidad de urgencia que implicaba una guerra llevada por los rebeldes a velocidades relámpago y la evidente contradicción que esta condición mostraba con el intrincado sistema institucional romano de designación de consulados –sumado a cuestiones estructurales cristalizadas en la reforma militar mariana, como la necesidad de un ejército profesional- generaron y profundizaron la adhesión del legionario para su cónsul, quién incluso llegó a disfrutar de la prerrogativa de concesión de ciudadanía a sus propios legionarios. Esta innovación gradualmente acontecida

¹³⁸ APIANO, op. cit., p. 76.

¹³⁹ FERRERO, GUGLIELMO, op. cit., p. 176.

¹⁴⁰ GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, op. cit., p. 87.

¹⁴¹ APIANO, op. cit., p. 69.

resultaría de peso significativo para comprender mejor la manipulación de las legiones que hizo de Sila quién fue históricamente.¹⁴³

Así, las ya mencionadas ambiciosas personalidades, la escalada de violencia pública y la cada vez más firme adhesión de elementos de poder real -como pueden ser las legiones- a estas personas influyentes, no podrían traer otro resultado que algún tipo de combinación de estos elementos cuya única característica común era la peligrosidad para con el orden político vigente. De cualquier modo, parecía que la oligarquía era conciente de estas tendencias y pretendía canalizarlas a su favor, al atar de algún modo a alguna de estas variables a su tradición política.¹⁴⁴

Al respecto, señalaremos que el transcurso de la guerra social fue ciertamente basculante: a pesar de las primeras victorias del bando rebelde (que habrán generado algún tipo de inquietud), el cambio de mano que significó el retorno de Mario a lo que mejor sabía hacer -lo militar- le dio a los romanos una ventaja decisiva.

Mario demostraba una vez más su influjo popular a través de la llegada que tenía para con los legionarios romanos, a quienes entrenó con su bien conocido método por demás exigente y atento a la disciplina. Cabe destacar que, si se tiene en cuenta lo impopular de este método y se lo contrapesa con los relativamente favorables resultados obtenidos a partir de su implementación, se podría argüir que el cónsul aún gozaba de una popularidad incipiente, al menos entre los ciudadanos que formaban sus legiones.

También resulta llamativo el papel político del siete veces cónsul, principalmente al actuar contra los elementos itálicos que habían generado uno de sus principales sostenes políticos: decidiéndose abiertamente a defender el estado romano -controlado en mayor o menor medida por la oligarquía senatorial- Mario podría haber demostrado un desesperado intento por ganar el favor de un grupo que siempre que pudo lo despreció, o bien una verdadera conciencia “patriótica” romana, o ambos. De este modo, Mario dejaba sentado con su accionar la importancia que significaba el apoyo senatorial para triunfar en la política de la urbe.

En cuanto a la primera de estas variables -que es la que más nos interesa destacar- parece evidente que Mario, al igual que tiempo después Cicerón, pretendía entrar en el juego político que controlaba la oligarquía senatorial: aparece ya clara la

¹⁴² HOMO, LEÓN, op. cit., p. 123.

¹⁴³ El caso más conocido es el de Pompeyo Estrabón otorgando la ciudadanía masivamente y en plena campaña militar a sus legionarios. APIANO, op. cit., p. 79.

¹⁴⁴ Ganando para su causa, por ejemplo, al general.

idea de que para las personalidades de la época no había otra alternativa para hacerse un nombre político propio que esa, o la franca intransigencia.

Al respecto, destacamos también como arquetípica de estas nuevas tendencias políticas a la figura de Cneo Pompeyo Estrabón, importante a la hora de torcer el curso de la guerra social. Habiendo generado en la región del Piceno una vasta red clientelar personal –que le serviría en el futuro para armar un ejército de tamaño considerable y que mostraría con creces la importancia de esta dinámica clientelar¹⁴⁵- se le dio responsabilidad significativa en el control del asedio de Asculum, enclave de neurálgica posición en Italia.¹⁴⁶

Así, la guerra social también habría de tocar a Sila de forma más directa: Lucio Julio César, encargado por el Senado para el control de la frontera samnita, lo tendría entre sus legados, quién a través de una certera campaña propagandística –si fue contemporánea o posterior a su vida pública es difícil de saber- se habría granjeado dicha fama, muy a pesar de los primeros fracasos romanos en contener la insurrección.

En cuanto al levantamiento de etruscos y umbros hacia el 90 –que hasta los primeros momentos de la guerra se habían mantenido al margen- señalaremos que significó una nueva concesión por parte de Roma, muy a pesar de los intereses de sus regentes: la *lex Iulia* ofrecía la ciudadanía a todos aquellos pueblos itálicos que aún estuviesen sin levantarse en armas contra los del Lacio. Dicha ley demostraba una vez más que, a pesar de la conciencia reaccionaria de la élite dirigente romana en cuanto al espinoso tema de ceder en sus prerrogativas, aquella sabía sin embargo consentir cuando veía su propia existencia comprometida: la importancia de esta revelación –posiblemente percibida como signo de debilidad- no era menos que central. Sila, que a pesar de estar ocupado con la guerra seguramente estaba al tanto de estas medidas, probablemente también haya visto en esto una prueba más de que la única forma de negociar con la oligarquía senatorial –fuera por los motivos que fueran- era acorralándola.

De la misma manera en que la *lex Iulia* había otorgado ciudadanía casi gratuitamente, la *lex Calpurnia* y la *lex Plautia Papiria* hicieron lo propio en el 89: en

¹⁴⁵ Algunos autores han sugerido que, al momento de desembarcar en Roma luego de la guerra con Mitrídates, Sila aceptó entre sus filas a Cneo Pompeyo –más adelante, “magno”- por el peso de estas legiones. GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, op. cit., p. 55.

¹⁴⁶ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit. p. 466.

oposición a la negativa casi total inicial, ahora bastaba comunicarse con el pretor de la zona para obtener la ciudadanía romana.¹⁴⁷

Se comprende asimismo que estas leyes significaron una herida de muerte para la causa rebelde, cuyos líderes en su mayoría veían en estas el mismo objetivo que buscaban conseguir con la conflagración, y antes de ella. Solamente los samnitas, ancestrales enemigos de los romanos y buscadores una verdadera causa “nacional” de liberación de aquellos, continuaron la guerra.¹⁴⁸

El papel de Sila en esta etapa de la guerra, si bien fue importante a los ojos de las fuentes, quedó eclipsado –a pesar de su esfuerzo propagandístico- por el accionar de los otros cónsules, mucho más significativos en sus maniobras. Sin embargo no se puede dejar de considerarlo como importante a la hora de ganar la guerra, aunque sin dejar de sopesarlo con la sombra de aquellos.

En este sentido, las fuentes tienden a señalar el desempeño silano en el frente samnita como eficaz y a la vez brutal¹⁴⁹. La utilización del irregular terreno –carente de caminos en un gran porcentaje- fue una constante, así como el engrandecimiento –ya mencionado en el caso de Asculum- de la importancia de ciertas ciudades, lo que llevó a un cierto estancamiento en las operaciones militares en asedios de cuestionable necesidad.

Así, era normal ver legiones romanas malogradas en el sitio de una ciudad que podía demandar meses, o sorprendidos por refuerzos rebeldes que venían a liberar dicha urbe. También era común la utilización de recursos extremos –cómo el incendio de las ciudades sitiadas- para romper el estancamiento propuesto, y en este arte Sila destacó.¹⁵⁰

Asimismo son comunes en las fuentes las escenas en las cuales había bajas catastróficas en los enemigos de Sila –algunos han sugerido que por arte de la propaganda posterior-¹⁵¹ pero que del mismo modo eran siempre en situaciones distintas: quizás Sila habría previsto las ventajas de hacerse nombre de temible enemigo y despiadado con los vacilantes, buscando así, con su fama, evitar muchos enfrentamientos penosos e innecesarios. Varias batallas del futuro cercano de Sila no fueron tales, gracias a la fama de sanguinario que gozaba este: “aquel que consigue la victoria sin sangre, es doblemente victorioso”. Al respecto, pareciera que la experiencia de la guerra social podría haber señalado a Sila la conveniencia de finalizar rápidamente

¹⁴⁷ Ibidem.

¹⁴⁸ Roldán Hervás, José, op. cit., p. 473.

¹⁴⁹ APIANO, op. cit., p. 77.

¹⁵⁰ Ídem, p. 78.

las confrontaciones, así como serviría de precedente a episodios como la rendición de Fimbria, quién capituló sin luchar, suicidándose ante el temor de enfrentarse a Sila.¹⁵²

Además, a Sila se le atribuyeron otros éxitos militares que confirmaron lo arriba propuesto: siempre bajo el mando de Lucio Julio César, logró sorprender al cónsul samnita Papio Mutilo y conquistar la ciudad de Boviano en un esfuerzo personal que, además de mostrar el ya mencionado grado de iniciativa que gozaban los altos oficiales romanos¹⁵³, demuestra el ansia de gloria de un Sila que, como se explicó, comenzaba a buscar un nombre propio en la política –con el ejemplo de Mario- con éxitos militares bien conocidos, aunque inflamados por la propaganda.

No obstante, el año 89 pareció ser el auge de la carrera militar de Sila, por lo menos hasta ese momento: a pesar del muy relativo éxito ostentado en la consecución de las magistraturas posteriores, Sila alcanzó el consulado en el año siguiente casi seguramente gracias a la popularidad que gozaba como uno de los destructores de la rebelión de los aliados romanos.

Veamos parte por parte las razones inmediatas de este llamativo cambio del reconocimiento a Sila por parte de la opinión popular. Por un lado, la participación de este en una batalla decisiva librada en las murallas de Pompeya,¹⁵⁴ (la propaganda, a pesar de ser una constante fuente de mentiras o verdades desfiguradas, debe partir siempre de un supuesto verdadero que, en este caso, sería el aceptado tesón y valor militar de Sila). Por el otro, los riesgos tomados por el mismo cónsul romano al abandonar una ciudad de la importancia de Nola para perseguir a un ejército samnita - dentro del peligro que suponía la topografía montañosa del Samnio-, consiguiendo así una victoria decisiva para la liquidación del conflicto entre italianos. Al respecto, debemos recordar que la guerra social agonizaba, ya desde las leyes otorgadoras de la ciudadanía antes mencionadas.

Este último triunfo le valió a Sila la *corona gramínea*, máxima distinción militar romana –episodio que no habrá pasado sin pena ni *gloria* en la consideración que este tenía de sí mismo-, y el ya mencionado acceso “por popularidad” al consulado en el ciertamente decisivo 88. Apadrinado tácitamente por la oligarquía que le otorgó el

¹⁵¹ CHRIST, KARL, op. cit., p. 184.

¹⁵² El mejor ejemplo de esta tendencia es el suicidio de Fimbria, quién temió a caer en las manos de Sila. Asimismo, varias legiones cinanas evitaron luchar con Sila una vez hubo desembarcado en Brindisi, quizás siguiendo esta idea.

¹⁵³ Evidenciando de hecho lo obsoleto que estaba el aparato gubernamental romano, al menos en tiempos de guerra.

¹⁵⁴ Apiano, op. cit., p. 83.

mando militar en la guerra anterior –representada en esta instancia por Lucio Julio César-, Sila tuvo como colega consular a Quinto Pompeyo Rufo, personaje que, al igual que la mayoría de sus consanguíneos, ocultaría posibles ambiciones personales con una activa política prosenatorial, esperando momentos claves para actuar.

Sila, conociendo los ejemplos de los anteriores personajes que pretendieron alcanzar una posición de poder personal, se había dedicado a estrechar sus lazos con la oligarquía senatorial: el matrimonio con Cecilia Metela Dalmática –sobrina de Quinto Cecilio Metelo Numídico- es una clara muestra de esta tendencia. Así, Sila demostraba comprender dónde residía el verdadero poder en Roma, por lo menos de momento.

Como resultado de los acontecimientos dados, la oligarquía senatorial parecía salir victoriosa de la Guerra Social, muy a pesar de las concesiones generosas – considerando el contexto previo a la guerra- que habían hecho a sus aliados, y que habrían de hacer efecto en la sociedad romana y su precario equilibrio en los años posteriores.

Abandonamos momentáneamente la línea de estudio sugerida con la convicción de que resulta de cabal importancia -para el análisis que proponemos en este trabajo- el reconocimiento de la significación central de la vida pública de Mitrídates VI. Siendo conocido como el soberano por antonomasia del reino del Ponto, la situación geopolítica de este estado helenístico-oriental, ubicado más al norte que al centro de Anatolia, hacía de su salida al mar Negro y su coyuntural límite con otros reinos - regidos por monarcas títeres de Roma- una constante preocupación y, a la vez, oportunidad de expansión. Considerando las nuevas fuerzas publicanas y militares romanas con las que Sila habría de relacionarse constantemente, este dato no resulta supérfluo.

En este sentido, Mitrídates erigiría su nombre aprovechando las vicisitudes internas del vecino romano y armando una posición de poder basada en propaganda antirromana. Así, se presentaba como un liberador –tanto de Asia, como de la Hélade- del opresor yugo romano, y hay que admitir que existían varias razones para que este esfuerzo propagandístico calara hondo entre los espíritus de ambas zonas.¹⁵⁵

Desde su conquista, había existido en estos lugares una presencia romana patente, generalmente rechazada a causa de las razones descubiertas de este interés

¹⁵⁵ La presión fiscal es ya uno de los signos característicos –junto con la jurisprudencia, la tolerancia religiosa y tantas otras- con las que se suele definir al pueblo del Lacio.

italico: los grupos de *equites* que se habían consolidado económicamente a través del cobro de impuestos –los publicanos- hacían su fortuna a la vez que minaban poco a poco la economía de la región con un peso fiscal inapelable. Todos estos factores, sumados al de los ya mencionados reyes títeres de distintos reinos –como el de Bitina o Galacia- que hallaban orfandad del apoyo romano a causa de la guerra social, generaron en Mitrídates la sensación de que había llegado el momento de actuar.

Primero subyugando a la zona de la Cólquide y también al Quersoneso, Mitrídates luego pasó a luchar –aliado de los reinos vecinos- en contra de Capadocia, conflicto durante el cual se descubrieron las ambiciones tanto del soberano del Ponto, como las de sus aliados prorromanos en Anatolia. Comenzó así la guerra que involucraba directamente a los intereses romanos, ya que no sólo sus aliados ahora caían, sino que incluso quedaba desprotegida la zona provincial romana de Anatolia, antes separada del soberano pónico por los reinos títeres aliados.¹⁵⁶

Siendo este el accionar de Mitrídates en Asia menor –quién sin embargo no se limitaría a aprovechar la coyuntural debilidad romana exclusivamente en territorios anatólicos-. Fue también en la Hélade, zona neurálgica entre ambos estados, dónde el rey había instaurado un gobierno afín a sus propios intereses, precisamente en Atenas.

Asimismo, la política antirromana de Mitrídates en las zonas recientemente conquistadas por el soberano pónico no se limitaron a la pura propaganda: proscripciones, asesinatos y expropiaciones, dirigidos exclusivamente a romanos y “romanófilos” fueron una constante en el tiempo en que Mitrídates se erigió con el control de la zona. Del mismo modo, Mitrídates se presentaba a sí mismo como el “liberador” de Asia y la Hélade, en un esfuerzo propagandístico y con unas medidas que no pueden dejar de compararse con las atribuidas a Sila en su vida política: es por ello que dedicamos este espacio para destacar la fuerte influencia –si no decisiva- que podría haber tenido el soberano helenístico-oriental sobre el futuro dictador romano.¹⁵⁷

¹⁵⁶ FERRERO, GUGLIELMO, op. cit., p. 233.

¹⁵⁷ Muchas de las medidas tomadas por Sila llevan el sello no ya mitridático –quien fue sin embargo el agente de contacto de Sila para conocer estas medidas- sino el de varios soberanos de la zona. Estos, a su vez, habían readaptado a su manera la conocida política alejandrina de ser generoso con aquellos que se sometieran y brutal con los que resistieran, llevándola hasta límites más radicales. Asimismo, queremos destacar en Sila cierta predisposición personal a juzgar de la misma forma maniquea a sus rivales, por la cual muchas de sus acciones y pensamientos resultan comparables con los de Alejandro y sus herederos culturales: se podría decir –incluso salvando la tendencia de las fuentes a *tiranizar* a Sila- que algunas facetas de la personalidad de Sila eran similares a las de los reyes helenísticos, y esto llamaría la atención una vez más al cambiante ambiente cultural romano.

Fue en el 88 cuando Roma finalmente conoció la paz con sus aliados itálicos y el también el año en que se designó a Sila para combatir a la amenaza que representaba Mitrídates para los intereses romanos no sólo en Anatolia, sino también en la Hélade.

Así, habiendo señalado la importancia de los hechos asiáticos, remarcamos aquella amenaza a una de las zonas económicas más importantes de la República, y recordamos que en Italia continuaban los enfrentamientos. El fin de la guerra social había dejado en Roma distintas personalidades, engrandecidas por el transcurso de las operaciones militares, la adhesión de sus legionarios, el propio nombre pasado o el apoyo de grupos de poder importantes.

Sila, Mario y Pompeyo Rufo, poderosos por reunir algunas de las condiciones arriba mencionadas, parecían ascender con brillo propio por encima de los clásicos factores de poder que movían los hilos de la vida política romana hacia el 88.

En primer lugar asomaban los colegas consulares –Rufo y Sila- recién electos, aliados por sus patrocinantes senatoriales y relaciones de amistad personal.¹⁵⁸ Sostenido casi exclusivamente por el peso de su nombre y el patronazgo ejercido sobre sus veteranos se ubicaba el tercero en discordia –Mario- a quién parecían acabársele las alternativas para insertarse en el juego político romano, dominado por la oligarquía.

Contando con este contexto, no resulta llamativo que los acontecimientos del 88 fueran significativos, ya que de alguna manera confirmaron estas tendencias. Así, el surgimiento de una nueva figura como la de Publio Sulpicio Rufo respondía a estas nuevas características coyunturales. Legado de Pompeyo Estrabón en la guerra social, también pertenecía a la nueva camada de personalidades, cuyo nombre debían a la participación en el conflicto con los aliados itálicos: una vez más, aparecía otro ejemplo de combinación de los nuevos factores de poder, y su experiencia política también serviría como ejemplo para Sila.

Teniendo en cuenta lo antes estudiado, se comprende que generalmente se asocie al posterior programa político radical de Sulpicio Rufo con un trasfondo de pobreza. Este lo habría llevado a unirse a Mario en una alianza más que política: una vez más aparece el tópico de la aparente pobreza en las nacientes personalidades romanas de la época –ciertamente inventado por las fuentes de la posteridad-, marcando así una posible justificación para la unión de la personalidad en cuestión con otro sector político, aparentemente distinto a lo que cabría esperar de aquel. Recordemos que Sila mismo compartía los “orígenes pobres” con Sulpicio, aunque posiblemente el ejercicio

propagandístico propio haya matizado esta característica a favor de Sila, haciendo para la posteridad mucho más meritorios sus avances políticos, al menos en relación con un punto de partida que se mostraba como de casi completa marginalidad.

No obstante, Sulpicio no tuvo personalidades encumbradas que defendieran su nombre a través de la propaganda. Con la posible excepción de Cicerón –quién supo apreciar las dotes oratorias del tribuno de la plebe¹⁵⁹- la imagen de Sulpicio fue casi siempre utilizada por fuentes e historiografía como un sinónimo de radicalismo trasnochado, solamente comprendido desde la soberbia y ambición del tribuno.¹⁶⁰ Dichas cualidades que lo habrían llevado a aliarse con Mario, quien ya se perfilaba hacia el ocaso de su carrera política –por no decir de su vida-.

Lo cierto es que la pareja consular recién electa demostraba que el poder de las facciones encumbradas del Senado –representadas eminentemente por la de los Metelanos había menguado con la guerra social y sus consecuencias, sino que se había fortalecido aunque fuera sin razones de demasiado peso y constituyendo un verdadero espejismo (de hecho la situación política no había cambiado a su favor).

Era cierto que la oligarquía había aprovechado los servicios de Mario para derrotar a los rebeldes itálicos y una vez más habían prescindido de él cuando se trataba de hablar de política y no de operaciones militares. También era evidente que las concesiones hechas para los itálicos –y que fueron la causa principal del cese de las hostilidades¹⁶¹- impelían en el orden político y social romano un cambio en el *status quo* que, aunque fuera gradual, la oligarquía no parecía dispuesta a aceptar, más allá de las leyes promulgadas en el fragor de la guerra y ante la desesperación que causaba la posibilidad amenazante de una derrota total. Para cualquier personalidad que quisiera perfilarse para una posición de poder, los roces constantes entre facciones igualmente débiles podrían representar una oportunidad propia.

Para hacer honor a una metáfora harto conocida, podemos decir que la “gota que rebasó el vaso” fue la cuestión de la asignación del mando para afrontar la guerra contra el soberano del reino pónico, quién como ya se explicó había hecho de Asia menor una dependencia nominalmente suya, y pretendía hacer lo mismo en la Hélade.

¹⁵⁸ Christ, Karl, op. cit., p. 89.

¹⁵⁹ CICERÓN, *De oratore*.

¹⁶⁰ Apiano, op. cit., p. 87.

¹⁶¹ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit., p. 546.

Los intereses romanos, ya amenazados con la política agresiva de Mitrídates para con los reinos títeres de Roma, ahora podían y debían ser protegidos con la contestación romana por excelencia.¹⁶² Fueron los coletazos de la carrera política de Mario los que amenazaron, a través del accionar de Sulpicio, la ya confirmada candidatura de Sila para llevar a cabo la represión de los rebeldes asiáticos y helenos y, si cabía, destruir definitivamente la amenaza de Mitrídates VI del Ponto.

La cuestión del mando de una guerra asiática siempre fue explicada como una oportunidad para saciar el apetito de riqueza de los cada vez más influyentes legionarios –por su relación clientelar para con su cónsul-. Así, se habla de “soldados de fortuna” a los que el cónsul –en este caso Mario o Sila- debían contentar con guerras prolíficas de botines y oportunidades de desarrollar en los soldados útiles deseos de morbo y gloria militar.¹⁶³

Y si bien no vamos a poner en cuestionamiento esta interpretación –a la que además proponemos como parte de la explicación-, no podemos dejar de señalar con insistencia los motivos propios de aquellos cónsules, quienes a fin de cuentas eran los que dirigían dichos ejércitos casi personales.¹⁶⁴

En el caso de Mario, la obtención del mando mitridático parecía ser un simple artilugio para lograr objetivos más políticos que militares -fama de vencedor mediante-, mientras que el botín que sus soldados podrían conseguir poco parecía importar.¹⁶⁵ Este era un procedimiento del que Mario sabía en carne propia los beneficios en que podía redundar para su nombre; baste ver su carrera política, erigida alrededor de sus éxitos militares.

El caso de Sila quizás sea más complejo, en parte por la falta de referencias abundantes a su carrera política con anterioridad al 88. Apenas contando con las enumeradas en las fuentes, podemos destacar una cierta tendencia a engrandecer los hechos que lo tuvieron como protagonista, generando así un movimiento

¹⁶² Al igual que en la victoria total sobre Cartago, en la que los romanos "se comportaron como lo que eran, horda de bárbaros belicosos y depredadores que hacían de sus costumbres virtud." (Del prólogo de APIANO, op. cit.). El anónimo autor de tan categórica expresión, ciertamente embebido en inquietudes posmodernas de crítica al pasado de una sociedad "brutal" como la occidental en el siglo XX, toca igualmente ciertas fibras de verdad en su apreciación, aunque injusta e incompleta, del pueblo romano.

¹⁶³ APIANO, op. cit., p. 73 y PLUTARCO, op. cit., p. 342.

¹⁶⁴ Con esta aclaración buscamos evitar una tendencia general –no sólo del tema que nos compete- a determinar a fuertes personalidades de ambiciones muy puntuales bajo cuestiones estructurales; en este caso los deseos de sus legionarios. Si bien dichas influencias poseen un peso específico indiscutible, no podemos hacerlas únicas causantes del accionar de hombres como Sila o Mario.

¹⁶⁵ Así se ha interpretado en el famoso episodio del levantamiento de Sila, cuando arguyó para azuzar a sus tropas que Mario llevaría a sus propios legionarios a la guerra con Mitrídates. La investigación

propagandístico generalmente difícil de ubicar temporalmente. En este sentido, resulta siempre dificultoso separar la tradición prosilana personal -obra propia de Sila y contemporánea con él- de la tendencia similar y creada por aquellos que heredaron su caudal político, quienes ayudaron a mantener esta tradición favorable a este, con obras propias.¹⁶⁶

(No obstante, la grandilocuencia es una constante: los detalles de las bajas propias en muchas de las batallas en las que participase Sila, fielmente relatados por sus *memorias* y mediatizadas por otras fuentes¹⁶⁷, tienden a mostrar números llamativamente bajos.¹⁶⁸ Y si bien la historia ha dado ejemplos de batallas campales en las cuáles las bajas del ganador fueron contadas en escasas decenas¹⁶⁹, la de Sila podría bien ser una tendencia ególatra de un cónsul que se creía y *quería hacer creer* que era mejor militar –sino mejor hombre- de lo que, ya precisamos, en realidad podría ser).

Así, la obtención de la gloria personal en el campo militar para consolidar un nombre basado en éxitos militares –muy similar al que Mario ya ostentaba-, podría haber sido para Sila uno de los motivos más importantes para aceptar y defender con entusiasmo la obtención del mando de la guerra contra Mitrídates, satisfaciendo además a los intereses de sus legionarios.

En este trabajo –creemos que a esta altura es evidente- hemos abordado con especial atención el problema de la influencia del contexto en el accionar del hombre.¹⁷⁰ No obstante este enfoque, queremos matizarlo: creemos en aquella idea que respeta la libertad del individuo (su inteligencia y voluntad) aunque dichas influencias casi necesariamente lo atrapasen, las cuales generalmente no llegan a *determinar*, pero si a *predisponer*.

moderna parece estar de acuerdo en que Mario no pensaba hacer tal cosa. LANZANI, EMILIO, “Lucio Cornelio Silla Dittatore” en *The Classical Review*, vol. 50, no. 5, 1936, pp. 193-194.

¹⁶⁶ Generalmente fue el hijo de Sila quien estuvo encargado de dichos menesteres. Además, las emisiones numismáticas con perfiles de Sila –encontradas hasta bien entrada la era cristiana- fueron el medio por el cual esta tendencia se perpetuó bastante en el tiempo, quizás este representando un síntoma de que la imagen de Sila fue erosionada poco a poco por propaganda negativa muy posterior a su muerte..

¹⁶⁷ PLUTARCO, op. cit., p. 348-361.

¹⁶⁸ Se habla de escuetas bajas de dos o tres cifras en batallas multitudinarias de cientos de miles de soldados.

¹⁶⁹ En general se tiende a tildar de propagandísticas a estas cifras. No obstante, a la hora de juzgar el grado de exageración de ellas habrá que considerar la relación entre el orden compacto de las veteranas legiones silanas y el desorden y baja moral general de –por lo menos- los ejércitos multirraciales de Mitrídates.

¹⁷⁰ Problema de especial vigencia en los últimos tiempos, más cuando pareciera que la tendencia general apunta a otorgar más fuerza a la estructura que al individuo (¿reaccionando, quizás, a la historia excesivamente personalista de la narrativa clásica?).

Dejando esto en claro, queremos ahondar un poco más en el papel de las instituciones republicanas en la creación de Sila como entidad cultural. Por ello debemos hacer especial mención –entre otras variables- al único honor del *triumfo*, otorgado exclusivamente por el estado a aquellos que consiguieran la victoria sobre los enemigos de Roma.

Ya hemos establecido con anterioridad el tipo de personalidad que creemos que tenía Sila, en la cual resaltaban rasgos que ponían de relieve la calidad de su propio ser. Además, hemos señalado las influencias de corte típicamente helenístico-oriental en su accionar; y cómo ambas facetas se fusionaron, alimentándose recíprocamente. En esa línea de análisis, resulta especialmente significativo recalcar la relativamente poco estudiada influencia de un acontecimiento como el triunfo romano, el cual se conoce bien a través de las fuentes.

Los honores de llevar los atributos -no sólo *reales*, sino también *divinos*- de una diadema, un cetro y un manto púrpura, todos ellos adornados en oro, son más que elocuentes. Demuestran con creces la fuerza religiosa y simbólica de una procesión en la que llamativamente se legaba un poder concentradísimo en el triunfador –aunque simbólico, tanto real como divino- que lo hacía en ese momento puntual *ser* el mismísimo Júpiter.

Asimismo, el carro de guerra utilizado para la procesión, la aclamación de las tropas del triunfador como *imperator* y la exhibición de los enemigos vencidos humillados formaban parte del cariz militar de esta ceremonia; los lictores demostraban con su presencia el poder real del triunfador –emanado desde una esfera religiosa muy profundamente comprendida por los romanos- y personificando así el máximo grado de *imperium*, ostentado por el vencedor del enemigo extranjero.¹⁷¹

Los laureles –representación quizás foránea de la victoria- concluían la hipérbole de poder, divinidad y victoria de la imagen; mientras que la posterior fiesta celebrada y costeadada por el triunfador (cuyo beneficiario era el resto del pueblo) le daba un carácter popular y casi demagógico a una ceremonia casi siempre asociada a la oligarquía senatorial¹⁷².

Y a pesar de la tradicionalmente aceptada función del esclavo -ubicado justo detrás del triunfador- de sostener la corona y repetirle a un posiblemente extasiado

¹⁷¹ MC CULLOUGH, COLLEEN *El primer hombre de Roma.*, Madrid, Planeta, 2001.

¹⁷² PLUTARCO, op. cit., p. 368.

mortal que “sólo era un hombre”, se comprenderá el efecto de esta ceremonia en personalidades naturalmente ambiciosas de poder.

Veamos los distintos triunfos que Sila podría haber presenciado en la etapa de su vida menos conocida, teniendo en mente la posible influencia que la pompa religiosa y simbólica de esta ceremonia podría haber tenido en su vida:

- (138 - supuesta fecha de nacimiento de Sila.)
- 132 - (6 años de edad) Triunfo otorgado a Escipión por la victoria en el asedio de Numancia.
- 121 - (17 años de edad) Triunfo otorgado a Quinto Cecilio Metelo Baleárico por la conquista de las islas Baleares.
- 119 - (19 años de edad) Triunfo otorgado a Lucio Cecilio Metelo Dalmático por la victoria sobre los dálmatas.
- 111 - (27 años de edad) Triunfo otorgado a Cayo Cecilio Metelo Caprario por la victoria sobre tribus ilíricas.
- 105 - (33 años de edad) Triunfo otorgado a Quinto Cecilio Metelo Numídico por la victoria sobre Numidia, en la guerra con Yugurta.

La mayoría de estos triunfos ocurrieron en la etapa de la vida de Sila generalmente asociada a costumbres licenciosas, siempre en compañía de su círculo de artistas y actores¹⁷³, por lo cual parece difícil conciliar un posible interés de Sila para con estas ceremonias -a excepción de aquel matiz que las viera como una oportunidad excelente de mostrarse frente a otros hombres-. Esta etapa de la vida de Sila comprendió desde su nacimiento hasta que apareciera en la escena política, durante la guerra de Yugurta, a los 30 años de edad, en el 107.

Sin embargo, y muy a pesar de la probabilidad de que Sila presenciase dichos triunfos, debemos prestar especial atención al último de la lista (aquel otorgado a Metelo Numídico), al cual Sila seguramente habrá seguramente asistido en calidad de veterano de esta guerra y subordinado indirecto del triunfador. Fue allí cuando ya seguramente tuvo contacto con una ceremonia que sintetizaba en una persona lo que él creía de sí mismo.

¹⁷³ Ídem, p. 371 y siguientes.

A partir de ese momento, el advenedizo Sila quizás pasaría sus días buscando algún tipo de mando militar que -fortalecido con la propaganda estilizadora de su imagen que solía manejar¹⁷⁴- pudiera generarle un nombre popular y, paralelamente, hacerlo merecedor del triunfo, confirmando así simbólica y religiosamente sus méritos y su carácter de hombre superior a los demás y dominador de ellos.¹⁷⁵

Por otro lado, pero siempre en el marco de las instituciones típicas romanas, el triunfo podría no haber sido la única influencia importante de este tipo en la vida del Sila.

Observando detenidamente las más altas magistraturas romanas a las que podían acceder las nuevas personalidades encumbradas -que ahora se perfilaban cada vez más cómo una tendencia en cierto punto desestabilizadora- llaman la atención tanto la del tribunado de la plebe, cómo las de los consulados -y su forma máxima, la dictadura-, también los proconsulados y propretorios. Del Senado ya hemos hablado incidentalmente y lo hemos caracterizado como una institución poderosa por el encumbramiento político alcanzado por sus integrantes -colegiados en *facciones*-, así como la actitud de cerrar filas. No obstante y cómo es de común conocimiento, este se trataba de la institución colegiada por excelencia, y muy a pesar de la conocida preeminencia del *princeps senatus* por sobre sus pares, no podemos considerar el honor de pertenecer a la cámara como un cargo de poder personal (y la consecuente ambición aparejada) comparable al de, por ejemplo, un cónsul.

Por ello que nos detendremos en las magistraturas antes especificadas: del tribunado de la plebe poco queda señalar que no haya sido ya explicado -aunque de gran importancia-. Tradicionalmente surgido en el 495 a causa de los conflictos patricios con los plebeyos, los últimos fueron "incorporados" a la lógica política con este espejo plebeyo de la magistratura consular, reservada a los patricios. Fue este origen el que hizo del tribunado -que además, como se sabe, fue concedido por el patriciado bajo presiones muy concretas- una institución permeable a las ambiciones de cualquier personalidad -plebeya o no- que pretendiera hacer frente al poder oligárquico romano del momento.

¹⁷⁴ En las propias palabras de Christ, quién hizo especial hincapié en este aspecto de la personalidad política silana. CHRIST, KARL, op. cit.

¹⁷⁵ Acerca del tema de la imposición sobre los otros hombres en el período: se ha hablado de la mentalidad de "derecho de conquista" que Sila habría hecho valer para los romanos, una vez efectuada su famosa marcha sobre Roma (ya vuelto de Asia), la cual explicaría sus acciones extremas. Así, Sila habría actuado con los romanos como lo habría hecho con cualquier enemigo bárbaro sometido. De esta teoría, sin embargo, rescataremos la idea de engrandecerse a costa de la derrota de otros.

No resulta extraña entonces la aparición de personalidades de peso político e histórico -como las de los Graco- desde la plataforma tribunicia, la cual era por demás casi la única forma de oponerse al monopolio de poder romano, al menos *legalmente*.¹⁷⁶

No obstante, los ya mencionados y sucesivos fracasos de estos tribunos devenidos en reformistas –en ocasiones acompañados de la pérdida íntegra de la carrera política, los bienes y hasta la vida- fueron una clara señal de que la magistratura representaba un callejón sin salida para todo aquel que ambicionara una posición de influencia perdurable en el juego político romano. Así, aquel que pretendiera hacerse con un nombre en Roma debería evitar el ejercicio de una magistratura peligrosa e ineficiente en ese sentido, y también generalmente utilizada por elementos de la oligarquía para contrapesar intereses contrarios a los suyos.

Así, la opción de un consulado o el gobierno de una rica provincia romana – desde los cargos de procónsul o propretor- aparecía como una alternativa más interesante para lograr propósitos personales de distinto tipo. En el caso del consulado, pareciera ser Mario el ejemplo más claro de esta tendencia por abarcar para sí el control de dicha magistratura: el veterano cónsul, dotado desde su experiencia militar con ojos entrenados para reconocer jerarquías claras, seguramente veía en el consulado la más alta magistratura en cuanto a poder "ejecutivo". Desde dicho cargo de marcado poder tradicional –ostentado siete veces, en claro y único precedente- satisfacía unas ansias de mando muy explícitas. También se acercaba a los miembros del Senado con los cuáles pretendía congraciarse, esto para obtener un nombre de peso político estable y no sujeto a los caprichos de sus veteranos o el populacho.

Sin embargo, lo cierto era aquello que escapaba a la visión política de Mario¹⁷⁷, quién con su accionar demostraba su dificultad para comprender las disimuladas relaciones de poder de las instituciones y la vida política romana: la figura del cónsul, con gran poder legal pero restringido por su colega, estaba además limitado por no llevar ya entre sus obligaciones las provechosas guerras exteriores –encomendadas a procónsules y pretores siempre que fuera posible-, transformándose así en una institución con una importancia más tradicional que real, esto en cuanto al poder que

¹⁷⁶ Cabe recordar que en el contexto previo y simultáneo a Sila los tribunos de la plebe más importantes no eran, paradójicamente, plebeyos, si es que cabe dicha distinción.

¹⁷⁷ No se malentienda: no pretendemos perpetuar aquel tópico tan común de que sólo se puede rescatar a Mario o a Sila en este período: no queremos continuar con la propaganda política posterior de César o Pompeyo; las apreciaciones que hacemos acerca de Mario surgen como consecuencia de sus actos, de los cuales incluso hacemos a Sila aprendiz –desde el ejemplo positivo o negativo que estos pudieran mostrar-.

podía ostentarse con su consecución. Asimismo, estaba vigilada de cerca por el Senado, el cual solía elegir a los cónsules según sus propia agenda.

Claros ejemplos de esta tendencia fueron los ya mencionados pares consulares del 88 –Sila entre ellos-, muy cercanos al poder oligárquico.¹⁷⁸

Así –teniendo en consideración los elementos institucionales arriba expuestos- podemos comprender mejor los episodios de la entrega de Yugurta a Sila por parte de Boco, las riesgosas participaciones de Sila en la guerra contra los cimbrios y teutones y en la guerra social. Ellos deben ser ubicados en este análisis de doble entrada, por el cual se comprende a Sila como un buscador de renombre político y honores militares, en orden de alcanzar un deseo muy específico de trascendencia a través de la fama militar, política, civil y hasta religiosa, deseo que canalizaría socialmente a través de las instituciones romanas mencionadas.

La participación en la guerra contra Mitrídates formaría también parte de este plan, y la intervención de Sulpicio Rufo en el 88 para otorgarle dicho mando a Mario atentaba frontalmente con los deseos de Sila, también en desmedro de aquellos pertenecientes a la facción senatorial sobre la que este se asentaba.

Los acontecimientos del 88 -que alcanzaron un *clímax* esperable con el golpe de estado de Sila- merecen atención, si es que se pretende comprender el accionar de los actores involucrados.

Hemos señalado en ese sentido a cuatro actores importantes y de poder, grupo entre los cuales sobresale uno sobre los otros tres, aglutinándolos alrededor suyo: la oligarquía senatorial, representada en esa época por el poder de los Metelo, es aquel actor dotado de la fuerza principal. En ese sentido, resaltaba la figura la Sulpicio Rufo - inscripto ideológicamente en el reformismo conservador que defendía parte de aquella- quién había iniciado su carrera política bajo el ala senatorial y desde el tribunado de la plebe.

Depositario involuntario de la tradición drusiana¹⁷⁹, tuvo que abreviar en esta corriente –vista en ese momento como radical, y a veces considerada enemiga de los

¹⁷⁸ Cómo se explicó, no creemos que esta fuera la única causa que generara que esta pareja consular estuviera controlada por el Senado. La victoria sobre los aliados itálicos además fortalecía en cierta forma y muy precariamente a la oligarquía romana, generando así un robustecimiento de la influencia de esta en casi todas las áreas de la política romana.

¹⁷⁹ A causa de su nombre, asociado al de su padre y siempre relacionado con causas radicales.

intereses de estado romano-¹⁸⁰ a causa de varios factores, entre los cuales sobresalían sus ambiciones personales y una hipotética presión de Mario, quién pasaba a intrigar ya directamente desde una posición opuesta a la del Senado.

Así, las causas de la defensa de los *equites* –en especial de los más acomodados entre los itálicos- unían en cierta forma a ambos personajes en un programa que, cómo señalamos, los oponía a la oligarquía senatorial. No sorprende entonces que la propaganda silana –subsidiaria de un personaje afectado por las disposiciones de Sulpicio Rufo, quién además aparecía con causas distintas a las de la facción que Sila pretendía defender- haya pintado al tribuno de la plebe como a un personaje demagógico y de ambiciones opuestas a los intereses romanos.¹⁸¹

Las medidas de Sulpicio, esenciales para comprender la reacción silana, fueron bastante elocuentes: defendiendo los intereses de los *equites* y atacando a los del Senado, se unió también a los de Mario al otorgarle el mando de la guerra con Mitrídates. Fue en este último punto en el que Sila, antiguo mariano y a la vez cercano a los Metelo, tuvo la oportunidad de romper definitivamente con una relación que tradicionalmente se describe como desgastada y que había perdido vigencia tanto para un celoso Mario, como para Sila mismo. Además de notar el conflicto que suponía la oposición de sus amistades, Sila posiblemente habrá notado que su antiguo superior era ya un muerto político, y su amistad innecesaria.

Sila y Mario eran ahora abiertos enemigos, y en una coyuntura por demás delicada -formada por los roces cada vez más evidentes entre los bandos radicalizados que se habían constituido, e insensibilizada por los excesos de una guerra entre italianos, aún fresca en rencores explotables. Esto sólo podía significar una ruptura de profundas consecuencias.

Así, las legiones adictas de ambos cónsules eran la garantía de poder real que estos tenían para aprovechar las cuestiones de fondo de la sociedad romana, siempre en beneficio propio. El escaso margen de maniobra de Sulpicio Rufo –demostrado por su comportamiento, basculante entre las fuerzas en conflicto- era la señal de que el poder propio de las instituciones comenzaba a licuarse en alternativas que rozaban lo ilegal. Al respecto, las legiones pertenecientes a la República que ahora eran mandadas -

¹⁸⁰ Siempre y cuando atentara contra estos al ayudar a personajes enemigos de la facción de la oligarquía que preponderara en el momento específico en la arena política romana.

¹⁸¹ Resulta de especial importancia este aspecto dado que la mayoría de lo poco que se conoce del tribuno es gracias a la mediación silana.

aunque no en una acción directa- por los designios personales de sus mismos cónsules, resultan un claro ejemplo.

De todos modos posibles, este cambio afectaba directamente al poder de la oligarquía senatorial, que desde su propia institución –tradicionalmente la más poderosa y eje de los resortes de poder en la República- siempre había ostentado el poder casi indiscutido, en parte gracias a la prerrogativa del nombramiento de las distintas magistraturas. Así, las reglas del juego habían cambiado. La ley –su ley- era cada vez menos aceptada como principio tácito para moverse en la arena política: los ánimos eran distintos, y la guerra entre italianos recién sofocada había demostrado a todos los sendos efectos que garantizaba el hecho de emplear las armas para solucionar conflictos virtualmente eternos.

Había llegado “la hora de la espada”¹⁸², pero el Senado no tenía una de esas para defender el *status quo* que lo beneficiaba. Mario y Sila –¿quizás sin saberlo?- sí.

La reacción senatorial fue esperable. Empleando las viejas fórmulas para frenar los intentos personalistas de sus ovejas descarriadas intentaron solventar este problema, sin dar cuenta de que estas no eran ya más que una farsa. El *iustitium*¹⁸³ llamado por los cónsules para coartar las medidas sulpicianas –medida que respondía, como ya se explicó, a los intereses senatoriales de la facción liderada por los Metelo- fue respondido con una trifulca en pleno foro, en la que murió el hijo del colega consular de Sila. En cuanto a este, debió refugiarse en la casa de Mario para evitar la muerte.

Así, las amistades personales –abierto clientelismo- de la plebe urbana para con los elementos en pugna demostraban una vez más ser un factor de presión, en este caso enrolado en la causa mariana.

Demás está decir que el *iustitium* fue levantado por los colegas consulares, esto para que no fuera simplemente ignorado por los sulpicianos. Asimismo, las medidas de Sulpicio Rufo se instauraron sin demora, incluyendo la concesión del mando mitridático a Mario: de pretender sobrevivir en la arena política romana, Sila estaba compelido a actuar, y eso hizo. Dirigiéndose al campamento de “sus” legiones en Nola, utilizó sus bien conocidas dotes persuasivas para explicar a los legionarios que Mario llevaría a sus

¹⁸² Frase atribuida a Leopoldo Lugones en los aparentemente tumultuosos momentos previos al primer golpe de estado militar en Argentina.

¹⁸³ En este caso particular, farsa legal por la cual se suspendían los asuntos públicos con pretextos religiosos para ganar tiempo principalmente.

propias legiones a la guerra con Mitrídates, y no a ellos.¹⁸⁴ Esto sólo podía culminar en un tumulto, en el que las víctimas fueron dos tribunos militares, enviados por Sulpicio Rufo para tomar el mando de los guerreros silanos. Su único desliz fue estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Asimismo, la marcha de Sila sobre Roma –tan recordada por su carácter de futuro precedente para personalidades mejor recordadas- fue una consecuencia casi directa de esta esquina en la cual Sila fue acorralado por los actores en pugna.¹⁸⁵

Habiendo bosquejado el entorno en el que se movían Sila y los suyos, pretendemos ahora analizar las causas de una medida de corte radical como la marcha sobre Roma, siempre desde el doble análisis aquí propuesto: por un lado el contexto –incluyendo estructuras generales y los intereses de otras individualidades importantes- y, por otro lado, la personalidad del propio Sila.

Como se ha explicado, ambas variables nos parecen esenciales a la hora de comprender el accionar de los involucrados; también para dilucidar los motivos que los movieron a actuar, y definirlos como sujetos históricos (por supuesto, concentrándonos en Sila).

¹⁸⁴ Al respecto, la historiografía tiende a pensar que no era esa la intención de Mario; demostrando así –al menos en este caso- que no era que los legionarios eran adictos a su cónsul, sino que lo eran para con las oportunidades que este pudiera ofrecer.

¹⁸⁵ En este punto coincidimos con Keaveney, quién opina que la intentona silana del 88 fue a causa de un acorralamiento y no planeada por Sila. KEAVENEY, ARTHUR, op. cit., p. 321.

Son varios los autores que sitúan a Sila como el precursor en aquello de tomar el poder de Roma para sí mismo y por la fuerza.¹⁸⁶

Si bien las intenciones de Sila yacerán bajo un velo de duda –si no de misterio-, la importancia de esclarecerlas resulta vital para descubrir si efectivamente se trataba del primer ambicioso megalómano *exitoso* de la historia de Roma, o si en efecto era un paladín de los intereses oligárquicos –siempre considerando las posibles medias tintas entre ambos extremos-.

Más arriba demostramos cómo las instituciones republicanas, anacrónicamente congeladas y monopolizadas por la oligarquía, exigían algún tipo de cambio en la distribución del poder, esto era para calmar la pugna política que los distintos intereses en juego provocaban –intereses que surgían hasta del mismo seno senatorial-, desangrando una República con una agenda de política exterior más que cargada.

Dicho cambio, cada vez más acuciante con el robustecimiento lento pero seguro de los enemigos de la oligarquía senatorial que se evidenciaba, se mostraría paradójico –o quizás no¹⁸⁷- con la centralización del poder, esta vez en manos de una sola persona.¹⁸⁸

Paralelamente, intentamos reconstruir -a pesar de las escasas fuentes disponibles- un tipo de personalidad coherente y relacionada con el contexto cultural del Mediterráneo del siglo I antes de Cristo. Una personalidad que a la vez escribe y es

¹⁸⁶ Homo, Roldán Hervás, Valgiglio y Keaveney coinciden en la capital importancia del ejemplo silano para las futuras empresas similares –frustradas, como la de Catilina o César; o exitosas, como la de Augusto-, muy a pesar de las supuestas intenciones restauracionistas de Sila, las cuales serían esencialmente opuestas a las de un aventurero ambicioso de poder. Al respecto, Valgiglio dice que "Sila, paladino della costituzione vigente, rigido oppositore alla corrente democratica e ad agni corrente non impronta ad una severa ortodoxia aristocratica-republicana, se convirtiera en uno strumento valido al servizio dell'evoluzione verso la forma monarchica, quindi della ribellione all'autorit' a costituita, che egli rappresentava" (VALGIGLIO, ERNESTO, *Silla E La Crisi Republicanana*, Firenze, La Nuova Italia, 1969, p. 18), resultándole una verdadera ironía esta consecuencia.

¹⁸⁷ Si la sutil introducción de la idea y praxis monárquica en la República romana –y su posterior y única síntesis- era una evolución *natural* del estado del Lacio es un tema tan complejo como polémico, que encuentra enorme actualidad en el pensamiento político moderno. No pretendemos agotarlo, aunque dejaremos una impresión al respecto: bien han establecido pensadores más hábiles que el que escribe que la República y sus resortes están pensados para pueblos virtuosos (Aristóteles y Maquiavelo en cierta forma iniciaron esta tradición), cualidad de la que la época tratada carecía: una verdadera oligarquía gobernaba de hecho al estado más poderoso del Mediterráneo, y su afán por conservar este poder logró que surgieran personajes –con un bagaje cultural muy especial- que, pretendiendo congelar el tiempo al volver a soluciones pasadas, lograron en cambio adelantarlos radicalmente. Sila responde claramente a esta descripción, así como los ideólogos principales de su reforma, constituyendo así una bisagra en la historia Romana más importante incluso que la del mismísimo César, quien se habría limitado a "profundizar el modelo".

¹⁸⁸ La aclaración entre guiones responde a que, para la mente "democrática" y "federal" moderna, la solución a la crisis republicana romana debería necesariamente abreviar en tradiciones más distributivas que concentradoras del poder. La realidad, ineludible y verdadera, demostró que este pensamiento aplicado a los romanos antiguos no es, en el fondo, más que un grosero anacronismo.

escrita por la historia, y que se desenvuelve en el caos político de la República romana de la época, actuando y reaccionando en relación y a causa de esta, siempre regida por ambiciones generales y puntuales urgencias coyunturales.

Ahora pretendemos llegar al verdadero nudo de la cuestión, y a la vez el más analizable por la cantidad de datos que subsistieron. Hablamos puntualmente del accionar de Sila en el momento cumbre de su carrera política, período concentrado entre el golpe de estado del 88 y el retiro del dictador, posiblemente en el 79.¹⁸⁹ Con este tema finalizaremos el retrato propuesto de Sila.

EL PRIMER GOLPE DE ESTADO

La oligarquía y Sila - Fuerza y ley - El acorralamiento - Cina - La guerra con Mitrídates: Atenas, Queronea y Orcómeno - Flaco y Fimbria - ¿Germen del Principado?

La marcha sobre Roma del 88 –la única, ni primera ni segunda, para los de la época- es actualmente analizada como un movimiento inesperado por parte de Sila, a tal punto que la oligarquía, gran beneficiada de esta medida, quedó relegada concientemente a una posición expectante y reactiva de los hechos.¹⁹⁰

Resulta llamativa esta actitud: además de recalcar el carácter imprevisto de la intentona silana, en cierta manera también inaugura una nueva forma de aproximación de la oligarquía¹⁹¹ hacia la política romana, lo cual -teniendo en cuenta los antecedentes intransigentes de la agrupación de *nobiles* para las aventuras de este tipo- demuestra la conciencia que tenían los del ordo senatorial de que la situación se les había ido de las manos.

Mario y su desenvolvimiento político habían sido claras advertencias de la nueva tendencia, por la cual los hombres fuertes necesitaban cada vez menos de la oligarquía para sostenerse en una posición importante de poder, basándolo ahora en legiones adictas o en la fuerza de su facción. Una vez más, Roma daba cátedra en que el *gladius* era ciertamente más fuerte que la *lex*, sentando así precedentes no sólo para su mismísima historia, sino también para las que habrían de venir.

¹⁸⁹ Badian, por otro lado, afirma que fue en el 81. (BADIAN, ERNST, “Lucius Sulla, The Deadly Reformer” en *Essays on Roman culture. The Todd memorial lecture*, 1970, 35–74.)

¹⁹⁰ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit., p. 356.

¹⁹¹ Con este término entendemos a aquellos que detentaban el ejercicio de las insituciones romanas, así como los asociados más cercanos de estos, coaligados en torno a familias más o menos representativas.

Veamos el transcurso de los hechos con detenimiento: Sila, enfrentado ante la posibilidad de perder el mando mitridático, debía decidir el curso de sus acciones para no desaparecer de la arena política, y perder una carrera armada -más o menos concientemente- en años de sacrificio militar. Así, el bien conocido episodio de la manipulación de los legionarios de Nola¹⁹² podría estar generado por las reconocidas ambiciones de Sila -las que, sin embargo, aún podrían no haber cristalizado directamente en un proyecto concreto de “golpe de estado”- o, simplemente, por el deseo de mantener viva su carrera política. El éxito o fracaso de esta -como ya se explicó- estaba estrechamente ligado con el de la propia vida, mortal y trascendente.

Así, confluyendo con los intereses bien concretos de sus legionarios, Sila dejó caer la primera pieza del dominó: decididamente obligado a no dar vuelta atrás, se propuso el objetivo de restaurar el sistema del cual él mismo era uno de los mayores beneficiarios, sistema con el cual había intentado congraciarse -con éxito, a diferencia de Mario- desde el principio de su carrera política. Esto implicaba reparar el precario equilibrio de relaciones de poder en el que se situaba, por encima de los demás, la oligarquía senatorial.¹⁹³

Se erigió entonces en paladín de ella, obligado dada la escasez de opciones políticas disponibles: los “populares”, representados por Mario y Sulpicio, eran decididamente los enemigos del discurso silano, adoptado luego de que estos atentaran contra sus intereses. La opción de basarse en el propio nombre -en la aventura personal- ya tenía magros ejemplos en los distintos tribunos malogrados, e incluso en Mario.

Con la decisión de Sila de marchar sobre la capital, la oligarquía -representada en las legiones silanas por la oficialidad- titubeó una vez más ante el curso de los acontecimientos, posiblemente innovadores y extremos a sus ojos. De creer a la tradición, dichos oficiales -a excepción de uno-¹⁹⁴ rehusaron seguir al cónsul y a sus

¹⁹² Hecho que, por otro lado, tiene todas las características de estar reconstruido en la posteridad por las fuentes pro-silanas, ya que demuestra en cierta forma la habilidad discursiva del cónsul. Casi podemos visualizar a Sila, vanaglorioso como toda la historiografía acuerda que era, haciéndose pompas por el logro mientras lo relataba en sus *memorias*.

¹⁹³ Resulta sencillo comprender este pensamiento: Sila se había esforzado por respetar las reglas de juego, serpenteando entre ellas y logrando una cierta posición de poder que quizás prometía mejorar. La obstinación de Mario y el programa sulpiciano pretendían "patear el tablero" con medidas radicales, atacando de raíz el precario *status quo* del que Sila se había beneficiado hasta ese entonces.

¹⁹⁴ Lúculo fue el cuestor que sí se plegó a la voluntad de Sila. APIANO, op. cit., p. 86.

legiones, embarcados en lo que ellos seguramente creían que era una empresa de dudosas consecuencias y excesos legales, hasta religiosos.¹⁹⁵

Mucho se ha escrito acerca de los motivos de Sila para decidirse a emprender esta tentativa. Algunos hablaron de una anacrónica intención restauracionista de la constitución romana por parte de un aristócrata clásico¹⁹⁶, otros señalaron el germen de las intenciones monárquicas de Sila¹⁹⁷. Nosotros ya hemos expresado nuestra postura, por la cual Sila sí tenía ansias de poder y gloria, aunque aún o concretamente cristalizadas en el proyecto acabado que la posteridad conoció –al menos en ese momento histórico que representó el 88.

Una vez más, fueron enviados dos magistrados hasta las legiones marchantes –ya personales- de Sila. Esta vez fueron pretores los que llevaban instrucciones de parte del Senado –rebasado ante el nuevo giro de los acontecimientos- que obligaban al cónsul a un cese en su intentona hostil para con la sagrada tradición romana de no ingresar al *pomerium* con tropas armadas y desplegadas para el combate.¹⁹⁸

Como todos sabían, dicha orden descansaba en cimientos institucionales de cuestionable firmeza: no tenían medios con qué obligar a Sila a este curso de acción, por lo que este desoyó los consejos de los *senex* y llegó a Roma para someterla por las armas. El asedio, breve, fue ganado por las veteranas seis legiones de Sila –a partir de veinticuatro mil hombres, según las fuentes-, las cuales no tuvieron resistencia por parte de Sulpicio Rufo o de Mario, más que una leva de libertos encabezada por este, fácilmente vencida.

Que los romanos no sabían exactamente a qué se estaban enfrentando –o, por lo menos, que se enfrentaban a algo nuevo- lo demuestra el episodio de la resistencia civil a las legiones silanas, cuando se arrojaron elementos contundentes a estas desde distintas casas, mientras marchaban casi sin resistencia. Que Sila era un hombre

¹⁹⁵ Un punto especialmente escabroso a la hora de estudiar la personalidad de Sila es, sin duda, aquel que se refiere a las convicciones religiosas de este. Quiénes ven en Sila a un tradicionalista de rancia alcurnia aristocrática tienden a sobrevalorar las reformas en favor de las costumbres que este implantó en su dictadura, extendiéndolas de simple síntoma a una forma de vida tradicionalista. El gran problema de esta teoría surge cuando se contrastan estos episodios con las costumbres licenciosas de la mayor parte de su vida. Por otro lado, están aquellos que destacan las influencias helenísticas del pensamiento estoico y epicúreo, los cuales incidieron en Sila con cierto escepticismo en algunas cuestiones puntuales de religión. Nosotros abrevamos mayoritariamente en esta última tendencia.

¹⁹⁶ Como se explicó, esta es la teoría generalmente aceptada por la mayoría de los investigadores.

¹⁹⁷ Carcopino sería uno de los que hablaron en este sentido, eso si se incluyen los reproches de las fuentes (Apiano principalmente) que veían en Sila a un clásico tirano helénico.

¹⁹⁸ No conociendo las intenciones de Sila y temiendo ante las consecuencias de un cada vez más enrarecido ambiente político.

esencialmente práctico –como buen militar, incipiente político y verdadero romano que era- quedó demostrado con su manera de lidiar con este posiblemente espinoso problema: mandó a incendiar dichas casas sin pérdida de tiempo. Curtido en las vicisitudes de la pasada guerra civil, la idea de atentar contra la vida de los propios ciudadanos con fuerzas romanas parecería normal a esas alturas.

Ante esta nueva demostración de violencia política, aquellos hombres encontrados con los intereses de Sila debieron abandonar la urbe, escogiendo el exilio. Mario y Sulpicio Rufo intentaron lo propio: Sulpicio Rufo fue capturado en el medio de su fuga y decapitado, mientras que Mario consiguió escapar a África.

Además, Sila se encargó de publicar una lista de enemigos de Roma –donde figuraban los nombres de Sulpicio Rufo y Mario, entre otros- y dio un bosquejo preeliminar de las reconocidas leyes que habrían de conformar su bien conocida reforma constitucional, en las cuales se trataban embrionariamente algunas aristas de esta.¹⁹⁹

Así, aparecía entre los tópicos señalados una acción de abierto ataque contra de las magistraturas que habían usado y representado a Mario y Sulpicio Rufo: el tribunado de la plebe y las *comitia tributa* principalmente. De esta manera, Sila diagramaba aunque rudimentariamente los puntales básicos de su retorno a la mítica “constitución serviana”.

Si somos consecuentes con la línea de investigación que estamos siguiendo, debemos preguntarnos –dado que en cierta forma relativizamos las intenciones reaccionarias de Sila, contrastadas con las connotaciones dadas a sus necesidades de gloria personal- el origen de las medidas de indiscutible corte reaccionario, que este promovió más adelante.

Creemos oportuno traer el tema a colación en este momento –justo después de haber tratado la implementación de las medidas prototípicas del 88- ya que podrían verse en estas las mismas intenciones en la subsiguiente reforma silana.

En una palabra: queremos esclarecer que parte le tocó a Sila en la elaboración de la teoría que luego cristalizaría en una solución concreta a los problemas de la República, una solución de carácter reaccionario.

¹⁹⁹ GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, op. cit., p. 47.

Lo cierto es que Sila se había visto impelido a actuar en reacción a las medidas radicales tomadas por Sulpicio Rufo, al menos en cuanto a la pérdida del mando mitridático. Así, la coyuntura política le presentó a Sila la inesperada oportunidad de reaccionar, defendiendo a la vez tanto su *dignitas* personal, como su carrera política y el orden constitucional, violado por Sulpicio Rufo al transgredir la decisión senatorial de nombrar a Sila para la guerra asiática.

Entonces, se daba el caso por el cual una oligarquía -sobrepasada por la nueva situación- coincidía en sus intereses más profundos con los de uno de sus asociados, quién además tenía la ventaja de contar con seis legiones adictas y todas las garantías que ellas implicaban. Que Sila tenía sus propias ambiciones ha sido hartamente explicado en muchos trabajos; que además tenía sus propias razones para tomar el curso de acción que tomó también ya ha sido señalado.

Además queremos insinuar que, quizás, parte de la oligarquía senatorial – ¿íntimamente relacionada con los Metelos?- podría ser la facción causante de un programa de reforma republicana, esencialmente restauracionista como los anteriores, pero –y este es el aporte original- expectante del momento propicio para quebrantar *justificadamente* el orden constitucional ya tambaleante, mediante el uso de influencias políticas ganadas en el campo militar.²⁰⁰

Pensar en esto recuerda casi necesariamente el discurso de aquellos –incluido Sila- que osaron quebrar el “orden constitucional” romano con el uso de la fuerza: lo hacían, concientes del mal que cometían, para *salvar* a la República de las manos *tiranas* en que había caído, fueran cuales fueran. Queremos creer que esto era mucho más que simple propaganda o justificación personal –que también lo era-, constituyendo un genuino malestar por la crisis de la República. Y si dicho malestar suele creerse cuando es atribuido a personalidades igualmente polémicas (como la de Tiberio Graco), no vemos causas como para negar las mismas sensaciones en personajes maltratados por la propaganda posterior: Sila y sus cercanos seguramente sentían una especial aprehensión por el precario estado en que se encontraba la República, y sus acciones políticas habrían de abreviar en esta sensación.

²⁰⁰ Así, esta reducida porción del ordo senatorial habría constituido una excepción –en métodos, no en ideas- al resto de la oligarquía, aceptando la existencia de graves desórdenes legales en Roma y utilizando los mismos recursos ilegales que sus enemigos. Habiendo demostrado su versatilidad y flexibilidad con la creación de un verdadero fenómeno nuevo como Livio Druso –quién venía a ser la adaptación de esta facción a los métodos de sus rivales por excelencia- ahora se asociaban con aquel que seguramente aparecía a sus ojos como un nuevo Mario, capaz de protegerlos a ellos y a sus ideas. Sila, no obstante, había desafiado cualquier expectativa al hacer algo que Mario jamás habría intentado: marchar sobre Roma.

A pesar de esta inquietud y programa políticos, existían problemas a resolver una vez efectuado el primer golpe de estado de tipo violento de Roma. Así, Sila necesitaba de un sostén de poder que no fuera el que le daban los casi treinta mil *gladius* que lo servían, y encontró en la oligarquía senatorial –especialmente en el clan Metelo– una estructura de poder aún capaz de cumplir esta función, sobre la cual sostener su propia estrella, mediante una alianza de intereses.

Parece ser claro entonces que, a pesar de las primeras vacilaciones del Senado, Sila y este pasaban a constituir aliados casi naturales, por antecedentes, proyectos y presentes, y así obraron: Sila confió en las medidas que impuso en el 88 para mantener aplacados y a su favor a aquellos que él creía que tenían –aún– el poder en Roma. No obstante, la situación probaría descansar en un equilibrio más que precario.

Al enrarecido ambiente que se había generado entre los actores sociales y políticos romanos a causa del golpe silano, había que sumarle la discordia que generaba la figura de Sila entre los sectores que se encontraban a favor de sus enemigos. Entre otros, podemos ubicar en ese grupo a aquellos cercanos a las políticas de Mario y Sulpicio Rufo. Asimismo, no extrañaría que, en un contexto como el que ofrecía Roma en el 88, tuviera lugar la aparición de algún personaje que pretendiese sacar partido de ello.

Respondiendo a este principio y a la larga tradición iniciada tiempo atrás por los ejemplos de los Graco y Druso, apareció Cina en la escena política romana. También perteneciente a una familia de raigambre patricia, Cina encontró sin embargo su refugio político entre los populares, siguiendo otra ya común tradición por la que los *optimates* se involucraban en plataformas políticas de ese tipo.

Puesto en una posición central –desde la cual ostentaba el consulado, mientras que Sila se aprontaba para combatir a Mitrídates en Asia– Cina demostró su carácter al jurar a Sila respetar su “nueva” constitución (que analizaremos próximamente), para luego romper dicha promesa, con lo que podría significar para el nuevo advenedizo de caer en las manos de Sila.

Con Sila ausente, Cina vio claramente aquello que casi todos sus contemporáneos posiblemente comenzaban a comprender, incluyendo a los aliados senatoriales de Sila: que este, al abandonar Italia, había dejado de lado una posición de poder inmejorable y posiblemente irrecuperable.

Así, Cina –quien seguramente había previsto este efecto- estrechó aún más los lazos con un repatriado Mario, constituyéndose en cabeza de una República que, de la noche a la mañana, había pasado de estar gobernado por un grupo senatorial de diversos intereses, para ser regido por sólo uno de ellos, aunque (de momento) en estrecho contacto con los demás. De este modo, la solución monárquica -más allá de las apariencias y formalidades siempre vigentes hasta bien entrada la época del “Imperio”- comenzaba a manifestarse como una posible respuesta a los problemas republicanos, perpetuados por intereses y clamores personales o de sector diametralmente opuestos, pero que no acababan de asimilarse o destruirse entre sí.

Las medidas de Cina, tendientes a la estabilización de la República, pasaron desde lo económico hasta lo social: el sismo político que había significado la aventura de Sila fue en cierta forma contenido con medidas tendientes a estabilizar la economía y a eliminar los restos de la oposición silana. El asesinato de Cneo Octavio –colega consular de Cinna, aún fiel a Sila- formaría parte de esta predisposición.

Siguiendo la tendencia, Publio Licinio Craso y Lucio Julio César, veteranos de la guerra social, fueron otras víctimas de la campaña de purga de silanos o asociados a dicho personaje; mientras que Quinto Cecilio Metelo Pío y Marco Licinio Craso, reconocidos silanos, lograron huir a África antes de ser alcanzados. Lucio Valerio Flaco, por otro lado, fue el colega consular de Cina, asumiendo ambos en el 87. Cabría agregar otros datos interesantes del *Cinamun Tempus* (el cual – no por casualidad- también es caracterizado por las fuentes como tiranía, aunque tal vez matizada por la derrota sufrida a manos de alguien "peor")²⁰¹, pero resulta más importante para el enfoque aquí pretendido una mayor atención hacia los hechos que se desencadenaban paralelamente en la guerra mitridática.

La guerra contra el soberano asiático debería librarse –al igual que casi todas las guerras libradas por Roma contra adversarios de la zona- en la neurálgica posición de la península helénica. Ubicada entre ambos contendientes, su posición satelital le adjudicaría la costumbre de constituirse en zona de paso para los numerosos contingentes extranjeros, sufriendo de este modo los efectos de aquella máxima de Wellington de que "los ejércitos marchan sobre su estómago".

Así, no era de extrañar que Sila y sus legiones encontraran su primera resistencia en la aparentemente siempre sometida tierra de los helenos. Atenas, encumbrada por su

reconocida tradición luminosa, servía ahora como baluarte principal de las fuerzas pónicas, quienes habían instalado un gobierno títere a dichos intereses en la mencionada polis. La campaña silana, entonces, debería encontrar en la antaño próspera polis un lugar de paso forzado, en sus ansias de luchar contra Mitrídates.

Debemos prestar, no obstante, atención a la situación en que se encontraba Sila: enterado de la traición de Cina y la vuelta de Mario a la política romana con un nuevo consulado, no podía esperar nada para la campaña que él mismo dirigía. Además, Sila se encontraba frente a un adversario de reconocidas dotes tácticas y estratégicas, quién además manejaba un contingente de dimensiones superiores –al menos numéricamente– a las de Sila.²⁰²

No obstante este aspecto, cabe destacar la ayuda que posiblemente habrá recibido Sila por parte de mercenarios e incluso de aquellos descontentos por la desilusión causada por Mitrídates: la fuerte campaña antirromana emprendida por este tenía también la promesa de aliviar las cargas típicamente itálicas (fiscales principalmente), pero cuando la guerra se hizo más encarnizada ocurrió más bien lo contrario, y las defecciones de apoyos del soberano pónico se convirtieron en una constante.

El asedio de Atenas, primer combate contra Arquelao y Aristón (dependientes de Mitrídates en la Hélade y Atenas, respectivamente) demostró su importancia al extenderse por más tiempo del que Sila podía disponer. No obstante, la experiencia de la guerra social le había dado a este un acercamiento fugaz a los ritmos manejados en la compleja guerra de asedio.

Así, la falta de fondos por las razones arriba descritas llevó a la necesidad de que Sila diera carta blanca a sus legionarios para que cobraran el propio sueldo, mediante saqueos de templos y ciudades, generalmente descriptos como desmedidos²⁰³

²⁰¹ PLUTARCO, op. cit., p. 331 y APIANO, op. cit., p. 82.

²⁰² Los datos para las cifras de ambos ejércitos son susceptibles a modificaciones interesadas, en especial aquellos concernientes a las tropas de Mitrídates, generalmente exageradas por las posteriores fuentes pro-silanas de autoría propia de Sila. Plutarco, quién recoge esta tradición a favor del dictador de sus propias memorias, deja entrever esta tendencia a exagerar a favor de Sila, en especial cuando habla de las escasísimas bajas romanas en las batallas decisivas contra el soberano pónico. PLUTARCO, op. cit., p. 361.

²⁰³ PLUTARCO, op. cit., p. 347.

aunque similares a lo establecido por los cánones de guerra como regular para esta práctica: robos, matanzas, rapiñas... *sub sole nihil novi est*.²⁰⁴

Demostrando una nueva enseñanza para Sila, esta guerra de guerra de asedio dependió de la razón entre dos factores esenciales: la paciencia del sitiador y los víveres del sitiado. La última fue la variable débil, y los atenienses comenzaron conversaciones de paz, bruscamente interrumpidas por el derrumbe de una muralla. Dicha circunstancia fue aprovechada al instante por Sila, y una vez burladas las defensas de Atenas, el método de saqueo fue el mismo empleado en otras ciudades. Sin embargo Sila prefirió no destruir la ciudad hasta los cimientos, a pesar de que tenía las razones para hacerlo.²⁰⁵

Asimismo, Sila aprendió que sin importar la fidelidad que pudieran tener las tropas para con su cónsul, pocas cosas eran tan peligrosas para este que tener a sus legiones inactivas y con la moral por el suelo: las promesas de botines, los trabajos de ingeniería y las amenazas fueron las tres cimientos sobre los cuales Sila mantuvo listos a sus veteranos para combatir contra el enemigo, y no contra él mismo.²⁰⁶

No obstante, la reconquista de Atenas no solucionaba sino el problema principal -pero no único- de la guerra en la Hélade contra Mitrídates. Así, Sila se apresuró a aprontar a sus hombres al combate en el llano, contra los refuerzos póntricos que se acercaban a salvar a Atenas de las manos romanas. La batalla tuvo lugar en la llanura de Queronea, en el 86. Taxiles y Arquelao comandaban la cifra de más de cien mil hombres y noventa carros de guerra, superando en casi el triple a las fuerzas silanas.²⁰⁷

Tamaño diferencia de recursos no debe, sin embargo, engañarnos, incluso de creer en la fidelidad de las *memorias* de Sila: las tropas pónicas, si bien superiores en número, eran originarias de distintos contingentes regionales y mercenarios, constituyendo así un grupo a la vez numeroso y heterogéneo, haciéndolo muy difícil de manipular.

²⁰⁴ Wulff Alonso insiste acerca de que la carnicería atribuida a Sila en casi todos los ambientes en que participó se puede explicar por razones coyunturales o de costumbre general. En el caso de las prácticas republicanas de la época de Sila, expresa que "si Sila es un monstruo, es un monstruo fruto de la razón de una república oligárquica y cargada de agresividad" WULFF ALONSO, FERNANDO, *Roma e Italia de la guerra social a la retirada de Sila (90-79 a.C.)*. Bruselas, Latomus, 2002, p. 109

²⁰⁵ Aparentemente había contraído sarna, enfermedad que había destrozado su piel. Además, es justo considerar los variados sinsabores de este asedio en particular, no citados en este trabajo por considerarlos superfluos a la tesis original.

²⁰⁶ Demostrando, al igual que Mario con su férrea disciplina militar, una clara comprensión de aquel principio por el cual no hay nada más peligroso que un ejército aburrido y descontento. Así, se suma otro conocimiento de la antigüedad olvidado con el tiempo y redescubierto en la modernidad y contemporaneidad -al igual que la esfericidad de la Tierra o el heliocentrismo- muy a pesar de los contratiempos generados por tal olvido.

Por otra parte, las legiones de Sila estaban impulsadas por muy concretos intereses, además de estar mucho entrenadas para el tipo de batalla que se iba a desarrollar, y de ser veteranas. Asimismo, el reducido número de estas podía jugar a favor en cuestiones de maniobrabilidad.²⁰⁸

En cuanto a Sila se trataba, sus conocimientos de ingeniería -antes utilizados para el asedio ateniense- ahora sirvieron para la construcción de bloques (trincheras y empalizadas) al posible flanqueo de las numerosas fuerzas pónicas. De la misma manera, el uso de la “artillería” (balistas y escorpiones, principalmente) decidió el curso de la batalla a favor de las tropas romanas, quienes hicieron valer la disciplina y experiencia en su clásica formación cerrada, compacta y a la vez flexible.

(Los efectos del terror en los contingentes orientales ante la inminente pérdida de una batalla son bien conocidos. A la esperable retirada masiva y desordenada del centro –generalmente causada por la caída de uno de los flancos- siempre se sumaba el encarnizamiento en la persecución del estrechado contrincante, deseoso ahora de revancha. Todo esto generalmente traía como consecuencia la casi completa aniquilación del perdedor, y esto sucedió con los comandados por Taxiles y Arquelao.)

Lo cierto fue que, a pesar de los números previos para nada alentadores, Sila salía victorioso de un problema mayor, basándose en su propio ingenio y sentando una diferencia en cuanto a su etapa como militar de la guerra social, quizás más desprolija.

No obstante, Mitrídates volvería a atacar: la batalla de Orcómeno en el 85, paralela con la realidad política romana (que habría de alcanzar a este mismísimo campo de batalla, en la Hélade), es una muestra clara de esta tendencia.

Habiéndose Cina establecido firmemente en el poder en Roma y secundado por Mario, envió a su colega consular Lucio Valerio Flaco con dos legiones para intervenir en la guerra contra Mitrídates, aunque sin atacar ni ayudar a Sila, pretendiendo de este modo desautorizar a Sila, esto como representante de las legiones romanas en la zona y tratar de sacar tajada de sus éxitos militares.

De todos modos, las intenciones de Cina detrás de este movimiento no vienen al caso, aunque sí sus efectos consecuentes: Sila aprovechó la cercanía de sus comandados con los de Flaco para hacer que ambas tropas confraternizaran, logrando así engrosar

²⁰⁷ Ídem, p. 351.

²⁰⁸ Cuestiones que, por otra parte, habían hecho de la legión la mejor innovación militar de la época.

las propias con las deserciones del cónsul. Este se alejó hasta el Helesponto para combatir desde allí a Mitrídates.

De este modo, Sila se preparó para enfrentarse nuevamente contra los contingentes póntricos en Orcómeno, zona pantanosa que dificultaba el despliegue de grandes números y de unidades pesadas, como los carros. Las medidas tomadas por Sila para reducir aún más el efecto numérico de ciento cincuenta mil hombres al servicio de Arquelao fueron similares a las empleadas en Queronea: empalizadas y trincheras que ahora se estrechaban sobre el campamento enemigo, relativizando su número.²⁰⁹

Nuevamente la victoria fue para Sila y esta sería la última batalla campal librada contra un contingente reunido por Mitrídates. Paralelamente a esto, Flaco era asesinado por Cayo Flavio Fimbria –un subalterno suyo- quién además tomaba el mando del remanente de sus dos legiones.

La política de Fimbria (cruel, para las fuentes) para con los habitantes que habían apoyado a Mitrídates le generó a aquel impopularidad, así como cierta rigidez para conducir sus tropas le granjeó el mismo sentimiento por parte de estas. Sila supo aprovechar ambos rasgos a su favor, recalcando su enemistad para con la mano que movía indirectamente a Fimbria desde Roma –Cina y Mario- y diferenciándose de él.

Cuando la guerra era ya demasiado larga para los intereses de los beligerantes, un acuerdo asomó como posible solución. Así, en el 85 tuvo lugar una reunión entre Sila y Mitrídates para tratar un proyecto de paz. El acuerdo resultante de dicha reunión (la paz de Dárdanos) era ampliamente favorable para el rey pónico, del cual sólo se requería que reestableciese los límites territoriales hasta antes de su agresión, además de un pago en metálico y barcos para Roma, representada por Sila.²¹⁰

Con Mitrídates fuera del camino, Sila tenía vía libre para actuar contra Fimbria, quién de creer a las fuentes se suicidó al conocer la crueldad de la *vendetta* de Sila para los enemigos que vencía.²¹¹ Sus tropas pasaron a engrosar a las veteranas legiones silanas, junto con los otros efectivos extranjeros, como ingenieros y auxiliares.

Asimismo, debemos hacer hincapié en la actitud de Sila para sus enemigos, esto durante el período de guerras exteriores de su carrera. Dicha tendencia fue llamativa y merece atención: durante el asedio a Atenas, los sitiados ofrecieron una paz que ponía

²⁰⁹ Ídem, p. 352.

²¹⁰ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit., p. 489.

²¹¹ PLUTARCO, op. cit., p. 353 y APIANO, op. cit., p. 88.

en cierta forma en igualdad a ambos contrincantes. A ello, Sila contestó que él estaba allí tan solo para “*sujetar unos rebeldes*”.²¹²

De esta manera, quedaba demostrado que Sila se sabía representante legítimo de Roma, al cual servía a aplastar la sublevación de sus conquistados. Podría esgrimirse en contra de esta teoría la paz con Mitrídates: manejada a su propio favor por Sila, esta no se mostraba como la mejor alternativa para la urbe: bastará señalar la urgencia de legitimar el nombre de Sila con la reconquista de Roma para comprender la diferencia de prioridades -no necesariamente personales- en la agenda de Sila.²¹³

Lo cierto es que –una vez eliminado el enemigo exterior, legitimado el propio nombre con la victoria militar incuestionablemente propia y saciadas las legiones de la misma manera- la vuelta a Roma se hacía imprescindible. Esta urgencia se comprendía tanto para recuperar el apoyo de una oligarquía expectante, cómo para no perder el de los propios legionarios, quizás hastiados por una guerra que se hacía larga.

Mientras tanto, en Roma, Sila había sido condenado a muerte y sus propiedades fueron confiscadas, al tiempo que su familia fue perseguida hasta el exilio. Su *dignitas* había sido ofendida, y Sila -cualquiera con parientes peninsulares puede dar fe- no olvidaría fácilmente esta afrenta: tanto su carácter personal, como la cultura a la que pertenecía no se lo permitirían.

Sin embargo -como ya se señaló-, Sila dedicó su tiempo a descansar de la campaña mitridática en la Hélade y reorganizar las provincias recuperadas para Roma. Al mismo tiempo, comenzó a compartir correspondencia con personalidades representativas del poder político romano, avisando sus intenciones para con sus enemigos y tanteando el terreno para su retorno²¹⁴; mientras al mismo tiempo preparaba

²¹² PLUTARCO, op. cit., p 338.

²¹³ La prioridad era, sin importar la agenda, recuperar el centro de verdadero poder romano –su capital– sin importar la guerra exterior, que seguramente aparecía como un escollo.

²¹⁴ "Enumerando cuántos hechos había realizado, en África, cuando todavía era cuestor, frente al nómada Yugurta; como legado, en la guerra de los cimbrios, como gobernador, en Cilicia; en la Guerra Social, y como cónsul. Destacó, en especial, la reciente guerra contra Mitrídates, y les nombró los numerosos pueblos que, estando en poder de Mitrídates, había recuperado para los romanos, y en nada puso mayor énfasis que en haber acogido en su desvalimiento y haberles aliviado en su aflicción a los que, expulsados de Roma por Cina, habían buscado refugio a su lado. Por estos motivos, dijo que sus adversarios le habían declarado enemigo público, habían devastado hasta los cimientos de su casa, habían asesinado a sus amigos y, a duras penas, su mujer y sus hijos habían logrado escapar junto a él. Sin embargo, vendría de inmediato como vengador de todos estos y de la ciudad entera, contra los culpables; al resto de los ciudadanos y a aquellos nuevos les anticipó que no les haría en absoluto ningún reproche." APIANO, op. cit., p. 77.

sus legiones para la vuelta a la urbe. El cónsul había probado su valía en el campo de batalla y ahora regresaba a vengar las afrentas recibidas.

La cuestión política –vasta en temas e intereses- era, en ese momento, complementaria con esta obligación personal de ajusticiamiento de sus enemigos, y la reforma de la “constitución” romana –parte de esta cuestión- una vez más estaba apadrinada por los mismos miembros de la oligarquía senatorial. Sila necesitaba de ellos, tanto para lograr su propósito inmediato de vengar los ultrajes sufridos por su familia y aliados, cómo para cumplir su deseo mediato –que ya casi terminaba de concretarse en la mente de Sila- de quedar en la historia de los romanos como el pacificador de las luchas civiles.

La solución a estos problemas –clara en su mente militar y práctica- era la de dominar la escena política por la fuerza, sin arbitrios legales ni religiosos, y dependiendo lo menos posible de otras personas o instituciones. Las propuestas concretas, carentes de la originalidad de esta primera parte, respondían generalmente a los deseos restauracionistas que habían definido desde hacía tiempo a la oligarquía senatorial, y por este anacronismo estaban destinadas a perdurar el tiempo que Sila las pudiera sostener con sus legiones.

Estas medidas –aprobadas por Sila- fueron tildadas por la historiografía cómo un estéril esfuerzo de volver el tiempo atrás, pero no debemos confundir a sus creadores con Sila, quién a nuestro juicio simplemente se limitó a aceptarlas por carecer de una mejor propuesta: sus ambiciones respondían a otra esfera de interés, más personal.

No obstante esta hipótesis, debemos hacer una revisión de dichas reformas. Pero antes de alcanzar este punto –el esencial, creemos- debemos detallar brevemente la vuelta de Sila a Roma, y las condiciones al momento de su victoria final. El carácter sismático de este evento queda resumido en la posterior frase pompeyana: “*Sulla potuit...*”²¹⁵.

Así, luego de este aparente receso en las actividades, Sila se dispuso a desembarcar en Italia para llevar a cabo el programa de reformas arriba descripto. Las condiciones para el retorno estaban dadas desde hacía ya un tiempo, y el discurso

²¹⁵ La frase, atribuida a Pompeyo Magno, es así completa: *Sulla potuit, ego non potero?* o “*Si Sila pudo, ¿yo no puedo?*”. Pompeyo la enunció cuando se dirigía a Oriente para retomar Roma desde allí, siguiendo el ejemplo silano. Así, demostraría fehacientemente la idea generalmente aceptada de que, en la propaganda política, Pompeyo se apadrinó bajo la imagen de Sila para contrapesar la reputación basada en Mario que ostentaba César. Además, citamos esta frase por la manera en que expresa la importancia de la empresa silana en contra de Roma para la posteridad, y cómo, en palabras de Gabba y Laffi, la victoria de César pudo a su vez eclipsar en un velo de crueldad y misterio a la figura de Sila –asociada al perdedor- y rescatar a la de Mario –emparentada con el ganador-.

político oficial de Sila fue una vez más el de librar a la República de la tiranía de unos pocos.²¹⁶

Había dejado en oriente una situación precariamente equilibrada, aunque lo suficientemente estable para sus propósitos personales. Además, sus arcas estaban ahora enriquecidas gracias a la suma percibida en la paz con Mitrídates, y sus legionarios le eran más fieles que nunca, a causa del liderazgo demostrado por este en la adversidad, así como por el cierto enriquecimiento percibido por aquellos, gracias a los botines de guerra.

Mientras tanto, en África, Quinto Cecilio Metelo Pío había sublevado a la población local en contra del régimen popular que Cina lideraba en Roma: la muerte de Mario en el 86 –cuando ejercía su *séptimo* consulado- había sacudido los soportes de legitimidad del régimen para el que Mario era esencial, muy a pesar de las conocidas rencillas entre Cina y este.

También Marco Licinio Craso –aún sin ostentar su fortuna- se dedicó desde Hispania, en esos años en los que Sila preparaba su retorno, al reclutamiento de soldados, entre sus clientes de la provincia occidental.

En este estado de las cosas, Sila desembarcó en Brindisi en el 83: el régimen que debía derrocar –si cabe el término- tambaleaba, y los moderados de la política romana (después de muchos titubeos bien conocidos por las fuentes) vieron en el vencedor de Mitrídates la única opción viable a la que apostar políticamente, si es que querían conservar sus prerrogativas.

Ni bien hubo tocado tierra firme, la propuesta de un advenedizo Pompeyo –más adelante conocido como “el grande”- hubo de demostrar tanto la debilidad del régimen cinano, cómo la creciente popularidad del de Sila: puso a disposición de este sus legiones personales (reclutadas de su zona de influencia, en el Piceno). Así, las señales de la popularidad de Sila eran, a la vez, las de la decadencia del régimen de Cina.

No obstante el cónsul de la República debía emprender la defensa: asistido por el poder simbólico de una alianza con el hijo de Mario, daban forma a los preparativos para resistir la anunciada venganza del Sila.

Por otro lado, la marcha de Sila en Italia no sufrió casi resistencia: a pesar de haber efectivos de la República listos para enfrentarlo, muchas de estas legiones sufrieron deserciones que fueron a engrosar las filas silanas. Además, una llamativa

²¹⁶ APIANO, op. cit., p. 93.

incongruencia operativa de aquellas que permanecían fieles vino a sumar otro factor de inoperancia frente a la marcha del vencedor de Mitrídates.²¹⁷

Parecía que fuerzas poderosas estaban a favor de Sila, y la muerte de Cina – atacado por tropas propias, sublevadas en Ancona- parecía confirmar esta posible visión: Sila se erigía ahora cómo el único personaje lo suficientemente poderoso en aliados y fuerzas militares como para tomar las riendas de la República, y casi sin oposición. De esta manera, aquello que antes había sido una pugna entre personajes poderosos por el control de Roma, ahora era simplemente la supremacía de Sila frente a sus enemigos políticos, quienes no encontraban una fuerza de cohesión lo suficientemente fuerte como para oponérsele.

Con los cabecillas enemigos de Sila muertos y el grueso de los indecisos girando hacia el bando silano, la toma de Roma por parte de Sila se redujo casi exclusivamente a un simple ejercicio de asentarse en el poder, mientras que se depuraba al ambiente político de los enemigos declarados que aún no estuviesen en el exilio.

Así, sustentado en el poder con aquella suerte de simbiosis política entre él mismo y la facción senatorial mencionada, Sila innovó sin quererlo al ser el primero (después de mucho tiempo) en encontrarse con la hegemonía política casi absoluta en Roma. Esto –sumado a confluencias de intereses con sus aliados- le permitió llevar a cabo medidas radicales de purga política de los elementos enemigos de *ambos*.

Dichas purgas –elemento relativamente nuevo, si se exceptúan las persecuciones cinanas- estaban casi ausentes en la historia romana anterior a los hechos, por la simple razón de que ninguna de las antiguas facciones se había hallado en la situación de hegemonía política en que Sila y los suyos se hallaban en este momento.

Entonces, podría afirmarse que Sila pasó a representar una culminación y síntesis radical de una forma de hacer política por parte de los romanos, denominada a futuro como *crudelitas*²¹⁸ y caracterizada principalmente por la violencia e intención exterminadora de los enemigos, fuera esto por razones políticas, personales o del más diverso origen.

Así, se comprende la aparición de un elemento institucionalizado de purga como fueron las proscripciones –elemento cristizador de esta tendencia-, las cuales respondían a décadas –y hasta siglos- de revanchismos y rencores aún vigentes entre las diversas facciones en pugna. La sistematicidad de estas purgas, así como la pasión con

²¹⁷ Es común ver en los relatos de la época que varias legiones cinanas desertaron en favor de Sila.

²¹⁸ GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, op. cit., p. 78.

que se implementaron, podrían explicarse desde esta lógica: de creer a las fuentes, Catilina -que tiempo más tarde se haría famoso por su conspiración contra Cicerón y la República- tuvo en la época de las proscripciones silanas el reconocimiento de entregar la cabeza de su propio hermano a Sila, para congraciarse con este.²¹⁹ De este modo se mostraba también con otros episodios de calaña similar –insistentemente señalados en las fuentes- el estado que había alcanzado la lucha de intereses en la República.

El ejemplo citado de Catilina, sumado a los demás –que ocurrían en toda Italia- demostraron lo antes explicado: las proscripciones de Sila representaban en cierta forma no sólo al triunfo de una de las facciones contendientes, sino también una forma de revanchismo (impulsado ahora desde el poder), capaz de destruir las estructuras legales y tradicionales –hasta familiares- de la cultura romana de ese tiempo.

Asimismo, el verdadero terremoto que significó la entrada de Sila en Roma quedó evidenciado con el carácter cismático que se le otorgó en la posteridad, incluso a pesar del filtro antisilano que la propaganda cesariana dio al período y al personaje.²²⁰ Dicha aclaración resulta entonces central a la hora de analizarlos.

La situación de Roma –una República con una política exterior agresiva, la cual la hacía enemiga de varios- había dejado de ser precaria para pasar a ser caótica. Casi cómo si hiciera caso a la *anaciclosis* polibiana, la época de estos disturbios -de la guerra civil romana- estuvo signada por el asesinato de magistrados sacrosantos, la omisión conciente de preceptos legales tradicionales y hasta una guerra entre italianos. Dicho estado de las cosas llegó a su fin con la solución violenta de Sila, quién se había encontrado en este papel de restaurador por una conjunción de ambiciones personales, intereses aliados y coyuntura de política, tanto interior como exterior.

Así, las proscripciones -emitidas en tandas más o menos regulares- pretendían ser la primera medida de esta pacificación programática, impulsada por algunos elementos de los aliados políticos de Sila, y hasta por sus propios deseos personales. Baste ver las inmediatas consecuencias de dichas proscripciones –expropiación y redistribución nepotista de bienes, condena a hijos y nietos de los proscriptos- para ver la mano de los aliados de Sila en dichas medidas, aunque también la de él mismo. Sin embargo, dicha colaboración se diluye cuando hablamos de la persecución de los enemigos públicos de Sila y su régimen –los mismos que habían violado la *dignitas*

²¹⁹ APIANO, op. cit., p. 97.

²²⁰ Así, Sila representó y representa para aquellos que estudian su imagen –incluyéndonos- un eje

personal de este-, medida que puede atribuírsele casi exclusivamente a Sila, sin dejar lugar a dudas.

Una vez consolidada la facción victoriosa en el poder, se manifestaba como cierto que Sila y sus aliados se sabían mutuamente necesarios para gobernar. No obstante esta alianza algo forzada, la solución de un Principado –si bien embrionaria en el pensamiento romano del momento- se mostraba ya en el ámbito práctico de hombres públicos como Sila (y posiblemente Mario y Cina antes que él) como una respuesta singular para arrancar de raíz los problemas generados por el complicado sistema de pesos y contrapesos institucionales de la República. Así, podría haberse otorgado a dichos resortes legales la responsabilidad por la lucha de facciones, factor pauperizante de la vida política romana. De esta forma, se mostraba la oscilación y desequilibrio ya planteados entre teoría y praxis política que esto evidenciaba.

Adherimos, entonces, a la idea generalmente aceptada de que la solución de Sila –cristalizada en su constitución- demostraría teóricamente la reforma ideal de un *optimate* romano para paliar la crisis de la República.²²¹ No creemos, sin embargo, que esta característica solución fuera como fue porque Sila la hubiese propuesto en su totalidad, sino porque sus aliados –inmersos en su pensamiento reformista y a la vez conservador- así la concibieron²²². Así, al buen militar que era Sila no le interesarían estos resortes legales: el verdadero poder, en su opinión, seguramente se basaba en que tenía más apoyo “popular”²²³ y soldados que los demás.

No obstante, la experiencia previa de aventureros en la política romana -y su posterior debacle- incitaban a Sila a una conciliación con alguna de las facciones de la oligarquía, esto para no acabar como aquellos con su propia carrera y vida. Necesitaba asimismo de su legitimidad para lograr que esta ambición de gloria y de poder -forjada en su adultez y en el calor de la guerra civil romana- lograra superar al suspiro que habían significado los esfuerzos de sus antecesores –los Graco, Druso y hasta Mario- al frente de la República.

Por ello es que consintió, a nuestro juicio, en la aplicación del grueso del cuerpo constitucional que en la posteridad se le adjudicaría exclusivamente a él, pero que a nuestro entender fue en esencia obra de sus aliados políticos: la *constitución silana*, que

importantísimo de la historia de Roma y hasta de la cultura occidental.

²²¹ ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, op. cit., p. 435.

²²² Baste recordar, por ejemplo, las experiencias drusiana y sulpicianas, casi calcos de esta.

²²³ Aparentemente un verdadero pilar del caudal político silano, ganado por el intenso esfuerzo

a los ojos de los contemporáneos seguramente era la única forma posible de solucionar los problemas republicanos.

RES PUBLICA RESTITUTA: LA REFORMA

La responsabilidad de la oligarquía - Legalidad de la dictadura silana - El papel de las comitia centuriata y del Senado - Estilo político de Sila - Fragilidad y primeros signos de crisis del régimen

Que Sila no haya constituido el grueso de su reforma resulta indistinto a la hora de tener que dilucidar el origen de cada medida en particular. Este aspecto resulta significativo para el abordaje del tema puntual de esta investigación, esto es el de Sila como persona política y cultural en el contexto de la guerra civil romana, y sus motivaciones más íntimas. Por ello debemos aproximarnos a la reforma en cuestión, cuyo núcleo principal fue impuesto a partir del 82, aunque varias de sus características habían aparecido ya en el 88.²²⁴

La batalla de la Porta Collina en el 82 –con los riesgos sufridos por parte de las legiones silanas, que estuvieron a punto de retirarse²²⁵- dio a Sila la victoria militar que le permitió hacerse del control de Roma. Los cónsules en ejercicio (Cneo Papirio Carbón y Mario el Joven, hijo de Mario) no podían ejercer sus magistraturas: el primero estaba exiliado en África, el segundo se había suicidado en el asedio silano de Preneste²²⁶.

Así, Sila se encontraba frente a una problemática legal que en un pasado cercano podría detener de cuajo la carrera de cualquier hombre de política: no había forma de salvar las irregularidades constitucionales que se habían suscitado con la toma del poder, sin incluir el nombramiento de un *interrex*. Esta función la cumplió Lucio Valerio Flaco, quién fue así instituido por el Senado.

Sila mismo, quien en esta situación de irregularidad a lo sumo podía ostentar un rango proconsular –algo eclipsado por la condena de enemigo de la República que pesaba sobre su cabeza- se ofreció en carta (ya citada) a Flaco como el mejor postor para el ejercicio de una *dictadura* de tiempo indeterminado, habilitada para la restauración de la República que la guerra civil había destruido.

La evocación por parte de Sila de una magistratura que estaba en desuso hacía más de un siglo –así como el ilegal procedimiento en que fue obtenido dicho honor- demuestran nuevamente en Sila un llamativo pragmatismo a la hora de lograr sus objetivos, intentando respetar lo más posible la tradición constitucional romana para

²²⁴ El acercarse de Sila a los dirigentes itálicos es una de ellas.

²²⁵ APIANO, op. cit., p. 94.

²²⁶ GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, op. cit., p. 33.

legitimar el nuevo orden del que él y sus legiones eran garantes. Nada mejor que el pasado para justificar el presente.

El nombramiento de Sila como dictador por parte del *interrex* –con todas las prerrogativas que este pedía- fue sin duda una maniobra completamente distinta a los procedimientos empleados con anterioridad para el mismo suceso. Ya desde el mismo inicio de esta se manifestaba su irregularidad: la falta de cónsules hacía imposible un primer requisito, aunque esto no implicaría ilegalidad: bastaba recordar al *Cunctator* de la guerra contra Aníbal, nombrado con métodos similares.

Sin embargo, la decisión que entonces recaería en el Senado fue tomada por el *interrex* y avalada por las *comitia centuriata*. Varios autores dedican en sus trabajos extensos apartados para explicar los entresijos legales aquí resumidos. En nuestra opinión, esto resulta en un esfuerzo de dudosa utilidad: que la toma del poder de Sila era una farsa legal quedaba demostrado desde el momento en que este conquistó Roma por la fuerza, y toda medida posterior sería casi exclusivamente de legitimación del nuevo e indiscutible régimen, y consecuentemente ilegal.

Los artilugios legales consecuentes podrían tomar apariencia de legalidad o no, pero la acción que los cimentaba era decididamente turbia y percibida del mismo modo.

De esta manera, Sila se legitimó trayendo a colación una institución cubierta por el polvo del tiempo, que más o menos se ajustaba a sus necesidades y que, instaurada mediante consenso de las partes –con mayor o menor libertad de aceptar este consenso, según de quién se tratase- cristalizó en una maniobra de ilegalidad evidente y generalmente aceptada.

Así y todo, aunque la medida en cuestión aún se veía legal y en el fondo no lo era, resultó en una innovación para el estado de las cosas que, en su momento, a nadie le importó demasiado: las legiones de Sila y la virtualmente eterna crisis de la República podrían ser los factores disuasivos para la expresión de cualquier descontento u oposición. Por otra parte, se ha insistido en el carácter no escrito y consuetudinario de la “constitución” romana, basada en la tradición. Extremando esta postura, ni siquiera el mismo Sila habría sido conciente de la ilegalidad de sus actos, al justificarlos con la necesidad del momento, o incluso con sus propios derechos de vencedor.

No obstante, nos resulta cierto que posiblemente aquello que menos importaba a los personajes en acción era la legalidad de sus actos, salvo que fuera para legitimar el

nuevo orden y hacerlo duradero en el tiempo: la inquietud de los romanos pasaría por la búsqueda de una perdida estabilidad. Así, y a pesar de que dicho orden estaba ciertamente destinado a fracasar por su carácter anacrónico, no sucedió lo mismo con estas medidas radicales y de cierta amplitud interpretativa, las cuales fueron también tomadas en otras situaciones similares por personajes mejor conservados en el imaginario general.²²⁷

Una vez más, Sila sentaba las bases de la práctica política de los próximos siglos de Roma, pintando una base color rojo sangre sobre la cual esta debería ser escrita.

Instaurado el nuevo gobierno, sus medidas no tardaron en aparecer: las proscripciones, tema ya tratado, fueron las primeras de estas, declaradas por tandas más o menos regulares y sumiendo a toda Italia en su efecto. Además, las consecuentes expropiaciones de bienes generaron nuevas fortunas entre los seguidores silanos -entre las que cabe destacar la de Craso, que llegó a ser mítica, como la de Crespo- perpetuando así la alianza entre la timocracia y la aristocracia senatorial romanas -la *nobilitas*-, aunque ciertamente depurada de elementos enemigos al nuevo régimen, garante de ambas.

Desde este panorama, no resulta tampoco descabellado que la dictadura de Sila hubiera sido reafirmada por las *comitia centuriata*, ordenadas de manera que aquellos que ostentaran mayor fortuna prevalecieran a la hora del sufragio.²²⁸

Así, se constituiría un nuevo aspecto de alianza entre la oligarquía -no ya una facción exclusiva, dado que las enemigas de la principal habían sido destruidas- y Sila, muy especialmente con el sector acaudalado de aquella, derribando el mito “anti-ecuestre” que Sila siempre supo ostentar en la historiografía.²²⁹

Por otra parte, es normal que estos temas -el de las proscripciones, expropiaciones, enañamiento personal y revanchismos- resulten especialmente espinosos para el estudio. Esto resulta claro en el caso de los autores latinos, algunos de los cuales ostentan en su historia nacional un pasado florido en aquellos aspectos.

²²⁷ Baste recordar las ejecuciones sin juicio previo de Cicerón en plena revuelta catilinaria.

²²⁸ Así como Sila hubo de devolver el favor al robustecer el poder de dichas asambleas.

²²⁹ De la misma opinión es Laffi, quién dice que las medidas de Sila no se dirigían especialmente contra el orden ecuestre en tanto que tal, sino contra algunos de sus miembros en tanto que enemigos del régimen. Así, no resulta tan extraña la idea de que si bien muchos de los proscriptos eran del orden ecuestre, también varios senadores supieron compartir el mismo destino. (LAFFI, UMBERTO, op. cit., parte II.) Asimismo, el famoso ordenamiento de Asia menor y la Hélade que Sila realizó antes de arribar a Roma -seguramente restaurando a los publicanos afines a sí mismo en su puesto anterior a la guerra mitridática- podría haberle significado otro gesto de acercamiento al orden en cuestión.

Pareciera que, para Sila -y quizás para sus aliados-, el precio a pagar por estas medidas -radicales, pero no frutos de un acceso de ira o de una premeditada *vendetta* exclusivamente, sino copiadas de costumbres orientales en general²³⁰ y de Mitrídates en particular- era bajo, cuando de restaurar la República a una utopía "pasada-futura" se trataba. Dicha tendencia se incrementaría al señalar que de esto dependía el recuerdo del nombre de Sila para la posteridad.

Baste ver el testimonio de las fuentes –que relatan el momento previo a la promulgación de la ley silana de proscripciones- para comprobar esto:

“Sila en persona, habiendo convocado en asamblea a los romanos, dijo muchas cosas en tono grandilocuente sobre sí mismo, profirió otras en son de amenaza para atemorizarlos y terminó diciendo que llevaría al pueblo a un cambio provechoso si le obedecían, pero que no libraría a ninguno de sus enemigos del peor castigo. [Luego] proscribió con la pena de muerte a cuarenta senadores y a unos mil setecientos caballeros.”²³¹

Quedan claros varios aspectos a resaltar: Sila se dirige al pueblo romano como si de sus legiones se tratara, habla muy bien de sí mismo, promete beneficios si lo siguen y venganza si alguien se le interpone en el camino; *se hace cómo Sila dice, o no se hace*. Llamativo recurso, seguramente empleado por este con sus tropas vacilantes en la tribulación de sus guerras, y ahora utilizado con los romanos para demostrarles cuánto lo necesitaban.

Las leyes de la “constitución” silana, sancionadas en corto espacio de tiempo, son demostrativas de la racionalidad con que se pensaron y planearon. El fortalecimiento de la facción senatorial aliada a Sila –que después de las purgas estaba prácticamente representada en el Senado mismo- era esperable: la virtual destrucción del tribunado de la plebe (al quitarle sus atribuciones más poderosas e influyentes, cómo

²³⁰ NICOLET, CLAUDE, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-27 a.C.): 1, Las estructuras de la Italia romana*, Barcelona, Labor, 1982, p. 354.

²³¹ APIANO, op. cit., p. 95.

el derecho a veto²³²) y el robustecimiento del Senado (entre otras medidas, al incrementar su número al doble²³³) fueron las dos aristas principales sobre las cuales descansó esta tendencia.

También estuvieron entre este intento reformista las distintas medidas en contra del monopolio ecuestre de los tribunales de justicia²³⁴, la legislación provincial (para evitar una nueva intentona de un procónsul que quisiera emular a Sila en sus ambiciones, pero no en sus aliados)²³⁵, las leyes de retorno a la moral de la oligarquía (suntuarias, por ejemplo²³⁶) y la supresión de los repartos de trigo²³⁷ (evitando así la popularidad de algún posible advenedizo con dinero y ambiciones muy concretas).

De esta manera, otorgando el poder al nuevo Senado -constituido en número de seiscientos, por *optimates* y miembros del orden ecuestre de toda Italia- Sila equilibró además la pérdida de los tribunales de justicia por parte de estos con el nombramiento de algunos para el Senado. Así, Sila se aseguraba la amistad de los recientemente subyugados itálicos, aunaba en los mismos intereses a los *optimates* con estos y algunos *equites* encumbrados, evitaba el surgimiento de elementos perturbadores del orden en las provincias y *restauraba* la República, la cual iría a ingresar en una naciente era de paz y estabilida, libre de las contradicciones internas en las que se hallaba sumida hasta ese entonces.

Como se dijo, la solución para lograr dichos objetivos –introducida por Sila en Roma por primera vez- fue la aniquilación de los adversarios.

²³² El tribunado de la plebe, magistratura polémica si la había, fue recortada de tal manera que no fuera objeto de deseo de ninguna personalidad de aspiraciones revolucionarias o personales: el *cursus honorum* automáticamente finalizaba para aquel que la ostentase y muchas de sus atribuciones –el derecho a veto mencionado, por ejemplo- fueron eliminadas hasta llevar a la magistratura a un estado embionario de llamativa e intencional anacronicidad.

²³³ Integrandolo entre sus nuevos miembros –motivo principal de dicho ensanchamiento de los números- a la elite timocrática más influyente y poderosa de toda Italia. Llama especialmente la atención la similitud entre esta reforma y el intento drusiano de tiempo atrás, que acabó con su muerte: aquello que antes la oligarquía no estaba dispuesta a aceptar, después de la dudosa victoria política que significó la guerra social –y el precario equilibrio que llevó al tribunado sulpiciano y el golpe de Sila- se había vuelto una opción no tan desagradable.

²³⁴ Quienes, desde esta plataforma de poder "judicial", mantenían cierto control sobre la política romana al usar y abusar de juicios políticos contra miembros encumbrados (Sila mismo sufrió uno de ellos, al igual que varios en su familia).

²³⁵ Estableciendo, entre otros puntos, que debían reclutarse legiones por un determinado período de tiempo, para luego disolverlas.

²³⁶ Evitando de esta manera el manoseo constante de preceptos religiosos por cuestiones políticas, o bien permitiendo que sólo los suyos emplearan dicho método.

²³⁷ Con esta ley, Sila seguramente pretendía establecer nuevas reglas de juego, garantizadas desde su poder militar, para la política romana. De cualquier modo, no pasaría mucho tiempo para que se evitasen dichos movimientos demagógicos –a través de la celebración de juegos a nombre propio, por ejemplo-, o directamente se volviese tibiamente a dichas prácticas de regalo de granos.

Sin embargo, cuando hablan de sus reformas, muchos autores acusan cierta tendencia, acusándolo de crear por sí solo y con una visión anacrónica esta nueva legislación, y además enrostrándole una cierta falta de visión a la hora de hacer una reforma de tal fragilidad. No obstante, a los ojos de Sila –quién vivió la historia, sin saber su desenlace- y de sus aliados –creadores de la esencia de estas medidas, embebidos como estaban en su teoría política, ya descripta- la solución propuesta (con todas las posibles fallas que pudiera tener) era la única viable para la delicada coyuntura en que vivían.

Así, la violencia empleada era simplemente una casi necesaria consecuencia de la verdadera escalada de agresiones que había tenido lugar en la política romana hasta ese entonces, y que buscó solucionarse –una vez más- con un exceso de aquella. Recordemos, en palabras ajenas, que "*un romano soluciona las cosas a martillazos, y si esto no funciona, busca un martillo más grande*"²³⁸.

El desengaño, sin embargo, no tardaría en llegar: acontecimientos de distinto tipo (un ejemplo fue la insubordinación por parte de un veterano silano, Lucrecio Ofelia, conquistador de Preneste) demostraron a Sila y a los demás actores de la política romana que la solución impuesta por la alianza gobernante no podría durar. Ofelia, pretendiendo presentarse como candidato para un consulado, fue directamente en contra de los deseos de Sila al presentarse igualmente: la insubordinación de un hombre del régimen era una de las más graves situaciones posibles, más teniendo en cuenta la naturaleza clientelar de este para sus garantes, los veteranos.

Para evitar el una pérdida de control de la situación, Sila mandó a apuñalar a su veterano frente al resto de los suyos, como pretendiendo disuadir otros intentos similares, demostrando la debilidad del nuevo orden. Asimismo, la revuelta de Sertorio -antiguo opositor al régimen- insistía con esta idea de endeblez. Para solucionar este problema, Pompeyo –ya apodado “magno” por el mismísimo Sila- fue enviado a batallar contra dicha sublevación, difícil de controlar por cuestiones logísticas y geográficas.²³⁹

Estas eran las falencias más visibles de un sistema precario, impuesto casi exclusivamente gracias a la unión de la fuerza de las legiones vencedoras, la cintura política de Sila y los aliados senatoriales de este. La solución impuesta perdería entonces su sentido, dada su clara endeblez. Como se explicó, a pesar de estos

²³⁸ GOLDWORTHY, ALAN, *The fall of Carthage: the punic wars*, Cassell, 2003.

²³⁹ De hecho no fue subyugada durante el período silano.

problemas (posiblemente esperados) para los aliados de Sila era la forma más viable de poner orden en el caos republicano, esto es extinguiendo el fuego al avivarlo a su máxima expresión.

Para Sila mismo tampoco podía ser de otra manera:

“Sila no creía en nada y mucho menos en la posibilidad de mejorar a sus semejantes. El amor que tenía por sí mismo era tan grande que no le quedaba para ellos. Les despreciaba y estaba convencido de que la única cosa a hacer era mantenerles en orden. Por esto creó un formidable aparato policíaco y lo dejó en arriendo a la aristocracia: no porque la estimase, sino porque estaba convencido de que los otros, los populares, eran aún más despreciables y de que cada reforma suya habría empeorado las cosas.”²⁴⁰

Queda claro entonces que la alianza entre Sila y la oligarquía sobreviviente era para el primero una cuestión de necesidad y medio para sus propios fines, y no un programa restauracionista sincero. Bajo esta coyuntural unión de intereses, resultó normal que en el 81 Roma se regocijara con el triunfo ofrecido a Sila por su victoria sobre Mitrídates: los intereses del dictador y los de sus aliados se unieron una vez más en esta demostración religiosa y militar de poder político.

Además, para mostrar su propia valía y simular su espíritu restauracionista, Sila mandó a hacer una estatua ecuestre suya de bronce, y paralelamente ordenó que la escala de los monumentos y arquitectura futuros se agrandase: dos claras señales que confirmarían la ambición de Sila de engrandecerse a través de la gloria de una Roma renacida y estable.

Asimismo y posiblemente cumpliendo viejas promesas, otorgó a sus legionarios algunas de las tierras disponibles en Italia desde las proscripciones. Así, el nuevo orden político que surgía en Roma quedaba asegurado, esto gracias a la disponibilidad de sus legionarios en posibles momentos de inestabilidad.

Esta tendencia a poner los asuntos en orden quedó nuevamente cristalizada en la celebración de elecciones consulares -que, por supuesto, ganaron candidatos silanos-, intentando de este modo restaurar la normalidad legal, previa al golpe silano. Lo cierto era que, paralelamente a esta normalización de la política, la acuñación de monedas con

el perfil de Sila insistía en la personalización de la política del dictador. Como es de esperar, esta certeza ha sido un foco de debate para aquellos que defienden la idea de Sila con ambiciones de poder monárquico; aunque en realidad –siguiendo nuestra hipótesis de trabajo- demostraría el interés de Sila en ser reconocido en toda la República cómo aquel responsable de los hechos recientes, disuadiendo enemigos y construyendo una imagen gloriosa de sí mismo.²⁴¹

Con estas medidas y tendencias, Sila demostraba ser consciente de que poco se podía hacer para insistir en las políticas propuestas (las que, por otro lado, parecían ya consolidadas a pesar de ciertas anomalías).

²⁴⁰ MONTANELLI, INDRO, *Historia de Roma*, S/L, S/E, S/A.

²⁴¹ Siguiendo una costumbre típicamente oriental, extendiendo su nombre en todos sus “dominios” para legitimarse. Además, hay que añadir en este sentido el uso de los *cognomina* “Felix” y “Epafroditos” por parte de Sila, utilizando el primero entre los romanos y el segundo entre los helenos y orientales, mostrando así una especial sensibilidad hacia las tradiciones religiosas autóctonas de cada uno. Asimismo, queremos insistir una vez más en la adaptación y uso de costumbres helénicas y orientales -hemos citado varios ejemplos, como las proscripciones- por parte de Sila.

A MODO DE CONCLUSIÓN

SATISFACCIÓN Y TEDIO: EL RETIRO

Nuevas personalidades: Catilina, Cicerón, Craso, Pompeyo y César - Alcanzar la gloria personal - Regresión de las costumbres - La muerte: el funeral y las disidencias - Los sobrevivientes de la dictadura: la nueva oligarquía - Sila: cambio y permanencia; sujeto y contexto - El fracaso de Sila - Conclusión final

Las señales de la precariedad del equilibrio instaurado por el régimen silano ya fueron señaladas, a pesar de la idea de Sila y sus aliados de haber logrado cierta estabilidad. En el ambiente político romano -ya depurado de las discordias más importantes- volvía a surgir la idea de que los asuntos romanos podían atenderse perfectamente, esto sin la necesidad de ningún personaje político hegemónico.

En este sentido, hacia el 80 comenzaban a perfilarse distintas personalidades que se harían cargo del discurso político de la era posterior a Sila: Marco Licinio Craso y Cneo Pompeyo “*magno*” fueron quizás aquellos que mejor entendieron la nueva dinámica personalista que la política romana había consolidado con Sila. Mientras que Pompeyo confiaba en la fuerza de las legiones heredadas de su padre, Craso hacía lo propio con su fama y fortuna.²⁴²

No obstante, estaban dadas las condiciones para que la oligarquía sobreviviente a las purgas se engañara con la idea de que la situación estaba estabilizada, al menos lo suficiente como para recuperar el mando de ella. Ante esta idea, Sila respondía confusamente al reincidir en las prácticas típicas del tardío comienzo de su carrera política: la anécdota del primer encuentro con su última esposa, narrada por Plutarco -quién seguramente la tomó de las *memorias* silanas-, parece ser sintomática de este Sila despreocupado de los asuntos de Roma.²⁴³

Esta evidente regresión del *dictator* podría ser indicativa del “tedio silano”²⁴⁴, es decir el aburrimiento del poder y falta de interés en este. Con este desgano, Sila demostraba a la posteridad que se sabía vencedor de sus enemigos y el hombre más

²⁴² Para completar el “*triumvirato*”: César, por razones amorosas, supo enemistarse con Sila y sobrevivir a su furia. Más allá del significado “cesariano” de esta anécdota, debemos rescatar de ella lo insólito: que Sila dejó vivir a alguien que lo desafiaba abiertamente y esto bien podría ser porque no sentía un peligro real, o que se hubiera “ablandado”. Nosotros, sin embargo, creemos que poco se puede definir al respecto, más que Sila no era un monstruo irracionalmente sanguinario.

²⁴³ El moralista griego –siempre con dicha tendencia a reprobar estos actos- hace énfasis en las actividades vergonzosas que siempre tienen lugar en amores como este, impulsados por la lujuria. PLUTARCO, op. cit., p. 370.

²⁴⁴ CHRIST, KARL, op. cit., p. 191.

poderoso y famoso de la República, dejando ya sin desafíos a la empresa arduamente elaborada en la segunda mitad de su vida.

Por otra parte, también es cierto que en el plan ejecutado por Sila y sus aliados poco quedaba ya por hacer, incluso contando los problemas surgidos a causa de las contradicciones del régimen. Así, Sila entendió que su misión estaba cumplida, su nombre lavado de la ofensa a la *dignitas* de sus enemigos, y lustrado para que los romanos de la posteridad lo alabasen como al salvador de la República.

De esta manera es como debemos entender sus esfuerzos de trascender con efigies numismáticas, estatuas, acciones centralizadoras y *cognomina* conocidos. No habiendo más que hacer y estando decididamente aburrido y cansado de una carrera militar y política plagada de viajes, enfermedades y constantes escapes del abrazo de Hades, el dictador renunció a una posición inmejorable de poder para dedicarse a aquello que había hecho antes de conseguirla: atiborrarse de placeres sensibles.²⁴⁵

En consecuencia, se presentó ante los ciudadanos para rendir cuentas de su mandato -como era costumbre hacer en todas las magistraturas- y los instó a hacerle los cuestionamientos que ellos creyeran necesarios. Por supuesto, nadie habló, aunque cuando se retiraba un joven lo increpó y le reprochó sus crímenes.²⁴⁶ Sila, sin contestarle, se marchó: sus tiempos de política habían terminado, y a esta posible liberación se sumaría la satisfacción de haber cumplido con su ambición y escapar del peligro que representaba la política romana. Estas sensaciones podrían haber salvado la vida de aquel crítico del régimen.

En este sentido, las fuentes hablan de que Sila, antes de renunciar a la dictadura, ostentó junto a Metelo Pío el consulado²⁴⁷, aunque autores modernos sugieren que Sila accedió a esta última magistratura después de renunciar a la dictadura.²⁴⁸ Si bien quizás

²⁴⁵ ¿Mostrando quizás que su proyecto, cuyo principal efecto real fue el de entretenerlo mejor que los placeres abusados de su juventud, no había logrado dicho fin? La vuelta a las viejas costumbres licenciosas de Sila pareciera mostrar una vuelta a lo conocido e idealizado del propio pasado para paliar dicho déficit.

²⁴⁶ Las fuentes que tienden a tratar estas tendencias en la vida de Sila tienen, indudablemente, una intención moralista muy marcada. No obstante la posible exageración de este tipo de sucesos –sumada al necesario carácter “rumorístico” y propagandístico que casi necesariamente suelen tener- los tomaremos como ciertos en esencia por la coherencia que demostrarían tener con prácticamente todos los retratos posibles de Sila, incluyendo el nuestro.

²⁴⁷ APIANO, op. cit., p. 134.

²⁴⁸ BADIAN, ERNST, “Lucius Sulla, The Deadly Reformer” en *Essays on Roman culture. The Todd memorial lecture*, 1970, 35–74, p. 48.

la última interpretación parece ajustarse mejor a la idea de Sila perdiendo el interés por el poder, ambas son concluyentes en cuanto al retiro total de Sila del ámbito político.

Así y como es sabido, una vez renunciadas sus responsabilidades civiles, Sila se retiró al interior de Italia en Puteoli, dónde -según la tradición- se dedicó a las mismas actividades que había frecuentado antes de iniciar su carrera política.²⁴⁹ Poco tiempo después de este “enigmático” retiro -durante el cual no tuvo más guardia que la de algunos veteranos suyos, afincados a pocos kilómetros- Sila murió a la edad de sesenta años, en el 78. La causa de su muerte es objeto de discusión, aunque se suele afirmar que sufría de úlceras, cáncer estomacal o del agravamiento de la enfermedad cutánea contraída en la campaña mitridática.

De cualquier manera, la tradición indica que Sila supo predecir con exactitud su propia muerte²⁵⁰, por lo que se apresuró a finalizar sus *memorias*²⁵¹ mientras que redactaba su testamento y epitafio.²⁵²

Su muerte, al igual que su vida, estaba destinada a hacer historia: la divisiones que se mantenían solapadas por el peso de su nombre comenzaron a marcarse, al mismo momento en que debieron hacerse los preparativos para leer el testamento y armar su funeral. Así aquellos que pretendían continuar con la ortodoxia silana y los que se apartaban en parte de dicha tendencia comenzaron a constituirse en dos bandos apenas opuestos por la superposición de un único interés mutuo: el de quedarse con la mayor porción de la succulenta torta que representaba la recientemente purgada República.

Pompeyo, quién se perfilaba para ser el sucesor de Sila, ni siquiera fue nombrado en dicha última voluntad. Dos silanos de cierta importancia -Quinto Lutacio Cátulo y Marco Emilio Lépido- comenzaron una guerra personal al año siguiente de la muerte de Sila, demostrando Lépido con sus aspiraciones populistas la heterogeneidad de los seguidores del difunto dictador. Como se dijo, Sertorio, un antiguo enemigo del régimen

²⁴⁹ APIANO, op. cit., p. 137.

²⁵⁰ A través de sueños, según la tradición. PLUTARCO, op. cit., p. 359.

²⁵¹ Terminadas en realidad por un esclavo suyo.

²⁵² “Ningún amigo me ha hecho favores, ningún enemigo me ha inferido ofensa, que yo no haya devuelto con creces”. Resulta especialmente interesante el tema de la predicción de la propia muerte: la gravedad de la enfermedad sufrida por Sila podría haberle dado el palpito aproximado, pero las fuentes insisten en la exactitud de la “predicción”. Por otra parte, esto podría ser un encargo para su esclavo -el mismo encargado de completar las *memorias*- quién simplemente se encargó de llenar el espacio en blanco correspondiente a la fecha de deceso en las *memorias*. La última opción sería que Sila simplemente acertó la fecha por azar, intuición o hasta autosugestión. De cualquier manera, la clarividencia de Sila contribuye a robustecer la idea de su *felicitas* -central para la legitimación de sus obra, durante y después de su accionar- hasta el punto de hacer sus cualidades personales tan sobresalientes que ya eran sobrenaturales.

-antes combatido por Metelo Pío, senador aliado de Sila- continuaba con su atrincheramiento en Hispania, con legiones suficientes como para hacer temer a Roma.

Asimismo, el asunto de la organización del funeral de Sila trajo controversia; además demuestra que no es invento de la modernidad la manipulación de un cadáver en pública procesión, con la manifiesta intención de los manipuladores de contagiarse algo de este. Porque, aunque generalmente se pinte al dictador como una persona impopular, tan odiada como temida, las fuentes supieron describir los distintos honores que toda Italia le rindió a Sila en su funeral, haciendo sospechar de una distancia existente entre el Sila convencionalmente aceptado, y el real: una fuente antsilana lo demuestra.²⁵³

Así, el funeral de Sila fue, a pesar de las controversias y polémicas, significativo por su magnificencia: sin quererlo, Sila imponía moda una vez más, con la inusual fastuosidad de aquel.²⁵⁴

En cuanto al ambiente político, la casi completa eliminación o destierro de los enemigos del régimen -destierro que, por otro lado, no fue desafectado después de la muerte de Sila, sino hasta César²⁵⁵- allanaba el camino para nuevos nombres, antes eclipsados: Craso, Pompeyo, Cicerón y hasta el mismo César fueron ejemplos claros de esta tendencia de recambio generacional, apurado por las purgas silanas. Asimismo, ellos también habrían de compartir con Sila el afán de poder y gloria personal, aunque fuera bajo ideas políticas distintas. Así, una vez vuelta la guerra civil, todos ellos parecieron querer ser los salvadores de la República, y sólo uno -siempre el menos esperado- habría de lograrlo.²⁵⁶

No podemos dejar de maravillarnos con esta forma tan específicamente romana de divinizar al soberano, iniciada por Sila, pero no desaparecida tras su muerte.

²⁵³ APIANO, op. cit., p. 137. Otra opción sería que, en vista de que el nuevo orden se mantenía (aparentemente sobreviviendo a Sila, aunque no por mucho tiempo), muchos de estos regalos fueran más para adular a los antiguos aliados políticos de Sila que a este último.

²⁵⁴ Las fuentes hablan de llanto popular, largas procesiones, regalos generosos y homenaje de políticos y militares romanos. Además, resaltan el hecho de que Sila fuera el primer hombre desde los reyes en ser enterrado en el campo de Marte (APIANO, op. cit., p. 137.). Así, el de Sila fue el primer funeral de fuertes connotaciones políticas de legitimación de los que sobrevivían al “agasajado”.

²⁵⁵ LAFFI, UMBERTO, op. cit., p. 55-69. Demostrando que el problema de la República no pasaba ya por una oposición entre *populares* y *optimates* -¿alguna vez pasó por allí?- sino por en una puja de personalidades desenmascaradas por la brutalidad del período silano y que tan sólo pretendían un poder más o menos centralizado y gloria personal; utilizando para sus propósitos las contradicciones sociales romanas.

²⁵⁶ Octaviano, canalizador de “la transformación de la elite y la creación de un nuevo Estado: el Principado. Una elite que se nutre de la clase ecuestre, vencedora a la postre de la particular batalla contra el orden senatorial; de los itálicos ya romanizados y de los restos mortales de la vieja oligarquía

Así, el ambiente político romano, una vez depurado de aspirantes hasta quedar sólo dos de ellos -Pompeyo y César- emuló la antigua querrela entre Mario y Sila para equipararla con aquella que mantendrían tiempo más adelante el silano Pompeyo y el mariano César (no extraña entonces el énfasis puesto en que Sila supo ser subalterno de Mario por parte de algunas fuentes). El mismo Catilina, tiempo antes de la aparición cesariana, había revindicado el águila mariana²⁵⁷ a favor de una revuelta en contra de un Senado y *equites* que, en el imaginario general, siempre estarían asociados a Sila por el sólo hecho de haberlo sobrevivido. En este sentido, la oligarquía era vista como “colaboracionista” de un hombre odiado por muchos, y en gran parte así lo era –sólo se podían exceptuar a los pocos exiliados vueltos a Roma.

Esto es especialmente evidente en la postura de Cicerón, quién en sus escritos se delata tibiamente a favor de Sila durante su dictadura, aunque muerto este se declare en contra de su *crudelitas*.²⁵⁸ En este sentido, resulta manifiesto que personalidades políticas sin peso nominal (como la de Cicerón) siempre debieron conseguir el apoyo de los factores de poder, constituyéndose así en termómetros políticos y fluctuando posiciones y opiniones más o menos neutrales, según la necesidad, para pesar en la arena política romana.

Es por ello que en Cicerón podemos ver la primera intención propagandística negativa de la historia hacia la imagen de Sila *una vez acabado el régimen* –interés que nos mueve a mencionarlo- la misma que César profundizará al asociarla con la de Pompeyo, el enemigo derrotado. Así, y muy pesar de las apologías de los elementos más ultrasilanos de la sociedad post-régimen -principalmente representados por el hijo de Sila- la imagen negativa del difunto dictador calaría profundo en la historiografía romana, la cual debió esperar hasta épocas muy tardías y mediatizadas por contemporáneos cesarianos -como Salustio, por ejemplo- para volver a tratar el tema de Sila.

No obstante, las fuentes tardías -principalmente Plutarco y Apiano- incrementarán la imagen negativa de Sila, influenciados por aquellas y profundizándola

senatorial, autodestruida tras casi dos décadas de guerras civiles continuas (49–30 a.e.v.). Una elite, no obstante, que hunde sus raíces en el período silano: los vencedores de Porta Collina toman ahora el timón del nuevo estado fundado por Octavio Augusto.” Syme en GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, op. cit., p.3. Además, otro paralelismo entre Sila y Augusto, en especial en sus métodos: “el período augustal marca el fin de la nobleza senatorial y el inicio de una nueva era. Octavio seduce, soborna, liquida u olvida a los grandes personajes políticos a la muerte de César. (...) es un debate sobre si Octavio es un César prudente o un Pompeyo vencedor... o un Sila completo. (Ídem, p.4.)

²⁵⁷ SALUSTIO, *Conjuración de Catilina*, p. 33.

al identificar a Sila con un clásico tirano griego. También con la derrota de la “constitución” silana a manos de las reformas cesariana y augústea fue destruida la imagen de Sila que lo mostraba como realmente fue: un reformista de la talla de los Graco y Druso, quién también reunía dotes militares que lo acercaban al ejemplo de Mario y una pátina de influencias culturales helénicas, helenísticas y orientales, que configuraron su entidad histórica, haciéndolo un personaje capaz de instaurar reformas radicales para la praxis política romana, aunque casi involuntariamente.²⁵⁹

Es ese el Sila “histórico” que nosotros defendemos y proponemos, y sus ambiciones y proyectos -así como su accionar en todas las esferas de su vida- respondían *en parte* a estas influencias coyunturales y estructurales, las cuales lo configuraron como un ejemplo de una nueva tendencia política, militar y cultural romana: aquella que resalta la desconfianza en las instituciones clásicas, la necesidad de un hombre carismático y de recursos que supiera (sacrificando las formalidades constitucionales lo menos posible) restaurar la República al Edén que nunca supo ser.

Sila fue, en este sentido, capaz de sintetizar en su persona las ambiciones de una oligarquía generalmente definida como conservadora, y las de sus personas individuales. Esto lo logró al coartar estas últimas en beneficio de las primeras, todo esto en beneficio indirecto de la propia gloria trascendente de Sila.

Su fracaso político, no obstante, fue completo: hombres que predicaron exactamente lo contrario a la *crudelitas* silana y a su reforma reaccionaria fueron quienes lograron solucionar las contradicciones republicanas; incluso se podría afirmar que la obra y aporte del ejemplo silano fue mostrar el camino equivocado para solucionarlas.

Pero la ambición principal de este hombre ávido de placer, conocimiento, reconocimiento y poder -el ansia de ser recordado, de trascender- fue satisfecha: aunque San Agustín lo condene como al tirano por excelencia, y Dante no lo mencione en la Comedia; aunque hoy se recuerde a César y a Augusto -¡a Cleopatra!- más que a Sila, el pedido de Sila al genio de la historia y del destino por gloria y fama imperecederas fue -aunque irónicamente- cumplido: Sila no es hoy recordado como el salvador de la República romana, sino como un arquetipo de tirano cruel y sanguinario, un hombre “ambicioso” y “ególatra” capaz de utilizar cualquier medio para lograr sus fines

²⁵⁸ Acerca de los múltiples “saltos políticos” ciceronianos, GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *Sila histórico: la carrera política de un nobilis romano.*, p. 27.

²⁵⁹ No debemos olvidar que, en su forma de ver las cosas, Sila no tenía motivo para pensar que alguien podría emularlo, no después de las purgas y los recortes a los resortes constitucionales que podrían

personales. El grueso de la tradición historiográfica fue cómplice de este retrato, esbozado en las fuentes e incrementado por aquella, y esa es una de las razones por las que escribimos este trabajo: para, de alguna forma, poner a Sila en el lugar que le corresponde, lejos de tendencias propagandísticas o retratos que lo desvirtúan para hacerlo similar al hombre fuerte de turno.

De este modo, la tendencia a demonizar a Sila (que es patente de la mayoría de las fuentes, con excepción de las *memorias*, verdadera apología personal de Sila) estuvo originada en períodos alejados por casi dos siglos de los hechos, respondiendo a urgencias de legitimación y adulación de los regímenes Antoninos (en el caso de Apiano y Plutarco, fuentes principales aquí utilizadas) o del cesariano (tendencia reflejada por las fuentes directas hoy perdidas, pero recogidas por la tradición documental posterior). Es claro entonces que la manipulación de la imagen de Sila es indiscutible, tanto para una tradición como para la otra.

Esto nos plantea el problema de presentar finalmente la imagen de Sila por nosotros propuesta y que vendría a superar las opciones antes barajadas y recogidas por la historiografía.

Abocándonos a ello, veremos en Séneca, símbolo del estoicismo en Roma –y de la influencia helenística en la urbe, alrededor de un siglo más tarde-, una frase que bien podría delatar un sentimiento general del espíritu romano: *ad gloriam non est satis unius opinio*. Sintomática no sólo del pensamiento del autor, pareciera remitirse a la constitución cultural de la idiosincrasia romana, en especial entre su oligarquía.

Sila mismo pareciera haber sido un devoto seguidor de esta norma, la cual lo habría hecho depender necesariamente de su entorno: la gloria, la fama, no podía depender exclusivamente ni de sus propios esfuerzos propagandísticos premeditados, ni de su círculo de aduladores: para trascender, Sila necesitaba de los demás, de esos elementos que él “despreciaba” en mayor o menor medida, pero que tenían la especial prerrogativa de hacer su nombre imperecedero.

La insistencia dada en este trabajo a este aspecto resulta, a nuestro juicio, necesaria. No obstante, resulta especialmente difícil conciliar esta imagen del Sila personalista –y que respondería a cánones helenísticos- con el Sila tradicionalista –más cercano al espíritu romano “original”, si es que cabe dicha caracterización-. Ambos

aspectos fueron aceptados como válidos en este trabajo, inferidos de sus acciones, más o menos documentadas en las fuentes.

Redondeando este tópico, diremos entonces con Valgiglio -para dar coherencia a esta imagen aparentemente contradictoria- que vemos en Sila a una persona encontrada entre un fuerte influjo y admiración por la cultura helenística; a la vez que una decisiva influencia de los caracteres específicos del *mos maiorum*.²⁶⁰ Así se explicarían sus discordantes medidas y ambiciones: pretendía restaurar la República tradicional con medidas extranjeras, a la vez que buscaba una ambición de gloria personal –doblemente abrevada en tradiciones helenística y romanas- con dicha restauración.

Esto se explica esencialmente con el estado en que se encontraba la sociedad romana, su espíritu y costumbres: en pleno proceso de crisis y sincretismo –comenzados siglos atrás, con el contacto con las otras culturas del Mediterráneo-. Así, la reacción a estos procesos, que en toda cultura suele ser siempre similar, se resume en tres tipos puros: atracción, ambivalencia o rechazo, y en el caso de la oligarquía romana –a la que pertenecía *culturalmente* Sila- la *actitud* de rechazo se oponía diametralmente a la realidad que suponía el influjo cultural extranjero que pesaba sobre los romanos.

Así, podría decirse que Sila –o más bien los elementos asociados a su teoría política de la “aristocracia” romana- se veía como esencialmente reaccionario, y consecuentemente tradicionalista al igual que sus antepasados, pero es cierto que cada generación lo era menos que la anterior.

En este sentido, Sila y los suyos eran tan tradicionalistas como se podía ser en la sociedad romana de su época, ya decididamente influida por los elementos foráneos. Al respecto basta destacar aquel espíritu de nostalgia por el pasado que tiñe al reformismo conservador, síntoma de que quizás abreve en una tendencia a la rememoración típica de las civilizaciones helenísticas, antes de la llegada del águila. Así, la idea de utopía política romana –que suele ser tan identificada con la más pura romanidad- también podría tener orígenes helenísticos.²⁶¹

Del mismo modo, la *humanitas* romana, desarrollada por personalidades representativas como Varrón y Cicerón, demuestra su crisis de una forma sutil: tan trabajada y analizada por los autores mencionados, la *humanitas* se encuentra en una

²⁶⁰ VALGIGLIO, ERNESTO, op. cit., parte última y conclusión.

²⁶¹ Cómo bien explica Jaeger en su clásica *Paideia*: “En aquellos tiempos, cuando la historia griega desembocó en el Imperio romano y dejó de constituir una nación independiente, el único y más alto ideal de su vida fue la veneraciones de sus antiguas tradiciones.” (JAEGER, WERNER, op. cit., prólogo a la edición en castellano). Así, los romanos –esencialmente prácticos- podrían haber tomado o reforzado del helenismo esta actitud más bien opuesta.

crisis de reestructuración y reelaboración desde el pasado, esto al ser analizada a fondo por dichos autores latinos. Según ellos, dicha noción -específicamente romana, aunque influenciada por elementos helenísticos- demuestra su importancia al ser parte constitutiva y esencial del hombre de estado romano. No obstante, la obra de Cicerón (contrastada con el accionar político de personajes como Sila) demostró que dicho ideal de hombre de estado ya no existía en la Roma de los ochenta y posterior (de allí el pedido indirecto de dicha obra), o bien había mutado en algo distinto.

Sin embargo, el recuerdo del pasado y la fuerza de la *humanitas* continuaron marcando a los hombres romanos por mucho tiempo, y Sila no parece ser la excepción. Su retiro, afrontado bajo la convicción de la bondad de sus actos, recuerda al del proverbial Cincinato.

Así, pesar de la crisis de la mentalidad romana tradicional y del influjo de influencias helenísticas que esta sufría, los hombres de la oligarquía romana habrían buscado rescatarla y conservarla, aunque fuera con inquietudes, medios y fines completamente ajenos a esta. Ubicamos a Sila en esta tendencia, quién quizás de verse cara a cara con Cincinato o Servio Tulio se sentiría emulador y continuador de estos, aunque no recibiendo por su parte dicho reconocimiento. Así, Sila y su accionar -ya empapado de influencias nuevas- podrían haberles resultado muy distintos a lo que ellos -pertenecientes a una coyuntura anterior y distinta- podían esperar de un *tradicionalista*.

La filosofía de las últimas décadas -inmersa en preocupaciones acerca del cambio en los paradigmas religiosos y políticos- supo desarrollar a través de algunos autores la estructura de análisis del cambio paradigmático plasmado en los hombres a través del tiempo, estructura que empleamos aquí. Así, comparamos -del mismo modo que Vattimo compara a Pablo de Tarso con un católico actual²⁶²- a los padres de la patria romana con los personajes de la década de los ochenta.

Como queda claro, creemos en la validez histórica de este desarrollo filosófico - que, por otro lado, abreva en corrientes filosóficas "historicistas", sensibles a las problemáticas aquí tratadas- y por ello lo hemos empleado en este análisis. De este modo, hemos mostrado a Sila como a un personaje de ambiciones tradicionalistas, y a la vez mutado en *híbrido* cultural, símbolo del cambio espiritual sufrido no ya por cultura

²⁶² VATTIMO, GIANNI, *La ética de la interpretación*, Barcelona, Herder, S/A, en especial el apartado "Utopía, distopía y contrautopía".

romana, sino por todos aquellos pertenecientes a la cultura del Mediterráneo. Ambos (Sila y la cultura del Mediterráneo) se constituirían en importantes partes constituyentes de un ente histórico delimitado -el europeo-, otorgándole tópicos varias veces abordados para su posteridad.

Debemos hacer hincapié, finalmente, en el Sila “personal”. Sumergido en este trasfondo histórico, es así como explicamos el aparecer de Sila en la escena política a los cincuenta años, con la sumatoria de honores de las victorias sobre los númidas, germanos y aliados itálicos. Su casamiento con Cecilia Metela, parte de su plan para aliarse con el ordo senatorial de la facción de los Metelo, para utilizar su influencia y acceder al poder, siguiendo ambiciones personales de gloria.

Su consulado y el episodio del 88 representarían a la defensa de su carrera política y sus intereses en el extranjero, y se complementan con su victoria sobre Mitrídates, siendo esta el cúmulo de su carrera militar. El retorno a Italia como vencedor cristalizarían aquellos esfuerzos hechos en nombre de Roma, y del suyo propio. La purga de sus enemigos y el favorecimiento de sus amigos, asimismo, fueron medidas aprendidas en el campo de batalla que le sirvieron a lo largo de su vida, y fueron puestas al servicio de su sueño restauracionista. Este fue armado en alianza con una facción muy específica de la oligarquía senatorial y puesto en práctica rápida y eficazmente.

Su retiro, efectuado en silencio y de acuerdo a la antigua tradición, posiblemente fuera una medida empapada tanto de pasado romano como de vanagloria propia, aburrimiento y el consecuente disfrute de placeres. Allí se dedicó también a pulir su nombre, cuidado durante este descanso, pero igualmente maltratado por futuros intereses que tan sólo lo alcanzaban indirectamente, oscureciendo su imagen para la posteridad, con la complicidad de indiscutible violencia de sus medidas públicas.

Resaltamos asimismo la ironía comprendida entre sus anhelos de trascendencia gloriosa y fama eterna, y este resultado final, nunca querido ni esperado.

Estos fueron los puntos que tratamos, intentando a través de ellos otorgarle a Sila una atribución correcta de sus propias responsabilidades políticas, un esbozo realista (y no propagandístico o anacrónico) de su personalidad y obra política y, finalmente, su inserción en la coyuntura histórico-cultural que lo configuró y se dejó configurar por él.

Sintetizamos en una oración: Sila quiso ser el salvador de la República de los romanos, pretendiendo ser recordado por la posteridad como tal. Hemos señalado la idea de que ambos posiblemente fueran los anhelos más profundos de su vida adulta, deseos que -hasta dónde él supo- fueron alcanzados, a pesar del precio que Roma y su propia imagen debieron pagar por ello. Remarcamos además su fracaso en estos objetivos: Sila es hoy recordado como “un tirano de corte oligárquico” y “cruel”, de ambiciones “egoístas” y “reaccionarias”. A pesar de ello, el ejemplo silano habría de ser seguido de cerca por la inmediata posteridad: la teoría política de la restauración augústea contenía muchos de los elementos silanos, aunque expresados en medidas concretas diametralmente opuestas.

Así, de una manera quizás inesperada, podría decirse que Sila logró, por oposición a sus métodos, solucionar la crisis de la República romana, sirviendo como ejemplo a *no* seguir para lograrlo.

Queda pendiente, sin embargo, una mayor explicación acerca de la crueldad de sus métodos. Con ayuda de la literatura latina –conocedora instintiva de la naturaleza propia- relativizaremos dicha caracterización. Diremos que Sila obró así juzgando necesario dicho derramamiento de sangre para que fuera efectivamente el último. Así, la “crueldad” de Sila quedaría al menos algo matizada, pues:

<<Desde hace siglos (...) los italianos tomaron conciencia de que no hay más que una vida, y tratan de vivirla lo mejor que pueden. Eso los ha hecho calculadores y volubles, pero también los ha curado de la crueldad.>>²⁶³

²⁶³ GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *Doce Cuentos Peregrinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, p. 152-153.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES UTILIZADAS

- APIANO, *Historia de Roma*, Madrid, Planeta, 1998.
- BADIAN, ERNST, “From the Gracchi to Sulla (140-159)” en *Historia* 11–2, 1962, 197–245.
- BADIAN, ERNST, “Lucius Sulla, the deadly reformer” en *Essays on Roman culture. The Todd memorial lecture*, 1970, 35–74.
- BADIAN, ERNST, “Waiting for Sulla” en *The Journal of Roman studies*, vol. 52, parts 1 and 2 (1962), pp. 47-61.
- BAKER, GILDEROY, “Sulla the fortunate” en *The Classical Review*, vol. 42, no. 1, 1928, pp. 30-311.
- BALLESTEROS, *Mitrídates Eupátor*, Granada, Universidad de Granada, 1996.
- BALSDON, JOHN, “Auctoritas, Dignitas, Otium” en *The Classical Quarterly*, New Series, vol. 10, no. 1, 1960, PP. 43-50.
- BALSDON, JOHN, “Sulla Felix” en *The Journal Of Roman Studies*, vol. 41, 1951, PP. 1-10.
- BARLOW, CHRISTIAN, “The Roman Government And The Roman Economy, 92-80 B.C.” en *The American Journal Of Philology*, vol. 101, no. 2, 1980, PP. 202-219.
- BARNES, WILLIAM, “Who Were The Nobility Of The Roman Empire?” en *Phoenix*, VOL. 28, NO. 4, 1974, PP. 444-449.
- BARONI, ALESSANDRO., “La titolatura della dittadura di Silla” en *Athenaeum* vol. 95, 19, Pavía, Newpress, 2007.
- BATSTONE, WILLIAM, “The Antithesis Of Virtue: Sallust’s Synkrisis And The Crisis Of The Late Republic” en *Classical*, 7, 1988, 1–29.
- BERRY, *Cicero: “Pro P. Sulla Oratio: Edited With Introduction And Commentary”* en *The Classical Review, New Series*, VOL. 47, NO. 2 (1997), PP. 309-311.
- BERVE, HELMUT, *Sulla*, en *Gestaltende Krafte der Antike*, Munich, 1966, p. 375-395.
- BLOIS, LOUIS, *The Roman Army And Politics In The First Century Before Christ*, Amsterdam, Gieben, 1987.
- BROUGHTON, TERENCE, *The Magistrates Of The Roman Republic*. Chicago, Calif, Scholar Press, 1952.
- CABRERO, JAVIER, “En torno a los cognomina de Lucio Cornelio Sila” en *Hispania Antiqua* 18, 1994, 119–129.

- CAGNIART, PETER, “L. Cornelius Sulla in the nineties: a reassessment” en *Latomus* 50–2, 1991, 285–303.
- CARCOPINO, JEROME, *Sylla Ou La Monarchie Manquée*, Paris, L’Artisan De Livre, 1942.
- CARNEY, “The Flight And Exile Of Marius” en *Greece & Rome, Second Series*, VOL. 8, NO. 2, 1961, PP. 98-121.
- CHRIST, KARL, *Sila*, Barcelona, Herder, 2006.
- CICERÓN, *Discursos y obras*.
- DALLA SERRA, MISERONI, “El sentido del humor de los antiguos romanos” en *Semanas De Estudios Romanos*, Valparaíso, S/E, 2002.
- DEVELIN, ROGER, *The practice of politics at Rome, 366–167 B.C.*, Bruselas, Latomus, 1985.
- DOWLING, MELISSA, “The clemency of Sulla” en *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, VOL. 49, NO. 3, 2000, PP. 303-340.
- DRUMMOND, “The dictator years” en *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, VOL. 27, NO. 4, 1978, PP. 550-572.
- DUNKLE, ROGER, “The Greek tyrant and Roman political invective of the late Republic” en *American Journal of Ancient History* 98, 1967, 161–171.
- DUPLÁ ANSUÁTEGUI, ANTONIO, *Videant consules: las medidas de excepción en la crisis de la república romana*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1992.
- EARL, DUSTIN, “The Moral And Political Tradition Of Rome” en *The American Journal Of Philology*, vol. 90, no. 4, 1969), PP. 490-492.
- ERSKINE, ANDREW, “Hellenistic Monarchy And Roman Political Invective” en *Classical Quartely* 41.1, 1991, 106–120.
- FERRERO, GUGLIELMO, *Grandeza y decadencia de Roma*, tomo 1, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1946.
- FRIER, BRUCE, “Sulla's Propaganda: The Collapse Of The Cinnan Republic” en *The American Journal Of Philology*, vol. 92, no. 4, 1971, PP. 585-604.
- GABBA, EMILIO, “M. Livio Druso E Le Riforme Di Silla”, Pisa, S/E, S/A, 33, 1–15.
- GABBA, EMILIO, “Mario E Silla” en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung*.1, 1972, 764–805.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *Doce cuentos peregrinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, P. 152/3.
- GOETHE, JOHANN, *Fausto*, Buenos Aires, Gradifco, 2007.

- GÓMEZ PANTOJA, JOAQUÍN, “L. Cornelius Sulla, 25 años de investigación (1960-1985).” en *Polis* 2, 67–83; 3, 63–110.
- GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *El Aenigma De Sila*, Barcelona, S/E, S/A.
- GONZÁLEZ CAMAÑO, OSCAR, *Sila Histórico: La Carrera Política De Un Nobilis Romano*, Barcelona, S/E, S/A.
- GRIMAL, PIERRE, *El siglo de Augusto*, Buenos Aires, Eduba, 1983.
- HAMMOND, NICHOLAS., *El genio de Alejandro*, Barcelona, Byblos, 2007.
- HARDY, ERNEST, “The Number Of Sullan Senate” en *Journal of Roman Studies* 6, 59–62.
- HAWTHORN, “The Senate After Sulla” en *Greece & Rome, Second Series*, vol. 9, no. 1, 1962, PP. 53-60.
- HILL, CHRISTOPHER, “Sulla's New Senators In 81 B. C.” en *The Classical Quarterly*, vol. 26, no. 3, 1932, PP. 170-177.
- HINARD, FRANÇOIS, “De La Dictature `A La Tyrannie. R`Eflexions Sur La Dictature De Sylla” en *Dictatures: actes de la Table Ronde r`eunie `a Paris les 27 et 28 f`evrier 1984, edit`es par François Hinard*, Paris, De Boccard, 1988, 87–96.
- HINARD, FRANÇOIS, *Silla*, Roma, Salerno, 1990.
- HOMO, LEÓN, *Nueva historia de Roma*, Barcelona, Iberia, 1971.
- HOMO, LEÓN. *Las instituciones políticas romanas. de la ciudad al estado*. México, U.T.E.H.A., 1958.
- JACZYNOWSKA, JELENA, “The Economic Differentiation Of The Roman Nobility At The End Of The Republic” en *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, vol. 11, no. 4, 1962, PP. 486-499.
- JAEGER, WERNER, *Paideia*, México, F.C.E., 2001.
- KEAVENEY, ARTHUR, “Sulla And Italy” en *Critica storica* 19-4, 1982, 499–544.
- KEAVENEY, ARTHUR, “Sulla And The Gods” en *Studies In Latin Literature And Roman History*, III, Bruselas, Latomus, 1983, 44–79.
- KEAVENEY, ARTHUR, “Sulla The Last Republican” en *The Classical Review*, New Series, VOL. 34, NO. 2 (1984), PP. 348-349.
- KEAVENEY, ARTHUR, “Sulla, The Marsi, And The Hirpini” en *Classical Philology*, VOL. 76, NO. 4 (OCT., 1981), PP. 292-296.
- KEAVENEY, ARTHUR., “The Terminal Date Of Sulla’S Dictatorship”, en *Athenaeum*, tomo 2, 2005.

- LABASTIE DE REINHARDT, MARIA, “La crisis republicana y el programa del último reformador civil: Marco Livio Druso, 91 A.C.” en *Anales de Historia antigua y medieval* 17–2, 1972, 176–208.
- LAFFI, UMBERTO, “El Mito De Sila” en *Sociedad Y Política En La República Romana*, Pisa, Pacini, Tomo 1, 2000.
- LANZANI, EMILIO, “Lucio Cornelio Silla Dittatore” en *The Classical Review*, vol. 50, no. 5, 1936, PP. 193-194.
- LEVICK, CARL, “Sulla's March On Rome In 88 B.C” en *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, vol. 31, no. 4, 1982, PP. 503-508.
- LEWIS, JACOB, “P. Sulpicius' Law To Recall Exiles, 88 B. C.” en *The Classical Quarterly*, New Series, VOL. 48, NO. 1 (1998), PP. 195-199.
- LINTOTT, ANDREW, “The Tribunate Of P. Sulpicius Rufus” en *The Classical Quarterly*, New Series, vol. 21, no. 2, 1971, PP. 442-453.
- MACKAY, CHRISTOPHER, “Sulla and the monuments: studies in his public persona” en *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, vol. 49, no. 2, 2000, PP. 161-210.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS., *El Príncipe*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 2003.
- MARCO AURELIO, *Meditaciones*, Barcelona, Gredos, 2008.
- MC CULLOUGH, COLLEEN *El primer hombre de Roma.*, Madrid, Planeta, 2001.
- MELONI, GIOVANNI, “Servio Sulpicio Rufo E I Suoi Tempi” en *The Classical Review*, vol. 64, no. 1, 1950, P. 36.
- MITCHELL, JOHN, “The Volte-Face Of P. Sulpicius Rufus In 88 B.C.” en *Classical Philology*, vol. 70, no. 3, 1975, PP. 197-204.
- MOMMSEN, THEODOR, *Historia de Roma*, tomos V-VI. Madrid, Turner, 1983.
- MONTANELLI, INDRO, *Historia de Roma*, Madrid, S/E, S/A.
- NICOLET, CLAUDE, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-27 a.C.): 1, Las estructuras de la Italia romana*, Barcelona, Labor, 1982,
- NUTTING, HELEN, “Cicero: Pro Sulla 18, 52” en *The American Journal Of Philology*, vol. 29, no. 3 (1908), PP. 316-321.
- PELLING, CARL, “Plutarch And Roman Politics” en *Past perspectives: studies in Greek and Roman history*. Cambridge, Cambridge University Press, 1986, 159–187.
- PEÑA, RODRIGO, “M. Tulio Cicerón, Discursos. Vol. X: Defensa De L. Murena; Defensa De P. Sila” en *Mnemosyne, Fourth Series*, vol. 11, fasc. 3 (1958), P. 279.
- PÉREZ LINDO, AUGUSTO, *El problema de la verdad*, Buenos Aires, Biblos, 1998.
- PLUTARCO, *Vidas Paralelas*, Sila, Mario.

- RABANAL ALONSO, MANUEL, “Sila Dictador (82–79 A.C.): cambios políticos e institucionales” en *Hispania Antiqua*, 20, 1996, p. 41–52.
- RAMAGE, ULRICH, “Funeral Eulogy And Propaganda In The Roman Republic” en *Athenaeum*, vol 94, tomo I, 2006.
- RIDLEY, NATHAN, “The Dictator's Mistake: Caesar's Escape From Sulla” en *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, vol. 49, no. 2, 2000, PP. 211-229.
- RIDLEY, RONALD, “Cicero And Sulla” en *Wiener Studien: Zeitschrift für klassische Philologie und Patristik* 9, 1975, 83–108.
- ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, “El orden constitucional en la primera mitad del siglo II A.C.: de la res publica aristocrática a la res publica oligárquica” en *Gerión* 2, 1984, 67–99.
- ROLDÁN HERVÁS, JOSÉ, *Historia de Roma*, Madrid, Cátedra, 1991.
- ROMERO, JOSÉ, *La Edad Media*. Buenos Aires. F.C.E., 2004.
- SALUSTIO, *La conjuración de Catilina*.
- SALUSTIO, *La guerra de Yugurta*.
- SCHAFF, ADAM, *Historia y verdad*, Barcelona, Planeta, 1995.
- SEAGER, ROBIN, “Factio: Some Observations” en *The Journal Of Roman Studies*, vol. 62 (1972), PP. 53-58.
- SEAGER, ROBIN, “Populares' In Livy And The Livian Tradition” en *The Classical Quarterly*, New Series, vol. 27, 2 (1977), PP. 377-390.
- SHERWIN-WHITE, ANNE, “Ariobarzanes, Mithridates, And Sulla” en *Classical Quarterly*, Oxford University Press, 27, 1977, 173–183.
- SUMI, GEOFFREY, “Spectacles And Sulla's Public Image” en *Historia: Zeitschrift für alte geschichte*, vol. 51, no. 4, pp. 414-432.
- SUMNER, GRACE, “Sulla’s Career In The Nineties” en *Athenaeum* 56, 1978, 395–396.
- SUN BIN, *El arte de la guerra*.
- TAYLOR, LILY, *Party Politics In The Age Of Ceasar*, California, UC, 1968.
- VALGIGLIO, ERNESTO, “L’autobiografía di Silla nelle biografie di Plutarco” en *StudUrb* 49-1, 1975, 245–281.
- VALGIGLIO, ERNESTO, *Silla e la crisi republicana*, Firenze, La Nuova Italia, 1969.
- VATTIMO, GIANNI, *La ética de la interpretación*, Barcelona, Herder, S/A.
- WULFF ALONSO, FERNANDO, *Roma e Italia de la guerra social a la retirada de Sila (90–79 a.C.)*. Bruselas, Latomus, 2002.